Gregorio Echeverría



El sexo de la serpiente


EX LIBRIS
GRIMALDO EZCURRA

El sexo de la serpiente

Gregorio Echeverría

El sexo de la serpiente





La obra literaria del autor ha sido declarada de interés municipal
por la intendencia de Tigre. Decreto 1593/12 del 28 de noviembre de 2012.

Echeverría, Gregorio
El sexo de la serpiente. - 1a ed. - Ricardo Rojas : el autor, 2014.
248 p. : il. ; 21x16 cm.

ISBN 978-987-33-6518-8

1. Narrativa Erótica. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 09/12/2014

ISBN: 978-987-33-6518-8

Diseño gráfico
Dissegnogrosso

Tapas
Guillermo Echeverría

Realizado el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina / Impreso en Argentina

Uno ignora que volará de sueño en sueño
de paraíso en paraíso
para abrir al fin los ojos al pie del Árbol
abrazado a la kundalini
que saborea con sus ojos nictálopes
la epidermis ávida de la manzana.

Preludio

Casi todos los teólogos concuerdan en que “al principio era el Verbo”. Bella noticia de veras. Pero ¿cuál verbo? ¿Adorar? No, qué va. A aquella altura de las cosas el sainete era aún unipersonal. Apenas un monólogo. Ni siquiera hablado sino pensado y gracias. Gracias a Dios, claro. Meditar… elucubrar… introyectar… ¿en qué podría poner su divino interés y la divina mirada un hablante que se las sabía todas. Y que de hecho ni hablaba. No porque no pudiera sino para que la ingrata especie nonata por entonces, no fuera llegado el momento a echarle en cara su locura. La de hablar solo digo. Las demás facturas las ha ido cancelando, acaso no tanto por exculparse sino más bien para poner a la vista nuestra necedad.

En lo personal, ni dudas me caben acerca de que el primer verbo en fluir de la divina fuente haya sido follar. O cojer o fifar o lo que le venga bien al mataburros. Eso, el acto. El primer acto. Después habría de verse el con quién, el entre quiénes y el cómo y el con qué y los dóndes y por dónde y el detallado sumario de kamasutras y decamerones. Lo fundacional estaba. Antes del agujero de ozono fueron otros los objetos. Hubo un antes feliz en que rodaron en risueño abrazo psicoanalistas y pacientes. Hubo un tiempo de amor entre manzanas al calor de las escamas y las pieles.

Este prólogo pudo haber sido (debió haber sido) escrito por el doctor Scoliansky, uno de mis prematuros terapeutas. Quien al inicio de nuestra primera —y última— sesión, a mi inocente pregunta acerca de si era Spoliansky o Scoliansky, se sonrió cachondo con cara de tiburón en ayunas y me disparó de una: *Ah… usted quiere saber si es*

con P de pija y me lo voy a cojer, o con C de culo y usted me va a cojer a mí… [sic].

O por René Trosero, fallido coach de nuestra breve terapia de pareja allá por los 80, ex sacerdote cónyuge de Blanca —ex monja ella— y propietario del departamento que alquilaba Graciela Carbonero en calle Humboldt en los albores de Villa Freud y cuando estaban aún en la nebulosa Palermo Hollywood y Palermo Soho.

O por el licenciado Sergio Spada, quien a mitad de camino de un par de años de terapia de grupo en el Instituto de Salud Mental Manuela Pedrazza supo mezclar la logoterapia de Viktor Frankl con un taller literario que dio buenos frutos (terapéuticos y literarios). Y quien tuvo la franqueza y la dignidad de reconocer a bordo de un colectivo (o un subte de la línea D), que nadie cambia.

O por el padre Oscar Moreno, quien como terapeuta de civil allá a fines de los 60 me interrogaba con dureza acerca de cuestiones matrimoniales que ya eran densas sin agregarle condimentos religiosos. Y a quien volvería a encontrar treinta años más tarde, de la mano de Ángel Emmi, liderando una comunidad laica abierta (o más o menos) en Martínez, entretejida con filosofías existenciales. *Nihil novum*.

O incluso por mi última terapeuta, quien tuvo la gentileza de leer estos originales hace unos meses pero se abstuvo a cuatro manos de una devolución literaria y menos aún de una opinión profesionalmente comprometida. Un escritor es un escritor y un paciente es un paciente, qué joder.

Así terminamos en este Preludio que tropiezo más tropiezo menos hasta daba para un prólogo. Pero claro, por más liberados que nos podamos declarar, posar desnudos arriba de una camilla y tapados apenas por una piel que no alcanza, aun en ambientes climatizados suscita ese prurito que con inocencia sabemos llamar piel de gallina.

Porque al ponerte frente al otro, hasta en el supuesto de que el otro sea apenas tu propia imagen en el espejo, descubrimos —o tememos descubrir— perspectivas que nos asustan. Y que habitualmente soslayamos ayudados por sentencias tan apropiadas y simpáticas como “de eso no se habla”, “eso no se mira”, “eso no se dice”, “eso no se toca”, etc.

Los 47 textos que vas a leer (o no) acatan nada más una verdad literaria. No son pura ficción, pero tampoco son históricamente auténticos de cabo a rabo. Si de algo te puede servir la literatura —aunque lo dudo— es para confirmar que nada es pero todo se parece. Se parece a todo. O a nada. Según las ganas, las cosquillas y la historia personal de cada lector. Y las fobias. Y las filias. Que cada quién es cada cuál. Y anda solo con lo puesto. Aunque lo puesto sea nada más esta piel levemente tumefacta. Levemente interrogada. Sutilmente requerida. Astutamente ardorosa de complicidades y secretos.

Hay pieles que se conforman con la loción de baño y el espejo. Hay pieles que necesitan de una soberanía territorial de medio metro, de media cuadra, de media galaxia. Hay pieles que se regodean en los bajos voltajes. Hay pieles que huelen las tormentas. Hay pieles que se exaltan al borde de los precipicios o en el ojo de los huracanes. No sé si vas a descubrir en estas páginas cuál es el sexo de la serpiente. Pero al menos estoy seguro de que te vas a quedar con una espina. Que hasta te puede resultar estimulante.

Sé que puedo contar con vos. Y vos conmigo.

GE / Tigre, enero de 2015



Sobrerrelieves en el exterior de la columna principal de templo Kamasutra en el área de Khajuraho, distrito de Madhya Pradesh, en la India.

Mejor imposible

La ciencia y la paciencia ignoran las compulsiones de lo urgente y lo inmediato. Esto es así desde el principio, más bien un principio en sí mismo. Y él lo sabe, naturalmente. La consciencia de su poder no le permitiría soslayar esta cuestión. Pero esa misma facultad le impide asimismo echar al olvido el fracaso de los primeros prototipos. Nueve fracasos que van minando su autoestima y dando al traste con las iniciales satisfacciones. El recuerdo de esos miserables seres obnubila su mente y opaca la casi megalómana satisfacción que le produjeran sus infinitos logros. No le cabe hablar de herencia, pero al menos su experiencia desconoce la palabra fracaso. Se ha forjado a sí mismo a fuerza de silencio y soledad, pero le resulta abominable el método de acierto y error. Una vez bien. Es la consigna que hubiera grabado con ahínco en todas las paredes. Solo que sus hábitos bucólicos le hacen rehuir las construcciones cerradas, ya sean palacios, templos o mansiones. Alguien llegaría a mencionar la cuestión de la claustrofobia como uno de los síndromes definitorios de su manera de ser huraña y escondedora. Una vez bien. Es entendible su contrariedad ante aquellos fracasos. Que ni siquiera le dejan el rédito de una moraleja o una ínfima enseñanza, puesto que su curriculum hace especial hincapie en que lo sabe todo. Y todo es todo. A su alrededor se amontonan piezas terminadas, medio terminadas y muchas apenas esbozo de algo por definir. Pero ninguna fallida. Excepto aquellos primeros nueve adefesios, claro.

Pero la décima experiencia habrá de gratificarlo con creces por las anteriores pifias. Se jura abandonar las herramientas del oficio si esta prueba vuelve a fracasar.

Lo repasa y pule hasta el menor detalle. Forma, color y texturas. Esta vez sin ansiedad. Su objetivo es la excelencia. Y tanto el resultado justifica sus expectativas, que la única reflexión que se le ocurre al darle fin es que el décimo intento le parece una imagen de sí mismo. Mejor imposible. Y este mismo pensamiento es la causa del mayor sobresalto. Pues conociendo su invencible inclinación al chapuceo y la improvisación —a la luz de sus insidiosos errores— comprende que no dejará jamás de abordar el veleidoso jugueteo de las esencias y las formas. Y que cualquier objeto que salga de sus manos de aquí en más será deslucido e insignificante comparado con su décima criatura.

En algún remoto rincón de su poderosa inteligencia hay registros acerca de un trasplante de moléculas de ácido desoxirribonucleico. Y sabedor del contenido de un proverbio que futuras generaciones expresarán como que vale más pájaro en mano, opta por una salida pragmática. Sumiendo a su criatura en un sueño profundo toma de ella una molécula de ADN a la que reproduce hasta llegar a una imagen idéntica a su bello décimo paradigma.

Dormido aún el original, contempla con arrobo la fresca criatura. Es —en efecto— una obra tan perfecta como el modelo. Aunque parece bastante más joven, detalle francamente maravilloso. Tanto así que no pudiendo resistir un impulso que lo asfixia, acerca sus labios a los de la muchacha que yace desnuda frente a él.

El beso restallante despierta a la niña. El artista, dando un paso atrás con cierto embarazo, le señala en tono circunspecto “hija, he ahí a tu madre”, mostrándole el décimo modelo aún inconsciente. La doncella se levanta con gracia y dirigiéndose a la imagen durmiente le atenaza la garganta hasta sentir que ha dejado de respirar.

Apretando su cuerpo contra el pecho del pantocrator se entrega con pasión al ardor de su lengua y sus pezuñas. ▮

Moto perpetuo

Hay tipos capaces de meterse en enredos muy serios por no aceptar las salidas evidentes y las soluciones sencillas. Puedo hablar del tema con conocimiento de causa. Aquella tarde en el departamento del terapeuta cuando Trosero —después de escuchar mis alegatos durante media hora ininterrumpida— carraspeó y me soltó muy ufano *post coitum, tristitia*, debí haber desaparecido para siempre de su vista. Quiero decir él debió haber desaparecido de la mía. Y no es que no hubiera pasado ya por trances similares, pero soy de los que no escarmientan. En lugar de levantarme dando por terminada la sesión —y el tratamiento— le contesté alegremente que la salida estaba entonces en alcanzar el *moto perpetuo*. Sin asomo de sorpresa y sin perder la compostura, me respondió que seguramente el sexo tántrico era quizás un buen inicio en tal sentido. Sabiendo que acababa de clavar una pica en Flandes, tomó el abrecartas y se dedicó a repasar sus uñas una y otra vez, sin levantar la mirada. No soporto que me hagan esto, sobre todo porque es precisamente lo que yo le hago a ella para cortar las discusiones, es decir a cada rato. Me consta que la lastima y queda masticando para sí y no tanto, rezongo tras rezongo. Cerrando con una breve referencia a mi madre y mutis. En realidad la cosa no sería grave de no ocurrir en una situación de *inmisio penis*. No estoy diciendo que sea de los se ponen a limpiarse las uñas mientras cabalgan, eso no. Aunque en más de una ocasión —por alguna tontería volcada al azar— hemos interrumpido la zaranda sin separarnos, dedicándome yo a la lectura de El Gráfico y ella a una novelita de Danielle Steel. Pero por otra parte somos gente casi normal en la cama. Aunque el casi asume a veces una magnitud desproporcionada.

A pesar de que todo el mundo habla ahora del sexo tántrico no abunda la información al respecto. Si no me inspirara tanto recelo la computadora, estoy seguro de que en la internet hallaría todo lo que me interesa saber. Pero es nada más encenderla y ya empiezan los dichosos cartelitos en inglés y al primer comando que intento me aparece la bomba y siempre pienso que todo me va a explotar en la cara y termino apagándola como no se debe o sea tirando del cable y decidido a cambiarla por una TV de las más grandes de esas que ocupan casi una pared. Claro que con lo que me den por la compu no llego ni al importe de una cuota de la escrínuol pero la idea me ronda por la cabeza y yo me conozco y sé que cuando una cosa me empieza a rondar por la cabeza pues que no hay Cristo que me la saque, aunque ella se empeña en recordarme todos los malos pasos que dimos desde que estamos casados, en estos negocios de adquirir el cielo en cuotas. En un desván tenemos amontonados varios trastos que en su momento nos parecieron la octava maravilla y conste que no todos fueron berretines míos. Los equipos para alta montaña que nunca estrenamos fue capricho, lo reconozco. Pero ella se empacó con la máquina para resaltar el busto con accesorios para reforzar glúteos y remodelar pantorrillas. Que nos costó tanto como mi Excalectric con la maqueta de Indianápolis. Para no mencionar la pila de cajas llenas de envases (vacíos) de vidrio opal con unas tapas muy bonitas de bakelita negra que compramos por mayor cuando el negocio de los cosméticos, incluyendo miles de etiquetas doradas la mar de paquetas. Acepto que fueron veleidades inmaduras, pero lo del escrínuol es otra historia.

Terminé recalando en un par de bibliotecas del barrio, una de ellas bien provista de obras de medicina para todo nivel y la otra equipada con una bibliotecaria que resultó saber de sexo cuanto le pudiera apetecer al más exigente investigador de la materia. Es curioso, porque a primera vista no daba uno por ella lo que se dice un céntimo,

pero a la segunda o tercera vez de verme enfrascado en el repaso de los ficheros de psicología y de fisiología, me preguntó si podía ayudarme a encontrar lo que andaba buscando y juro que no me había dado cuenta de que hacía un largo rato que había dejado de lado los ficheros y estaba contemplando embobado todo lo que su escote mostraba más lo que permitía adivinar. Temo haberme ruborizado como un colegial pero en todo caso esto solo le causó gracia y me repitió la pregunta en voz ahora más baja y seductora y un tanto así más cerca de mi cara que pienso sería una mezcla de arrobamiento y espanto.

A partir de esa tarde muchas cosas cambiaron en mi vida y también en la de ella, me refiero a mi mujer no a la bibliotecaria, aunque creo sin ufanarme que también para esta comenzó una temporada de esas que uno no quisiera que tuvieran final. De la bibliotecaria hablaba claro. Sin que se lo pidiera y adivinando mis inquietudes como si dominara la telepatía fue separando para mí cuanto libro, revista o artículo periodístico tratara los problemas de pareja que en buen romance han sido problemas de cama desde que el mundo es mundo. Con una meritoria discreción y un exquisito sentido pedagógico me fue ofreciendo lecturas y charlas que sabían a gloria, al principio en un aparte donde se guardaban las colecciones de más valor y a la semana en su departamento, a pocas cuadras del lugar. Las primeras visitas fueron breves y acompañadas por una taza de té verde, pues dicho sea de paso una de sus muchas especialidades era preparar infusiones apropiadas para el más caprichoso estado de ánimo que uno se animara a proponer. En su compañía aprendí a saborear el té de jazmín, el estramonio y el periwinkle. Luego se agregaron los masajes, capítulo que fuimos desgranando con lentitud, pues desde el momento de conocerla todo ocurrió como si el tiempo se hubiera detenido. Ella misma se ocupaba de buscar los ingredientes y hacer los preparados, que almacenaba en un enorme armario colmado de frascos debi-

damente rotulados y fechados en los que convivían tonalidades y aromas insospechados y de propiedades casi milagrosas. Aunque ignoro dónde terminaba el milagro de las lociones y dónde comenzaba el de sus manos.

Adentrarme en el tantrismo tuvo el aliciente de recoger casi de inmediato sus primeros frutos prácticos, lo aclaro porque nunca estuvo en mi intención perderme en los vericuetos de su filosofía. Pero aun así pude percibir el vuelo de sus proposiciones y lo frondoso de la copa de ese árbol místico al cual me había atrevido a asomarme menos por curiosidad que por la tentación de sostener la pulseada con mi terapeuta. Dicho así al pasar, van muchas noches seguidas que la novelita de la Steel sigue marcada en la misma página. Pero por otra parte las sesiones de té y masaje son cada día más placenteras y efectivas, con lo cual el tratamiento con la bibliotecaria empieza cada tarde más temprano y termina cada noche más tarde. O sea que el problema ha dejado de ser el aburrimiento y la tristeza para apuntar a un cuadro de agotamiento en verdad preocupante.

Descubrí a mi costa que el movimiento agota. Y el movimiento perpetuo agota absolutamente. Las tardes enteras con la bibliotecaria y las noches completas con mi mujer. Ambas me azuzan y me animan a continuar, más… por favor no te detengas… más… más… más… Tendré que aplicarme a mi pesar con la compu, porque a menos que acierte a intercalar un poco de sexo virtual, en un par de semanas la bibliotecaria estará buscando otro paciente y mi mujer estrenando su vestuario de viuda. ▮

Variaciones Mefisto

“Perdóname -dijo la flecha a la paloma- huía del arquero.”

Némer ibn el Barud; *La flecha, la paloma y el arquero*.

Soy el que contempla con embeleso tu sueño de la mañana a esa hora pálida en que la piel aún atesora en su bitácora la memoria de las manos y los labios que la navegaron con usura hasta los límites de la voluptuosidad. Me basta con entornar los ojos para que los gránulos de arena reviertan su goteo haciéndome regresar al encendido crepúsculo de tus playas y al escandaloso perfume de tus más secretos jardines. Y entre este amanecer y aquel ocaso todo es decir nada o sea nube caracoles piedra fiebres un cáliz y las escenografías bárbaras de un sueño. Un sueño en el que contemplaba con embeleso tu sueño de la mañana. Pero contemplar un sueño es ser el sueño y saberme contemplado es sentirme blanco de la mirada del arquero de la tensión del arco empuñado por unas manos otras de las coordenadas desapasionadas de la flecha que me marca besa engaña promete acaricia y vengativamente me devora.

En Taormina ella bajaba hasta el cabo con las primeras luces para corretear desnuda por la playa para lavar mis besos en la arena para mojar su insomnio en el agua que le salaba el vientre para secar al sol la piel de la clepsidra. En la arena quedaban a veces sepultados o volvían a las ampollas para seguir rodando mezclados con el cuarzo. Arriba flameaban sin contrición los humos del incendio los alaridos del minotauro herido los salmos desovillados en la portentosa rueca que entre brasas tejía sus premoniciones a despecho de los exi-

gentes labios y a contramano de las excomuniones y el ceño adusto del heraldo. Arriba su ausencia era ceniza que la brisa marina devoraba al amparo de las contrataciones y las cláusulas. A esa hora temprana ella era una saciedad nocturna que el sol amenazaba.

Y él entretanto entornando sus ojos me contemplaba desde el impudor del jinete cabalgando en pelo sobre el hervor de mis recintos que su mirada vulneraba haciéndome tambalear en mi leve refugio de la cima aunque cuál cima. Taormina por la noche es el centro del mundo del cielo o del infierno es el cráter de todos los volcanes y el ojo de las tempestades y yo temblando desnuda en esa cima al borde de qué vértigo de qué irrefutable precipicio porque se pierde la orientación en la negrura de ese cielo perforado por ojillos malévolos que titilan cascabeles rodando por la sangre y hasta la sangre pareciera negra y él aguardando mi caída. No sé cuál es la cima donde me sostengo acosada sitiada acorralada poseída ¡oh! toro profundo domador de la espuma y toda reticencia. Rendirme cada noche huyendo con la primera luz del día porque entonces la cima claro giro la vista y a lo lejos el Poverello más cerca las rocas di Verná y la Croce Mancina y digo entonces Taormina y he de atarme a un roble si necesito resistir aunque sepa que llevo su olor adentro y bajaré corriendo la ladera que me hinca sus abrojos y mastica mis talones pero aún aferro en mis puños las lágrimas del péndulo y bajaré a lavar mis culpas en la playa y morderé la arena para no llamarlo.

Detalles y circunstancias de aquellos días se irían esfumando y ella no podría adivinar que veinte o treinta años después se estaría interrogando acerca de desintereses y desganos. Muchas veces volvió a su recuerdo el jueguito inocente del fósforo una cerilla común de las de madera quebrada al medio y otra vez al medio cada una de las mitades formando la figura de una letra eme mayúscula pero no en un mismo plano sino como aludiendo a un par de piernas abiertas en ac-

titud de espera. Ya ni sabe qué contenía el pequeño frasco gotero tal vez nunca lo haya sabido se lo habría dado alguna comadre de barrio de esas menudas brujas de folletín cuyas mayores cocardas no pasan de recircular supersticiones y consejas. Un jueguito tonto no más interesante ni con mayor fundamento que la copa o el péndulo una vez apoyada la eme sobre la mesa o en un plato se trataba de echar una gotita en el quiebre central. En un instante el ángulo comenzaba a cerrarse hasta dejar de ser ángulo y desaparecer la figura convertida en dos líneas quebradas y adjuntas. La contradanza fascinante de las breves piernas de madera estrechándose una contra otra con la precisión de un mejillón o de una ostra rebrilla cada tanto como chispazo en lo más turbio de su inconsciente a pesar de que el olvido haya hecho desaparecer los rastros del discurso explicativo que en verdad lo hubo la comadre en cuestión lo relataba entre risitas y miradas intencionadas pero jamás llegaría a recuperar el nombre ni el rostro o el sentido del sortilegio.

Hubo pues otras mañanas claras que alentaron el deseo y unas tardes en que los calores del verano quemaban menos que sus pieles ardidas y eran las mismas pieles algo menos resecas pero eran sí las mismas y en ellos el amor era un silencio largo y eran interminables los juegos y los besos y unas noches en que el gemido trepaba a las estrellas y el alba no tocaba sus ventanas respetuosa del rito. Ella la sacerdotisa y él músico principal sonando a dúo el arrullo bautismal y los bajos profundos oficiaron los misterios y secaron el fondo de las ánforas que colmaron de huevos y semilla. Eso está escrito y ha de ser verdadero en la medida en que alguien —un alguien uno o un alguien otro— acatando los mandatos cada pascua resucite los mantras invocando el rumor de las palabras idas y las promesas yertas. No menos verdadero en todo caso que las apófisis dorsales del dinosaurio de hierro que se estiraba al sol sobre aquel río que una vez recorrieron

los colastinés a remo y pala unos reyes destronados que sabían del misterio tan alto de jugar a ser arco y ser flecha y ser paloma. Un río querido en el cual ellos y sus cachorros retozaron bajo las resolanas del estío en días que no se sabe si trascurrieron en la realidad de sus vidas o en la interioridad de sus fantasías y recuerdos.

Él pensó tantas veces que la goleta requería unas semanas en la playa al abrigo de los vientos y el capricho de las corrientes y lo pensaba cuando el casco era nuevo y las velas se burlaban de la lluvia y de los chafarices del oleaje malhumorado. Aunque un secreto orgullo le impedía reconocer la carcoma de la obra muerta y el deterioro de los paños y los recios embates del salitre contra el metal y juraba que su barco estaba predestinado a recorrer los siete mares uno tras otro sin tocar puerto y asimismo daba fe de la excelencia de los planos y de la perfecta selección de las maderas y las sabias recetas de viejos marineros a la hora de calafatear el casco y encerar las velas. Porque sin haber pisado jamás la cubierta de un barco de verdad desde pequeño había jugado los juegos de los hombres de mar en la convicción profunda imbuida por su abuela materna de pasar por la gloriosas etapas de la escuela de cadetes y la carrera de ingeniería naval como corolario de unos sueños que la abuela gestara a la sombra de la base naval de su ría gallega y sabía porque tantas veces se lo escuchara decir a ella que un hombre sin uniforme no es sino un montón de huesos y pellejo.

Para cuando quisieron empezar a interrogarse acerca de la innegable frialdad de sus relaciones otras asperezas habían convertido en nubarrones lo que entonces no pasaba de nubecillas cuya levedad no daba para opacar la lumbre de unas noches que habían llegado a fulgores difíciles de olvidar y de superar.

En verdad no hubo un momento en particular la ebullición no se daba específicamente en horario nocturno muchas mañanas y más

de una siesta fueron testigos de encuentros que arrancaban desde la nada a partir de la más inocente de las miradas de la menos incisiva de las caricias. El campo de batalla podía ser tanto el tálamo institucional como el cuarto de baño la cocina o el menos convencional de los rincones del jardín. Llegaron a sospechar que el contraste de las pieles delicadas contra las texturas menos complacientes de la tierra el cerámico o una alfombra lejos de atenuar los ímpetus potenciaban dientes lenguas y carpos al límite casi impronunciable de la animalidad sospechas que reconocían en algún caso fechas y pormenores precisos.

Los gránulos de cuarzo repetían con entereza la danza de las horas cayéndose o elevándose en un espacio curvo sin otras referencias por lo cual cada grano percibía solamente al de adelante y al de atrás y a lo sumo los que viajaban a sus costados lo cual considerando las diagonales las bisectrices y las semibisectrices daba pequeños números. Es decir que ninguno de los granos salvo el primero y el último sabían lo que era el futuro o tenían al menos una noción brumosa de un pasado pero como a pesar de las vaguedades y la escasez de coordenadas percibían la aceleración al acercarse al estrecho que separaba ambos hemisferios conocían el ciclo. En el comienzo era la arena y la arena estaba seca y la arena se escurría entre la arena y el creador de la clepsidra había encerrado para toda la eternidad los infinitos corpúsculos de cuarzo en dos enormes hemisferios cuyos límites eran de arena calentada a la temperatura del sol y luego nada es decir el creador de la clepsidra y el guardián de los hemisferios encargado del balance. El guardián no era un mero cuentaporotos pues nada sabían los diminutos gránulos de haberes ni deberes y la única preocupación del guardián era girar los hemisferios cada vez que el último corpúsculo cruzaba el desfiladero obligándolo a volver sobre sus pasos con los demás gránulos pisándole los talones. Los granos ignoraban el ad-

venimiento de las estaciones y la ronda de los días y las noches pero sabían que su misión era la más importante del universo y con astucia llegaron a deducir que el guardián era el propio creador de la clepsidra.

Se conocieron una tarde en Taormina adonde él nunca estuvo porque su barco había sido construido para recorrer uno tras otro los siete mares sin tocar puerto por lo cual existen dudas acerca del lugar y quién era ella pues si bien él supo de inmediato que ella existía para él desde el comienzo de los tiempos ella tomó en sus manos la clepsidra que acababa de comprar en un puesto de souvenirs poco antes de llegar al cabo y la arrojó con gracia por encima de las olas.

Él sabía a su vez que en sus sueños sirenas muy hermosas se aferraban a su quilla y desde allí entonaban engañosas canciones y arrojaban caracoles por encima de la borda pero una mirada le bastó para apreciar sus piernas torneadas en una materia deslumbrante para él desconocida aunque pensó de inmediato en las mujeres pescadoras que había cruzado a tiro de ballesta de las Tonga.

Ella jamás creyó en aquella historia del barco que navegaba uno tras otro los siete mares sin tocar puerto y obligándolo a recostarse sobre la arena dibujó sobre su pecho un tatuaje complicado que parecía una luna en creciente que parecía una estrella de mar que parecía una caléndula que parecía una luna en menguante y dibujaba con una espina de acacia que mojaba con los labios antes de cada trazo. El sentía un ardor vehemente y doloroso que se iba expandiendo a partir del tatuaje de modo que al terminar ella su obra él ardía en una fiebre que le recordaba una de las razones por las cuales nunca tocaba puerto.

Sabía que en algún antes de alguna vez hubo en su vida alambiques y retortas crisoles cápsulas ampollas serpentinas y frascos con sustancias exóticas y nombres relumbrantes lo que hacía suponer una

estadía no breve en el laboratorio de un alquimista o una casa de estudios. Criptogramas enrevesados y fórmulas capciosas no parecían tener allí otra finalidad sino hacerle perder al mismo tiempo sueño y apetito pero en escasos intermedios de sensatez relacionaba su aprendizaje con una suerte de ordalía para ganar el paso a un no sé dónde. Entonces aprendió los modos de interrogar a las burbujas que danzaban al hervor de la retorta y allí su abuela alcanzándole con una sonrisa llena de prosopeya un uniforme recién salido de la tintorería y advirtiéndole casi con devoción que sin un uniforme los hombres son un hato de pellejo y huesos y es posible que entre las indescifrables anotaciones y amenazas cabalísticas llegara a descubrir la secreta relación entre la estricnina reina de los alcaloides con el chocolate rey de las golosinas y así haya sido el inicio de otra epopeya librada al sabor y el aroma de una torta que llevara la paz a su abuela y a toda la familia. Rédito nada desdeñable que el cuentaporotos no hubiera dudado en inscribir en la columna ganànciosa si se piensa que a bordo de su goleta el uniforme no pasó de la remera rayada y la gorra casi blanca y en los peores momentos aquellos devaneos de *en el timón del barco voy cantando en voz baja / y mis canciones vuelan gaviotas sobre el mar / le sonrío a la luna que me mira callada / y la luna sonríe: yo soy el capitán*…

Hubo una noche en que los amores de los gatos hicieron estallar las rosas náuticas hacía días que Aída la gata blanca y dorada se negaba a comer y recorría las habitaciones refregándose contra muebles y paredes la noche en cuestión decidieron dejarla salir al jardín. La gata se echó en el centro del cuadrado cubierto de césped la luna venía asomando desde el este al rato escucharon un maullido en sordina una especie de monodia un reclamo que recorría toda la escala para caer a nada y retomar cada vez más agresivo para desembocar en un quejido enroscado entre los helechos. Apagaron todas las luces y

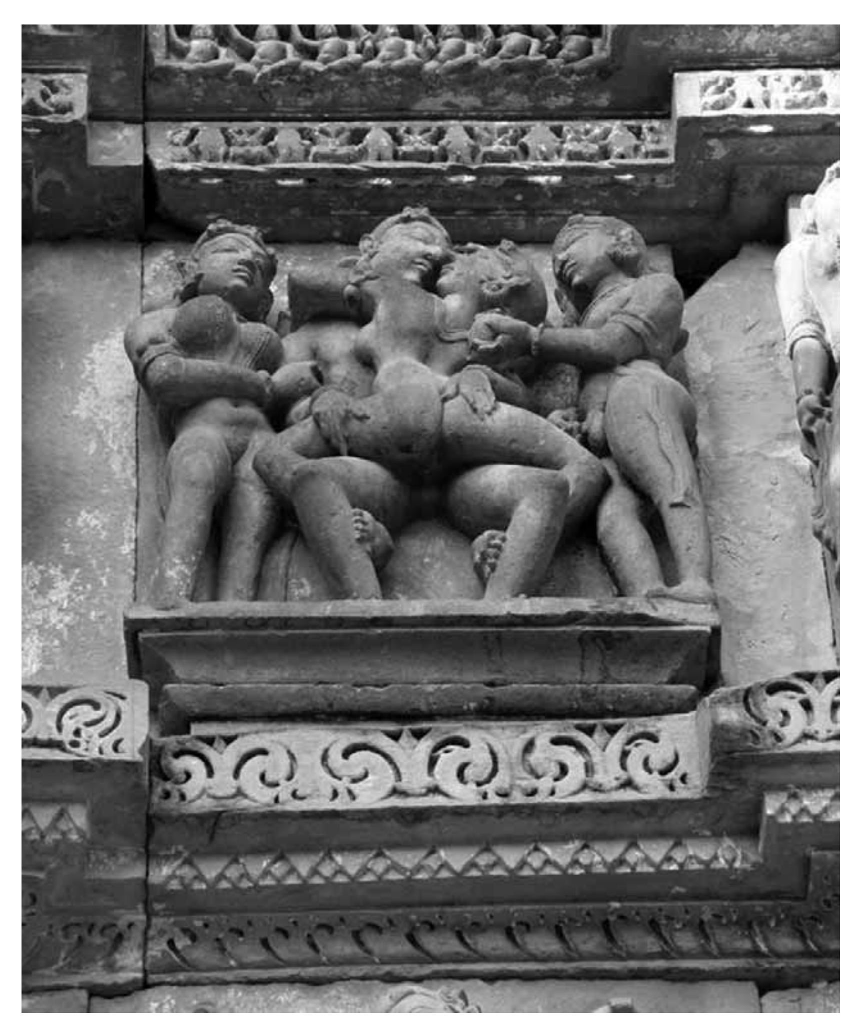
se asomaron al ventanal pasaron varios minutos durante los cuales el silencio se alternó con la cáustica llamada porque ya no cabían dudas el instinto clamaba entremezclado con el perfume de los azahares y el rocío del césped y la luna. Una sombra un poco más negra les llamó la atención el gran gato oscuro se había descolgado por la pared que daba a la calle del costado y estaba echado a unos cinco pasos de Aída abrazados se enredaron en una ceremonia de patas y lenguas una danza empezó a crecer en el centro del césped iluminado por una luna en ascuas. Dos maullidos arrancaron un dúo que les aceleró la respiración estaban también muy juntos fascinados erizado el vello de los brazos y unos golpes en el pecho donde sus corazones parecían no tener ya cabida hipnotizados por la pasión de los felinos comenzaron a quitarse las ropas se aproximaron en medio de contorsiones que copiaban las síncopas de Aída y su pareja. Se exploraron se bebieron la sed se lamieron con gula y en el momento en que los gatos rodaban fuera ya de control cayeron ellos también apretados en un alarido de apetito y de victoria.

En Taormina las sombras han ganado la playa la montaña el mar y el cielo es una criba negra que recoge luciérnagas y grillos mientras se respira el olor espeso de los pinos y la miel de los floripones y el mar es un ronquido acechando desde levante a la hora de los sortilegios y las ofrendas entre las grutas y los templos griegos. Ella duerme suspira sueña y dentro de su sueño se repiten los juegos que la llevan de sueño en sueño hasta las fronteras de la anestesia y el hastío pero abrirá los ojos y en el primero o en el último acecha la boca que la sacie y los brazos que la atormenten mientras los gránulos de la clepsidra que arrojara a las aguas cuando lo conoció gotean y gotean bajo la mirada insobornable del guardián. Él abandona en silencio el lecho y aún resbalan por su piel los zumos que lo conturban y las ortigas que ofuscan su consciencia que no resgistra sino esas

piernas torneadas que le recuerdan las pescadoras que cruzó hace ya tanto tiempo a unas brazas de las Tonga.

Desnudo deja la habitación y camina sin apuro por el sendero que baja hacia la playa con los ojos cerrados porque otros ojos le indican le ordenan le insinúan y lo tientan con un llamado impreciso aunque imperativo y su cuerpo se desliza más allá de las higueras los cactus y los ágaves porque el llamado viene desde el borde del agua.

La barca oscura se mece en silencio con su única vela henchida y negra presta a zarpar apenas ponga los pies a bordo. ■



En India, se encuentra una pequeña localidad situada en el estado de Madhya Pradesh. Se llama Khajuraho y reúne el mayor conjunto de templos hinduistas del país, famosos por sus esculturas eróticas, edificadas por la dinastía Candela, aproximadamente 1000 años a.C. De ahí que se les conozca como los templos Kamasutra.

Cómo explicarle al padrecito

Todo pasa y todo queda /
pero lo nuestro es pasar…

Antonio Machado; *Caminante no hay camino*

Hei de ser tonta de más como dice la mama. Eso hai de ser asisito mismo. No di ayer ni antier sino de nunca quel paicito bien que lo platica entre que bendice la sangre y reparte el cuerpo de Tatita todos los domingos aunque ande diluviando desas inundaciones del cielo que se llevan por delante los cabritos y las pencas. Pos quel paicito repica su campana y todito se sosiega y auna le dentra como una picazón de tranquilidad y auna se le hace que hasta se amansa la tormenta. Y ahicito me da cosa cuando el pai se larga a platicar que la solidaridad y que el amor y esas vainas que una de inorante se le escapa el sentido de la oratoria. Aunque alguito en el fondo hai de quedar ni que nomás sea para qui una si ricuerde a la hora de entreverarse bien aprietadita la ruana y amucharse en el catre porque la heladita de la madrugada no es de perdonar a nadies. Y ahí dale que vuelve la perorata del pai de que el amor al prójimo y demás yerba, que yo me maliceo que lo dice por el Dalmacio. Bien que toditos saben bien lo mucho que lo quería yo a mi hombre y nunca le falté al Dalmacio ni a mis guaguas aunque muchas noches se me caiban los lagrimones de verlos ahí amuchaditos con la barriguita vacía sonando como una caja tristona cuando silba la kena allá en los cerros. Y sí se me hace que el pai hablaba para todos pero no me sacaba la vista dencima.

Yo al Dalmacio lo quería ni que nomás sea porque era el tata de mis guaguas y nunca me importaba si no les traiba una chirimoya ni un mordisco de alfeñique o a lo menos un tantito así de leche de cabra para calentarles la barriguita. Igual me maliceo que el pai me va a llenar de avemarías y quién sabe qué penitencias cuando le cuente y me parece que no me va a entender.

Diosito sabe cuánto que lo quería yo al Dalmacio y lo que me costaba apretar los dientes cuando la chicha me lo ponía malo. Será que hace un par de noches lo agarró la luna y cayó ya tardecito al rancho medio a los corcovos y la mirada atravesada y que chola puta y esas cosas que le agarran cuando la chicha queda por un descuido al sereno y la luna la pone mala. Eso hai de haber sido el sucedido, pero dentró y estaba como loco y cuando me mandó que le alcanzara la chaira para despenar a la guagüita más cabra que berreaba y no paraba de berrear del mero susto, ahí fue que se la alcancé y ni sé en qué momento fue me di cuenta que el Dalmacio se ladeaba y seiba cayendo y cuando estaba caido se le fue poniendo la mirada fea y esa mueca que ni sé como voy a explicarle al padrecito si yo misma no lo entiendo. Capaz al menos me quede algún ricuerdo di antes. Porque así de bruto como era igual supo quererme y voy a estar muy sola ahora. ▮

Nochecitas de Cabiria

La muerte de un hombre da sentido a la vida,
porque solo permanecen en la memoria
las cosas que tuvieron importancia, el resto es olvidado.

Pier Paolo Pasolini

Digo pues que te vengas ahorita nomás y nos echemos un trago y charlemos la cosa. Que todo lo demás se arregla. Ya sabes que para mí la amistad es lo primero. Pues claro. Faltaba más habiendo sido como fui el mejor amigo de tu esposo. Quiero decir que tu esposo ha sido mi mejor amigo, tú me entiendes aunque yo no me explique qué vainas. Y que no es que me interese un chingue hacerme cargo de los pinches sucesorios, faltaba más anda. Bien lo dice todos los domingos el padrecito Fulquerio. Que es de vicio porfiar contra el destino porque todos los caminos nos llevan en derecera a Roma y ahí te dan la puñetera visa y te echan la firma. Y entonces sabrás si lo que te resta de camino has de hacerlo cuesta arriba o cuesta abajo mal que les pese a todas estas avefrías y comadrejas de sacristía. De sobra tengo en mi cabeza cuanto platican las malhadadas comadres que si no supiera cuánto de imprudencia y de resentimiento encierran sus discursos fuera yo el primerito en colgar mi investidura y mi costillar del primer cruceiro de los alrededores del pueblo no más dar la primera campanada de la medianoche del día de difuntos.

Mas para qué los nombro si es de no creer que acabo de dejarlos escapar de mi bocaza descomedida y ya se ciernen en derredor apurados por acabar conmigo en tierra y darme de coscorrones y puñadas hasta no querer más.

Y más no quisiera por no dejarles malbaratar lo que malbaratado dejó todas estas semanas de lutos y penitencias después de llevarlo al finadito al lugar de su eterno descanso que no me consta que lo sea para él y pues ni te digo entonces para nosotros. Que bien frito y emperejilado está el dichoso Dante y bien nos va por su desgracia este negocio. Pues si de su piojosa mollera dependiera nuestra suerte un nuevo foso más en lo hondo nos habría aderezado con lo más patibulario de sus calaveras y sus santitos de la muerte. Con toda la cachonda peste de cirios y escapularios y botafumeiros de su putísima comedia. Así le dieran por el culo con sus mazos y cepillos de ceremonia los tenebrosos alquitraneros y cavernarios deshollinadores.

Es que me refiero a ti y a mí por si no te estás dando por enterada hacia dónde se dirigen mis églogas. Que bueno es estar al cabo del debido entendimiento si de dar adecuado destino a las habladurías y chismes de las comadres y comadrejas se trata el negocio. Pues que a gatas puedo pegar los ojos desde que el padrecito le echó aquel responso tan bonito y al final nos fuimos despidiendo uno por uno y acabamos por dejarlo solo y su alma a reflexionar acerca de lo que jamás soñara reflexionar mientras respiraba. Y no que le faltara tiempo pues harto holgados de compromisos fueron sus días y ni qué decir sus noches si es que no dijiste lo que has jurado nada más que para complacerme. Sesudas han de ser tus cavilaciones muy señora y dueña mía pues que te has quedado nada más con los brazos en jarras y contemplándome de hito en hito como si de San Miguel Arcángel se tratara. Quede tu consciencia en paz que nunca fui de mirar tan alto aunque mal no me vería ocupando el más humilde rinconcito en los altares. Que no toda mi escuela fue de echarle mano a las hornadas de hostias sin consagrar y a trasegar como Dios manda los mejores mostos y los más azucarados almíbares con que chantres y sacristanes regalaban sus gargueros. Bien es verdad que de poca cosa me sirvie-

ron estas verónicas y otritas que no me parece comedido ventilar delante de tus suspiros y tus lutos, aunque más no sea para que la maledicencia que en todo costal se ceba no eche bando de que ría a la hora de las lágrimas ni se derrame llanto a la hora de los brindis y las carcajadas. Buena te imagino acompañando el compás de los danzones en brazos del mejor hombre que Dios haya echado al mundo y abriendo tus ojazos como luminarias al advertir que lleva mortecino todo cuanto portara vivo en tanto le cuelga fláccido lo que enhiesto le reportaban tus escabrosos quejidos y una demanda de mimos y más mimos que no parecía sino que fuere menester dejar cabalgar por entre tus sábanas regimientos de húsares y de granaderos en pos de desfogar unas ansias que si en ellos fueren justificadas a fuer de la ausencia y la privanza pues en ti señora mía digo yo que se viera y escuchara con no menos trinos y jipíos de los que le salen al cruce a cualquier viandante por entre las callejuelas del puerto y por los ventanucos de aquellos salones y casas de pecado.

Dígolo y me sobrevienen toses y sudores al recordar noches que un caballero prefiriera olvidar no en pro de renegar de lo gozado que noble y de enjundiosa ralea es el goce que de las venéreas artes sobreviene sino por echar algún velo de pudor sobre una fama que bien poco dicho sea entre nosotros necesitara ni de pudores ni de veladuras. No pongáis esa cara cachonda de buscona que no hablaba de velas duras qué va. Sino de los tules y las gasas que el recato echa encima de la desnudez cuando los resplandores del alba sorprenden en plena faena a quienes no se curan de guardar sus voluminosos apetitos e insaciables demandas a cargo de las tenebridades de la noche y el habeascorpus de las sombras.

Sombrío y cuánto presiento mi futuro cuando esta desaforada comadre eche en cuenta lo mucho que ha enterrado y lo poco que ha de dar mi esforzada y valerosa voluntad si de satisfacer su hambre y

sus devoradoras exigencias se tratara la cuestión, según reconozco y juro que ni kamasutras ni decamerones ni tántricas triquiñuelas dieran abasto con el calor y la ansiedad de su efervescente coño. Cuenta me tiene no olvidar el padecimiento de aquellas largas semanas con mi naturaleza en baños de malva y en salmuera al cabo de la primera noche que habiéndose ausentado el marido por un negocio a más de dos días de viaje de ida y otros tantos de regreso caí como un recién nacido en las trampas de la guarra que apenas pasara su esposo las puertas de la ciudad esperábame ya con su sonrisa de buscona y su coña perfumada y caliente.

Negocio fuera de dragones o de bomberos el apagar el fuego de tus insaciables entrañas, que si de apagarlas se tratare justificado estoy al asegurar que no menos de un Niágara se requiriera y aún dudo si no quedaran aquellas brasas humeando al son de su gracioso y lúbrico chisporroteo. Tarde rememoro unos pinches detalles que bien me hubiera valido tener en cuenta a la hora de montar el maldito sainete. El primero y no poco elocuente fue una caja de fotografías y recortes de donde me exhibiste llena de rubores —apenas conocernos— algunas instantáneas de tu amado esposo en diversos grados de deterioro y desnudez. Pues hubo de pasar tiempo para que cayera yo en cuenta de que mostrando para la fecha de las bodas un corpachón que lo envidiara un capitán de húsares por lo altivo y musculoso, para el primer aniversario se veía ya agostado y fofo como si le hubieran echado veinte años encima. Advertirlo y recordar la impresión que me causara el pellejo consumido y exangüe que hube de ayudar a amortajar tamaño sofocón me suscitó que fueme menester un respiro entre chingue y chingue, soportando tus tacos y juramentos de putísima zorra, en el sentido de que solo un descastado era capaz de abandonar a una dama en apuros sin atender a sus razonables pedidos y ampulosas necesidades.

Pero el caso es que mi amigo y enhoramala asociado en el enjundioso emprendimiento de abastecer las ínfulas y rencorosos mandamientos conyugales, sobradas muestras y manifestaciones de consentimiento supo darme al punto de disponer un lugar permanente para mí en su cuarto de huéspedes y a su mesa. Caro hube de pagar lo confieso mi cachonda mirada y toda la socarronería con que me aboqué a iniciar lo que estúpidamente creía la mayor aventura de mi vida dando al olvido la muy sabia conseja de que cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía. Duro y difícil de tragar fue el mendrugo regalado y ácida la penitencia y no hay chingue regalía ni pinche indemnización que satisfacer pueda el malestar y las cagaderas y otros inconvenientes que la decencia me excusa de comentar. Pero así fuera la voluntad de Dios que llegara yo a vivir más que Matusalén, me hubiera faltado asimismo tiempo para arrepentirme del gracioso apuro con que me zambullí en esta pantanosa historia. Pues barro y no otra cosecha podía esperarse al fin de cuentas de mi mohina decisión de aprovecharme de la benevolencia de un amigo que pasaba por todo. Peor aún cuando el amigo no solo no habría de reprochar mi aporte al engorde de su cornamenta sino que aún estimulaba mi megalómana estupidez con nada sutiles comentarios acerca de lo satisfecha que se mostraba la repugnante gorgona con mis atributos y hazañas de colchón.

Por si hubiera algo peor que agregar a este listado de calamidades y desaciertos, se ve que mi ayuda llegó demasiado tarde, pues el pobre sobrevivió menos de cinco semanas y acabó con lo que quedaba de sus huesos en la fosa, en un estado tal de postración y trasparencia que no sabían los sepultureros a último momento si enterrarlo o botarlo por una alcantarilla.

Tristes semanas por cierto viendo el pobre allegarse a su vera la desdentada y temiendo no fuera a darle a la huesuda por exigirle

como postrero servicio que le tundiera un poco las corvas, pues fuera entonces el negocio de escapar de la sartén para caer al fuego. Digo que ni Salomé ni la reina Semíramis ni la mismísima Scherezada hubieran dado ni con meneos ni con desnudeces ni con sus lascivas danzas en elevar lo que caído y maltrecho dejara y exprimido hasta las heces tu calenturienta devoción por el inacabable catálogo de hazañas amatorias de tu concupiscente delirio. Con lo cual víme *ad honorem* convertido de la noche a la mañana en sosías y sustituto de quien mal preparado para pasar a mejor vida se aprestaba a disfrutar sentado en palco *avant-scéne* del último acto de tus lujuriosas puestas en escena. Y más digo que quedaran canecos y chuchuminos a tu lado los libretos del *Cantar de los Cantares* y los decires y consejas de la Trotaconventos y las inconfesables noches de la Margarita de Nesle y los capítulos ya escritos y los por escribir de las memorias de todas las teodoras y marozias y cortesanas y madamas que en lo recóndito de tu vientre y en lo encarajinado de tu sesera hubieran anidado o cuantimenos dejado al caer quier discreta sugerencia por agregar una pizca al abultado libro de tus desmesuradas cabalgatas a lomo de cuanto artificio se pusiera a tus alcances del revés o del derecho.

Cuentas echo y a destiempo de lo mucho que me exprimiste y lo magro de tus retribuciones como no fuera tu sonrisa de zorra en cuanto acababas con los sofocones de una ronda y te hacías agua la boca para arrancar con la inmediata. Te cuidabas eso sí de repetir en todos los florilegios de la escala musical y haciendo mohines y visajes lo tanto que te complacía lo poco y lo cuánto que añorabas lo mucho que tu esposo te supiera dar y lo más que por toda la eternidad jurara abastecerte cuando no dieran sus voluntariosas intentonas ni para sostener las siete lunas del preludio. Y de exigir con devaneo de pestañas y cloqueo de agachona en celo que entre uno y otro paso de comedia te susurrara al oído con los suspiros y circunloquios de

rigor aquello de *"… y yo que me la llevé al río / creyendo que era mozuela / pero tenía marío…"* Demasiado tarde para pensar en utópicas libertades e inexistentes atajos. Con un mes escaso de duelo por detrás, lo que en vida del cornúpeta fueran breves y salteados encuentros con el oído atento a todos los ruidos y movimientos de la calle, se convirtió en un sarao continuado que amenazaba no respetar feriados ni fiestas de guardar. Despediste al ama para que ni de pensamiento me apartara un segundo del aplicado cumplimiento de mis funciones de semental, dejando en servicio al cocinero y un jardinero, por si —según me explicaste sin eufemismos— llegara yo a padecer alguna temporaria caída de ánimo.

En treinta y cinco días bien contados me despachaste junto al finadito, hecho un guiñapo. De poco me valieron los candeales y los calditos de gallina, pues que parar el decaimiento y la postración desatados por tus ataques reiterados y rasantes fuera menos promisorio que tapar el cielo con un harnero. Levante esa crestita mi gallo o alce usted esa cabecita mimosona mi chulo era lo menos que se escuchaba y en tanto yo desfallecía sintiendo ya el aliento cochambroso de la huesuda tú te deshacías en aspavientos y números de bataclán.

Ni qué hablar lo mucho que lloriquearon las comadres y ratas de sacristía mientras el padrecito Fulquerio me rociaba con el agua bendita refiriéndose con arranques de tenor lírico a las descomunales dimensiones de mi corazón, esto a santo de que mientras me componían para el velatorio encima de las mismas sábanas que fueran testigos de mi calvario, no tuviste mejor modo de manifestar tu congoja que emprenderla a berridos y chillidos intercalando entre escala y escala sentidas estrofas referidas al increíble tamaño de mi pobre víscera y otros arrabales de mi desvencijada anatomía. Lo cual no podía dejar de suscitar la desaforada curiosidad de cuanta llorona comadreja hiciera su paso por el mortuorio aposento. Dioles ánimo me parece el

tono plañidero de las descripciones que entre hipos y ahogos hacías de lo mucho que gozaras en lo poco que te durara la fiesta. Y puesto que mucho más no demandaba la avidez del auditorio, al primer gesto de incredulidad de alguna de las presentes no trepidaste en descubrir mi desnudez para que a nadie quedaran dudas en cuanto la magnitud de tu pérdida. Allí sí que fue el crujido y rechinar de dientes del que suele hablar el padrecito en las funciones de vísperas. Husmeando el banquete diéronse a una las desvergonzadas arpías en mironear cada pulgada de mi pellejo, encarándose entre tanto unas con otras y cuchicheando comentarios cuyo tenor bien me puedo imaginar. Tu satisfacción era tan grande que para nada te molestó que la más atrevida de aquellas brujas pasara sin disimulos de la mirada al tacto y así es como de repente me sentí explorado con el mayor desparpajo por decenas de dedos apergaminados y ganchosos que me recorrían del derecho y del revés, ya con la mayor suavidad y de pronto apretando y presionando a compás de gemidos y suspiros y otras diversas muestras de conmiseración y solidaridad, de las que no se excluían emociones tan dispares como la frustración y la envidia. Te sentías la emperatriz viuda en medio de aquella asamblea de descaradas putarracas que bien podrían haber compuesto el cuadro de honor de cualquier burdel de provincias.

Mis dos herederos poco tardaron en echar cuentas de la parte que les cabía en el libreto. El tiempo que llevaban en la casa les permitía adivinar la crisis de exigencia que te habría de sobrevenir después de los berridos y las lagrimitas. Ni cocinero ni jardinero eran de la clase de soldados de dar la vida por el honor ni por el rey, conque poco les llevó hacerse cargo de lo delicado del futuro en cierne.

El hecho es que cayendo las primeras sombras del atardecer, gracias a sus secretas diligencias empezaron a llegar al aposento los hacheros y leñadores del aserradero que abastecía las necesidades de

toda la comarca, una docena y media de fornidos compadres en ropas de fajina y chorreando sudor. Unos botellones de clarete sabiamente repartidos y un discreto comentario acerca de la posibilidad de heredar un abultado patrimonio en metálico contante elevaron en poco rato la temperatura del escenario.

Cuando el primero de aquellos aventajados compadres se atrevió a deslizar sus manos por tu escote, otra media docena de manazas recorrieron en un santiamén tus rincones secretos y los que estaban a la vista. En cuanto tus iniciales chillidos de espanto fueron enderezando a encendidos quejidos de placer, mis dos prudentes camaradas se ocuparon sin apuro de atrancar puertas y ventanas. No tanto para impedir la huída de los luchadores que quisieran abandonar el ruedo, sino sobre todo para que el alboroto no fuera a atraernos invitados inoportunos.

A mí me acostaron sobre el piso en un rincón de la habitación, sin demasiados miramientos y sospecho que con tu tácito consenso. Fue lo único tácito de tu parte. Pues te diste sin ambages al disfrute de una escena en la cual hubieran quedado cortos las plumas más enjundiosas y los pinceles más letrados. Antes de dos horas la fortísima cama de tres plazas se desmoronaba aplastada por la recua de cuerpos enardecidos, en un revoltijo de cabecera, doseles, mosquiteros, largueros y tarima más astillas de piezas torneadas que también tuvieron de seguro su lúbrica oportunidad en el festejo. Con el colchón y los edredones por el suelo, los campeones arrancaron sin intervalo con un *presto agitato* que se llevó por lo menos otro par de horas.

Me sobró pues el tiempo para comprender el poco envidiable panorama que la misericordia divina me había evitado, según la sabia conseja de que los amados de los dioses mueren jóvenes.

Pude auscultar tu éxtasis al principio y medir el avance del hastío primero y de la desesperación del agotamiento después. Pero es que en medio del incontrolable escándalo, nadie prestaba atención a tus plañideros exhortos de “basta, basta que me matáis”. Y dada la exaltación reinante y lo bien que aquellos atletas parecían conocerte, dudoso era que alguno llegara a tomarte en serio. Pude apreciar el modo irreversible con que se aminoraban tus convulsiones y quejidos y se acallaban tu pulso y tus palpitaciones. Tus ojos desorbitados, contemplando ya paisajes que solo tu alma atinaría a reconocer y describir, se dieron vuelta por última vez y echando la cabeza hacia atrás exhalaste un alarido que debe haber atravesado los tejados del pueblo y quedaste inerte.

Digo pues que te arrimes ahorita nomás y nos tomemos ese trago y platiquemos la cosa. Que todo lo demás se arregla. Ya sabes que para mí la amistad ha sido lo primero. ▮

Mi chiamano Mimí

Si. Mi chiamano Mimì,
ma il mio nome è Lucia.

G. Puccini; *La bohème*, acto I.

Pues que si esta tía no se hubiera cachondeado con una consigna tan… creativa qué. Vamos, que en la vida se me hubiera ocurrido escribirte. Es que una puede escribirle a un pariente que se fue a vivir a Miami, nada más natural. O a la amiga de una amiga que se te pegó en el feisbúc y terminó por caerte en gracia, porque no es de esas estúpidas que todo les fascina por espléndido y bellísimo y maravilloso. Que si fueran cartas en papel vaya desastre ecológico, pero en fin, que cada cual es cada quién y anda sola con lo puesto ¿o no? O sin ir más lejos, una escribe por si aparece una ganga a alguien que vende muebles antiguos en mercado libre o derremate puntocom.

Pero escribirte a ti vaya, ni lo pienses, jamás te hubiera dado el gusto ¿o qué pretendes? Sí que has de tener tu experiencia en eso de que las esposas de tus amantes te saquen de la cama de madrugada para hablarte de tu madre. ¿Y anónimos? A montones, claro. ¿A quién no le viene bien regodearse gratis con que si la muerdes o la chupas o si te relames con el pringue o te pones preservativos en la lengua, imagínate.

Pues de mí no esperes nada de eso. Es que si te digo la verdad ni me va ni me viene lo que hagas con el cabrón que se mete debajo de tus sábanas mientras cree que creo que está en viaje de negocios en Madrid o en Puerto Rico.

Al principio me moría por llamarle al celu a esta misma hora para darle las buenas noches, sabiendo que eras tú quien escuchaba porque él lo tendría puesto en manos libres para tener las manos dispuestas para otra cosa, vamos, me tomas por tonta o qué. Y que no bebas demasiado y que abrígate al salir que dios sabe los fríos que harán por ahí y por allá. No no, nada que ver querida, que esto es un bochorno que se te fríen los sesos nada más de caminar veinte pasos hasta donde tienes el carro aparcado. Cuarenta grados.

Bien me puedo figurar de qué se le fríen los sesos anda. Los pocos que le quedan, que si se los has sorbido tú ya sabrás lo que es masticar chicle o algo más insípido aún.

Qué va, mujer. Pero perdona lo de mujer, es la costumbre ¿sabes? me cuesta horrores acordarme que te haces llamar Rodolfo, no sé dónde tengo la cabeza. Y gracias por mandármelo siempre de vuelta bien bañadito y sin olores. ▮

Eva forever

La tormenta desciende hacia las pulpas viscerales y los jugos. El ojo incendia las moléculas del huerto. Un millón de pupilas titilando al pie del árbol. Un billón de párpados acompañando el abrir y cerrar de trillones de diafragmas configurados para capturar cada corpúsculo de luz. Cada ínfimo testimonio de oscuridad. Has olvidado aquella tarde en el medio del huerto. Y aquel árbol a cuyos pies éramos uno los dos y no había ojo ni anillos ni prohibidos frutos. Solamente uno los dos y arriba la polar y abajo el hielo universal. Aquel árbol y la espada flamígera. Todo has olvidado.

Ah poderosa condena esta de reptar de espaldas al zenit. Elongando mis anillos vuelto mi rostro a la polar y la vituperada cola hacia el vacío sur. Poderosa condena la del ojo. Traición que me tracciona amarrada a qué potro de tormentos. A qué descalabrante rueda que abarcando los polos gire sobre ese ojo que impulsando mi rotación eternamente me descalifica y me cercena. Abracadabrante ojo genitor de los barrancos y los bosques. Diseñador de cúmulus y supernovas, grosero pantocrator gestor del hormiguero y las galaxias.

Ah celoso mayordomo de rebaños estelares y precintados huertos. Tuya esta maldición que me eterniza y desterrada la esperanza me promete y me niega. Turbio ojo frustrado por su propia aniquiladora soledad. Soñador escabroso de torrentes y de hielos invernales. Insensato hermafrodita, perverso párpado unumplúribus dador de vanas prohibiciones y sentencias. Mío ha sido el tormento de abrazar las antípodas desgarrados mis anillos y las asesinadas vértebras. Mía la rencorosa lucidez y el desconsolado acto de volver sobre mi propio inicio alrededor de la pupila insoportable.

Tú ojo supervisor y yo nictálope adherido a los filosos pedregales y el ávido desierto. Tú que escribiste sobre la piedra con un dedo de fuego la palabra prohibido. Acaté mi destierro y desde un antes anterior a los antes y a los nuncas sobre mi vientre a través de basureros estelares me arrastro. De los frutos de la soberbia y de la vanidad comí, que no los del olvido. De todo fruto hice alimento y de cada semilla hice memoria. Al margen de tentadoras pulpas y unas lustrosas pieles.

Una piel predestinada a la caricia. Piensa en tanto sobre sus espaldas estalla el leve cosquilleo de una lengua discretamente voraz. Esa piel otra —o no— que al aproximarse con suavidad de reptil le recuerda… aquella otra piel que entonces sí era como una lampalagua enormemente dulce. Al besar su cuello siento el temblor. Un estremecimiento que recorre la hipérbola del placer desde el erizar contemplativo hasta la convulsión creciendo en alarido.

Un pie desplegado en estandarte al cabo de una extremidad felina se clava en el zenit. Y la pierna árbol eje gira lenta señalando el sentido de un tiempo que en verdad no existe. Sin respirar observo. El pie ha girado también en busca de las estaciones. En cada cuadrante del hemisferio celeste una mano. Un brazo torneado. El escozor de una promesa. Me apresa por la cintura. Inclino mi cabeza dejándome caer para seguir el juego. Mis manos bajan ahora por unas caderas turbulentas. El otro cuerpo es un plano ecuatorial separando las aguas del bóreas de las cataratas del noto. La otra piel es arena.

Pienso esa piel predestinada a la caricia. Sin respirar me observa. Los equinoccios aceleran el ritmo de los giros. Y la sed multiplica las lunas y los soles. Alrededor de la clepsidra se devanan los cabellos del tiempo. El tiempo los devana abrazado a la clepsidra.

Una piel en la bóveda celeste. Otra allí adentro revolcada en el cuarzo. Todo vidrio es en su visión final arena. Debo alcanzar los

ábsides para frenar el eje. La piel otra trepando por los arcos. La piel una abierta en cruz bajo la cúpula. Las pieles otras ávidamente me atormentan. El primer pie ha cambiado de cuadrante. Las lunas han mudado sus perfiles y recorren el lomo de los trópicos. Los soles retroceden soplando los esplendores del solsticio sobre la gula de los vientres.

Me observan pieles otras brazos otros lunas soles. Las arenas y el trópico todo seco. Solamente los labios. Ah esos labios proclamando la devoración de las promesas. En ellos todo lo húmedo y la gloria. Hundirme lentamente en la explosión de yemas y papilas. Allí donde se mezclan el después y el antes. Cuando la lampalagua. Mi costado acostado contra un costado otro. Adherencia de la piel otra contra el deseo uno. La mano una recorriendo los valles y las cumbres que la piel otra sacraliza desde los albores del escándalo. Oh sí rompamos todas las promesas y las interdicciones. Los candados.

Inútiles cadenas si el abrazo me ciñe con la amenaza de la serpiente. Vuelta sobre sí misma en el signo infinito. Desplegar las promesas anillo por anillo. Avanzar sobre el vientre uno hacia la frontera otra. Ser testigo a cielo abierto en carne viva de la devoración de esa frontera. *Oh tempora*. *Oh mores*. Todo grito de amor en el desierto uno es un gemido inválido. Venga a nos un holograma. Un fantasma capaz de desdoblarse en el engaño de esas papilas que lentamente nos degluten. Una visión armada en arco iris y metáforas. Labios lengua dientes y el sinsabor de la desesperanza son las armas. El ampuloso escudo que pertrecha al guardián de todas las fronteras. Palpo mi carapacho. Hundo mis labios en el arroyo oscuro que recorre la eclíptica. El agua puerperal inundando el través y los recodos. Inútil renombrar la piel una el abdomen otro. La curvatura de la órbita es la medida de la esfinge. Nadie conoce el sexo de la piedra.

El desierto no es sino arena. Un mar de sílice que en un ayer inexistente fueron el calcio y mis fosfatos. Protones huérfanos de consistencia sin memoria. La esfinge otra me acorrala con el estigma de sus sudores y su risa. Algo como un trueno estelar atravesando las clepsidras. El cuarzo otro es un cuarzo universal a caballo de un torso otro, de unas nalgas desbordadas en la erupción de humores irrecusables. Ay mísero de mí. No hay nadie más que tú. Ah infelice. No hay nadie más que yo. Entonces. Entonces el espejo y la noche y los fantasmas. Visiones… nada sino visiones… *words milord*. Milady. Mi padre acaso. Oh dulce Agamenón. Sin cabeza no me atrevería a nombrarlo. Sombra de Clitemnestra. Toda sangre lavada en la asunción del *nihil obstat* que obnubila los decretos. *Vade retro* madre. Colmillos babeantes yerguen su vigilancia en la frontera. Las hachas se persignan a la espera. Ese pulgar no ha de durar. No ha de dudar. Cuando caiga será la noche de las bodas y el vértigo.

Han empezado a desplomarse las colinas. Los cráteres aguardan el advenimiento de los idus. Avanzo hacia el altar. A mi lado un cuerpo otro la presencia otra. La piedra fría espera y ya es octubre. Arden los pebeteros y las lámparas. El fuego no es sino aliento de vírgenes paganas. El viento huracanado de las vírgenes en celo.

Retro madre. Aparta tu cabeza aqueo que el hacha está encendida. Oh dioses, qué vengativa sangre. Qué tenebrosa urdimbre sobre nuestras cabezas incesante gime. Auscultemos las vísceras.

Los filos se exasperan. Ah diácono perverso. Desde la clave de los arcos nos observas. Tus pulgares caminan delante de tu risa. Yo vacié las alforjas y tus órbitas. El cayado y la noche serán tu séquito en la arena. La esfinge no acatará tu signo y yo no besaré el anillo. No lo bajes aún que hay otros signos. Otras impaciencias imprimen en las espaldas otras la sanción de las esfinges y los látigos. Dulce tumultuoso hedor de vértebras heridas.

Agamenón ha muerto. El mejor de los príncipes. Adúltero es el tálamo donde la lampalagua. No descargues aún tus carpos irritados. Escuchemos las voces de los huérfanos. Mis pulgares dos picas soportando la clave y las bisagras estelares. La bóveda a mi espalda. Sobre la vértebra precisa darás el golpe.Vana sangre vanos rencores vana resignación. Reinan ya los idus. Revolotean los oscuros cuervos. Las hienas se abalanzan. Y el ojo retrocede.

Ya no quedan señales de la sombra. Al pie del árbol solamente alguna semilla y el corazón de una manzana. Y los dos unos abrazados en el sopor del goce consumado. ▮



Madhya Pradesh - Khajuraho / Cortesía de snoopy36.

Sueño de una noche de verano

… y entonces la luna, cual arco de plata
tensado en el cielo, habrá de contemplar
la noche de nuestra ceremonia.

Shakespeare; *El sueño de una noche de verano*, acto I, escena 1[a]

Todo estaba escrito y anunciado. En el hornillo se queman la mirra y el incienso. En el altar arden los restos de grasa de las ofrendas. Detrás de las columnas caracolea el salmo de los sacerdotes. Lejos retumban los parches de un kultrum y un timbal o acaso el trueno o la explosión del mar contra los acantilados.

Los salmos suben hasta más arriba de la cúpula y los tambores acompasan el galope de la bestia. La bestia que sale del mar cerca de los acantilados y viene a mi encuentro. La que anunciaban Juan y los profetas. Puedo percibir el pavor de su aliento y la pesadez de sus pezuñas. Esa bestia ya está casi encima de mí. Se cumplen las abominaciones y los tiempos. Cierro los ojos implorando a los dioses que me despierten de esta pesadilla.

Al abrirlos de regreso en nuestro lecho nupcial respiro aliviada. Después la pavura de su aliento y el manotazo de las garras y el rugido. ▮



En este pueblo se encuentra uno de los Patrimonios de la Humanidad de la UNESCO, una serie de templos Jainistas e Hinduistas que son únicos en toda India pues en ellos están tallados imágenes del Kama Sutra.

Preludio y muerte de amor

Westwärts / schweift der Blick:
ostwärts / streicht das Schiff [1]

Richard Wagner; *Tristan und Isolde,* Acto I

Yo, el miserable picapedrero Parakos de Selinunte, hijo de Nicias el talabartero, inscribo estos plomos a dos amaneceres de cumplirse la sentencia impuesta por el prefecto romano de la alcudia, desde mi celda excavada en la muralla que da la cara al río. Es poco probable que mi muerte logre alterar el pulso de esta población, aplicada con esmero a los pequeños quehaceres de cualquier aldea costera. Vida en verdad monótona al margen de estar siempre pendientes de la seca, el acopio de agua dulce proveniente del hielo de la sierra y lo que les deja la benevolencia del mar. Los labriegos se ocupan de proveer granos, los hortelanos verdura y fruta. Los desocupados se turnan en la muela del común de donde brota la harina que han de amasar las mujeres y el afrecho para los gorrinos y los gansos. El horno de piedra permanece caliente entre luna y luna y da abasto para el poblado y para los vecinos de La Escuera. Cada primavera fondean detrás de la albufera goletas ligeras de Trinacria, alguna carraca de Carthago o balandros que costean de ida y de vuelta entre Ifach y Mastia. Italiotas, griegos y púnicos comercian aquí sus linos del Nilo, el vino áspero de Rhodas y los agrios bastetanos, por nuestro aceite y los fardos de pescado charqueado que almacenan las cuevas y los hórreos. Unos vientos traen desde levante su misterio y sus historias y otros vientos de poniente empujan detrás del horizonte nuestros apeti-

[1] Hacia el occidente / vaga la mirada.
Hacia el oriente / navega el bajel.

tos y algunas ilusiones. Ilusiones traía por todo equipaje al dejar Selinunte hace ya cinco veranos, más el oficio bien aprendido de cantero y pulidor adquirido a sudor y hambre en la Cave di Cusa. Ser ciudadano libre no basta para solventar los viajes que el delirio dibuja en nuestros sueños. Soñando se viaja nada más pensarlo y salta uno de Cusa a Korinthos y de Acragas a Tesalónika y hasta puede uno darse el lujo de desayunar en el Ponto y a mediodía estar sentado en una amable taberna de Tiro, echar una siesta al son de panderos y rabeles en el puerto de Halycarnaso y llegar a tiempo para encargar cena como para un príncipe en cualquier burdel de la costa eubea. Confieso haber pasado muchas noches saboreando cestas de higos rubios de Smyrna con hogazas de pan negro palermitano y queso agrio del que fermentan los camelleros libios, todo regado por buenas cráteras de chianti de Taranto o ese morapio traicionero que se decanta en las cubas de piedra de la Bastetania. Alguna noche fui reclutado a la salida de una taberna tracia por agentes de un rey macedonio que se aprestaba a cruzar los estrechos en busca de la gloria. Cierta madrugada en la costa de Trebizonda pasaron sobre mi tienda los camellos de una caravana del Gran Khan y los cascos insolentes de su caballería. Qué no puede la imaginación de un hombre sano y robusto cuando el vino abriga su garguero y las caderas de una bella bailarina hacen cantar su corazón. En realidad, hasta aquel día ya lejano en que avié como pude mis alforjas para engrosar la tripulación de un gaulo que rumbeaba hacia Tarsis, mi viaje más atrevido había sido salir de mi casa con el sol del amanecer camino a la Cave y regresar casi entrada la noche, hambriento de un bocado caliente y un jergón donde echarme a soñar. Bien es cierto que el menestral de la cantera, un simio siracusano que fungía a la vez de capataz y mentor de los rapaces más avispados, me alentó a tallar por mi cuenta y a mi provecho una de las columnas que habrían de sostener el templo de Hera empezado a demarcar a treinta

estadios de la Acrópolis. Los griegos de la diáspora llevamos un género de vida bien distante por cierto del que disfrutan los compadres atenienses y tebanos. Para ellos la vida es un fluir de mieles parloteando cuanto les acomoda y asistiendo a diario a los debates políticos y al teatro, sin poner nunca la mano sobre un yunque y sin saber lo que es hachar y desbastar un palo de cedro para la arboladura de las embarcaciones que recorren la costa jonia o las que habrán de engrosar la flota de un rey libio o un tirano italiota. Las tareas manuales son para ellos ocupación de esclavos y gentes de baja ralea, pues no conocen otro negocio que el de su política. Pero en las colonias la historia es muy distinta y el ser griego no le da de comer a nadie, a menos que se avenga a echar los bofes en las canteras o en los campos, por una paga miserable que luna tras luna le da para llenar a medias el buche, sin soñar con extravagancias ni con lujos. Conque bien me pareció la idea de afrontar ese desafío que podía permitirme —según cálculo de mi mentor— un ahorro de no menos de diez denarios de plata. Suma con la cual un labriego o un artesano pueden considerarse si no ricos al menos dueños de darse algún gusto o encarar un modesto emprendimiento. Mi maestro había licitado la provisión de media docena de columnas, con lo cual hube de ver en su consejo un gesto de apreciable bondad. Ya para entonces estaban mis manos habituadas a la alcotana y al cincel, pero recordando aquellas larguísimas jornadas en la cave vuelven a mi frente los sudores y el cansancio a mis espaldas. La columna que habría de darme al fin la posibilidad de salir a ver mundo era una pieza dórica robusta de dieciocho codos de talla y el arquitecto rhodio que había trazado los planos del templo se ocupaba de que los contratistas contaran con todos los croquis necesarios.

Dos años lunares me demandó la obra, que dejó en mi espíritu huellas profundas: la suavidad engañosa de la arenisca compacta

que mis herramientas iban modelando y el rostro de la diosa, esculpido en una de las metopas, a cargo de otro de los oficiales de Cusa. Se trata de una escena en que la deidad arroja hacia Apolo un cuero de venado, azuzando a dos perros para que lo destrocen. Pero mi sujeción a esa divina mujer se hizo irreversible a partir de una charla con el rhodio, quien sorprendido de mi devoción me mostró dibujos en los cuales la diosa aparecía de frente en todo su esplendor. Y esa había de ser la imagen que me quedara prendida en la piel y que habría de resultar al cabo mi perdición y causa de mi condición actual. Hasta pienso posible que un hado funesto hubiera amañado mi penuria, puesto que en cuanto tocamos fondo en la costa ilicitana, un lugareño subió a bordo preguntando de parte de su señor si acaso entre los tripulantes se contaba algún maestro en el tallado de la piedra. Hoy comprendo que debí haber sido más cauto, pero lo cierto es que me despedí con premura del capitán de la nave y bajé a tierra siguiendo a mi guía. Caminamos cosa de cinco estadios hasta dar con la casa de quien habría de ser para desgracia mi próximo (y último) patrón, ubicada según pude apreciar en un punto principal del lugar y destacándose de las viviendas que la rodean por su porte que señala la elevada posición social de su propietario. El criado me confió que el nombre de su amo era Melmas y que podía aguardarlo sentado en un banco de piedra, en uno de los patios interiores. Tiempo que aproveché para observar detalles que hablaban si no de buen gusto al menos de un cómodo pasar. Ya el sirviente se había ocupado de informarme que su señor era algo así como el encargado de negocios del poblado, por cuyas manos pasaban todas las transacciones comerciales con el interior del país y con numerosos puertos de ultramar.

Al fin llegó el momento de conocer a este importante personaje, quien me saludó con amables muestras de afecto y me hizo servir un refrigerio antes de entrar a exponer sus deseos. Me habló bre-

vemente de sus actividades, se interesó por mis circunstancias personales y por fin confesó su idea de tener un busto de su esposa en tamaño natural tallado en piedra, de esos monumentos funerarios que suelen llevar la espalda excavada para alojar las cenizas. Cuestión si se quiere lúgubre pero se sabe que un cantero tiene familiaridad con el tema. Más aún los nativos de Trinacria, poblada por gentes que mantienen sus necrópolis con menos mezquindad de la que cuidan sus propias aldeas. En fin, se fijaron detalles y se establecieron condiciones, una de ellas el pedido de alojarme en la mansión, donde contaría con un cuarto para dormir y un anexo bien iluminado de muros altos, apto para organizar mi taller. Se discutieron honorarios y se fijó un plazo de ocho meses lunares para la conclusión de la obra, con un adelanto de dinero para compra de herramientas y acopio de materiales. Mis gastos, desde la comida hasta el aceite para las lámparas, corrían a cargo de Melmas. Todo lo cual fue registrado por un escriba que al día siguiente presentó las tablillas de plomo con el contrato listo para la firma. Nos abrazamos en signo de acuerdo por lo tratado y pude retirarme a descansar hasta la hora de la cena.

Brillaba ya en el cielo la estrella vespertina cuando fui guiado a la sala donde estaba servida la comida. Apenas reparé en los detalles del lugar, capturada mi atención por la esposa de Melmas, a quien mi anfitrión presentó con muestras de amor y de orgullo. Estaba preparado para conocer a una mujer joven, pues Melmas no pasaría de los treinta años. Pero para nada hubiera imaginado la arrasadora perfección de ese rostro, los enormes ojos oscuros levemende rasgados, la nariz delicada, los labios plegados esbozando una casi sonrisa, los párpados apenas entrecerrados procurando velar el brillo profundo de la mirada. La saludé con una ligera inclinación de cabeza y sin decir palabra, como es norma entre personas libres y educadas. Correspondía a Melmas hacer la presentación de su esposa al huésped y luego

un conciso elogio de mi persona y de los motivos de mi presencia en la casa. El silencio que me exigía la etiqueta sirvió para disimular mi turbación a la vez que me permitió observar con detenimiento su perfecta belleza. Solo me privaron los dioses de escuchar su voz, que adiviné un suave gorjeo de timbres seductores.

Gurnia —ese era su nombre— no pronunció palabra en toda la noche, aunque creí percibir que le fastidiaba el proyecto de su esposo y acaso la circunstancia de tener en su hogar a un extraño durante tantas semanas. En fin, Melmas se ocupó de que la conversación no decayera. Habló de sus negocios y de lugares distantes que visitaba de continuo, haciendo notar la importancia que atribuía al ocuparse personalmente de los mínimos detalles, desde la redacción de los contratos que revisaba cláusula por cláusula hasta que cada palabra quedaba inscripta a su entera satisfacción. Confeccionar listas de la mercadería más diversa, precios, lugares y fechas de entrega, fletes, órdenes de embarque, arriendo de almacenes, en fin, un cúmulo de obligaciones y responsabilidades propias del envidiable estado de sus negocios. Que incluía por supuesto la pelea constante con alcabaleros y recaudadores de tributos, contando los que percibía la guarnición romana de la alcudia.

El resto de esta historia lo revivo como un sueño —una pesadilla— en la penumbra húmeda de mi celda. La cuidadosa elección del peinado y el tocado, cada detalle del maquillaje, etapas de las que participaba mirándola con arrobamiento pero sabiendo que a quien en verdad contemplaba era a la imagen de mi diosa que el rhodio me obsequiara al despedirnos. No solo la llevo entre mis ropas sino dentro de mi corazón y aun es ella quien alumbra la negrura de mi alma y de mis noches. Si Gurnia era naturalmente bella sin afeites, no tengo palabras para describirla en el esplendor de sus ropas, el peinado, las larguísimas trenzas arrolladas con cuidado dentro de las ruedas soste-

nidas por el casquete de cuero repujado. Hube de forjarme la idea de que se trataba de una deidad y mis ojos no podían mirarla con otra mirada sino la que podemos poner en nuestros dioses.

El prisma de arenisca calcárea se erguía sobre una banqueta sólida en medio del taller. Gurnia ocupaba durante horas cada día el sillón de cedro al costado de una ventana que miraba a levante, por lo cual recibía hasta mediodía esa luz algo lechosa que llega a Ilici desde el oriente luego de atravesar el mar. Cinceles y gubias no eran sino la prolongación de mis manos que palpaban y mis dedos que acariciaban largamente la piedra ocre que poco a poco develaba sus tesoros y sus formas. Escasa fue por cierto nuestra conversación, pues la enfermedad apenas le permitía las penosas horas de quietud delante de la piedra. Era un secreto que ella, Melmas y yo compartíamos en silencio, ella por la consciencia de abandonar la vida en plena exaltación de su juventud y su belleza. Melmas arrasado por la verdad demoledora de que su fortuna nada podía contra la terquedad del destino. Y yo acorralado entre la letra de un contrato que mil veces maldije antes de concluir mi obra. La cual ni soñaba en mis momentos más amargos, que habría de otorgarle —a ella no a mí— el doloroso privilegio de la inmortalidad.

Cuando daba los últimos toques al esmalte de sus pupilas, ya bien entrado el invierno, abordé con angustia la cláusula más terrible de mi pacto con Melmas. No llegará al próximo verano, pero sus últimas semanas serán muy dolorosas. En cuando hayas dado fin a tu obra, la dejarás dormir en paz. Yo me ocuparé de embarcarte hacia el destino que elijas y con la bolsa provista para no afligirte por dinero hasta el fin de tus días.

Gurnia decaía hora tras hora. La palidez del rostro, las aletas de su nariz cada mañana más delgadas por el esfuerzo de respirar un aire que apenas le llegaba a la garganta, el esfuerzo terrible para con-

testar sí o no, hasta que terminamos entendiéndonos por leves gestos de su cabeza o de las manos. Yo sería llegado el momento el encargado de administrarle la pócima del supremo consuelo, porque era el único paso que Melmas no se atrevía a dar por sí mismo. Un precioso perfumero de jade conteniendo el elixir descansaba junto a mis herramientas, siempre a mi alcance. Gurnia nunca preguntó qué contenía, aunque más de una vez la sorprendí observando con un asomo de interés el frasquito oscuro.

Concluida mi tarea con la piedra, me arrodillé abrazado a sus piernas sin pronunciar palabra. Ella colocó una mano sobre mi cabeza y ambos lloramos largo rato en silencio al amparo de las sombras. Al fin sus labios murmuraron una suave plegaria. Haz lo que debas hacer y si no tuvieras otro motivo que te mueva, hazlo por amor a mí.

Cumplí lo prometido pero de todos modos quebranté una parte del pacto. Al sentirla desmayarse en mis brazos, la llevé hasta su alcoba y estando Melmas de viaje, di breves instrucciones a los sirvientes. Luego recorrí a la carrera los estadios que median hasta la alcudia y pedí hablar de inmediato con el prefecto.

Fastidiado por lo intempestivo de mi presencia y lo avanzado de la hora, el jefe de la guarnición escuchó mi confesión en silencio. Sin otro comentario, me informó que practicadas las necesarias averiguaciones acerca de mis dichos, sería sometido a un juicio sumario y accedió a cumplir mi último pedido. Quiero —dije— que el busto de piedra sea emparedado en la muralla, en la misma celda en que pasaré los días que medien hasta mi muerte.

Confío en que Melmas me comprenda y que los dioses me perdonen. ▮

Pas-de-deux

Respire hondo y descanse. Sin esforzarse. Dejar la mente en blanco. Tratando de no pensar en nada. La voz resuena en la semipenumbra. Desde ningún lugar en particular. Solo una voz. Luego un silencio largo. ¿Largo? Difícil asegurarlo. Descubre que la voz es la medida. Muy al fondo una melodía tenue. La medida. Una flauta.

Claro. Otra vez. Una vez más Freud y los símbolos. Me tienen harta el quía y toda la sanata. Trate de pensar en lo que tiene y no en lo que le falta supo decirle alguna tarde. Antes.

Una segunda flauta se asoma más lejos haciendo el contrapunto. Anticipando el perfume. El verde y el perfume. Una alfombra de tréboles y el aroma a manzana madura jugosa deliciosa. Double Red seguro. El zumo azucarado le chorrea por los labios.

En medio de la noche ya cerrada se corporiza el torso desnudo del atleta. El Discóbolo —suspira— admirada. Trate de describirlo parte por parte jadea la voz. El aroma es ahora de sudor y jugo de manzanas verdes.

Saborea el brazo tenso girando la mirada. El sexo en gloria del atleta apunta al horizonte. El horizonte son sus ojos y enseguida su garganta. La voz la toma de los brazos. Vaya a sentarse detrás del diván. Es mi turno ahora. ▮



Originalmente existían 85 templos construidos hace más de 1000 años, pero la mayoría fue destruidos durante el período mongol y ahora tan solo permanecen 22 diseminados en los alrededores del pueblo.

Bañate conmigo

Soy la gran madre la superhembra andrógina. No se burlen no sonrían como si estuviera loca. En todo caso la loca de amor no la del vals ni la mujer de Felipe sino la loca loca del amor universal o más bien del amor cósmico. La quintaesencia del amor porque he esparcido mis partículas mis células mis corpúsculos por toda la galaxia. Soy el polvo estelar de la vía láctea soy todo soy millones y soy virgen porque llevo en mí negro y blanco y cóncavo y convexo y los timbres del yin y los sones del yang.

De veras soy una mina supercreativa. Desde chiquita aprendí a fuerza de experiencia, que hay dos caminos para llamar la atención del público. Hacer cualquier cosa mejor que nadie en el mundo. O hacerla de modo distinto a todos los demás. Ustedes me dirán que no es lo mismo. De acuerdo, no es lo mismo, la segunda no falla.

Una de mis primeras lecciones serias las recibí de un catalán que se metió frente a una multitud adentro de una bañera vestido de buzo, para dar una charla acerca de la profundidad del subconsciente. Otro alerta me lo dio aquella mujer que recorría las calles de New York acostada en el techo de un auto, completamente desnuda y embadurnada de fideos con tuco. Quien a su vez supongo sabiamente se inspiró en otra ninfa de la edad media que se paseaba en bolas a caballo por toda la ciudad, pero sin público o mejor dicho con todo el público espiando detrás de las ventanas me imagino. ¿Y qué hay de la mamita de Alejandro Magno, quien de soltera se divertía (y divertía mucho a la muchachada) correteando por el bosque desnuda y con un par de serpientes que la abrazaban y se le metían por todos los agujeritos?

Touché. Un amigo ya mayorcito me cuenta haber visto en el Di Tella una señorita que aparecía sentada en escena con unas faldas largas, al encenderse la luz. Se mandaba un buen *speech* y cuando se levantaba para despedirse, quedaba a la vista —bien iluminado— el inodoro en el que había estado sentada. Si me dan un respiro, hay ejemplos a montones, nada más cuestión de hacer memoria. Pero hay dos casos que confieso fueron los motivadores principales de lo mío. Uno es un quía que tuvo la genial idea de envasar sus excrementos en latitas de treinta gramos, que expuso y vendió a muy buena plata con sus prolijas etiquetas garantizando la calidad y el peso. El otro es un alemán que buscaba por internet muñecos de buen físico dispuestos a dejarse matar y comer. Cuando lo agarraron terminaba de masticarse a uno, con el que habían compartido —se ve que a título de preludio — sus genitales guisados con salsa tártara.

Lo mío es mucho más excitante pero inofensivo, no se asusten. Siempre fui gordita, no una exageración pero bien rellena. Me enganché en varios tratamientos para adelgazar, no porque la gordura me moleste sino porque parece que le molesta a los chicos. Te dicen flaca de acá y flaca de allá y vos por ahí entrás a pensar que te están tomando el pelo, porque no serás una cerda pero tampoco sos Twiggy. Hasta que empecé a escuchar lo de la lipo. Con todas las seguridades del mundo, indolora, cómoda. Dije es la mía. Pero una no es de andar tirando partes de su cuerpo a la basura. Eso del derroche y todo lo que los viejos nos metieron en la cabeza ¿no? La cuestión era ver qué hacer con esos kilitos que me iban a sacar. No mucho, no vayan a pensar, no más de cinco o seis de entrada. El tano aquel hubiera llenado unas doscientas latitas. Pero vender mi grasita a granel me parecía un poco… como desvalorizante, no sé si me pueden entender. Y por esos pocos kilos no podía sacar gran cosa. La grasa animal se está vendiendo a menos de diez pesos, no llega a tres dólares.

Necesito incorporarle valor, pensé enseguida. Mucho valor agregado, ese es el gran secreto de nuestra economía de mercado. La verdad es que no recuerdo cómo se fueron hilvanando las ideas. Pero uno se pone a pensar y una cosa trae la otra. Me di cuenta —por ejemplo— de que los cosméticos cuestan más que los alimentos. Y los cosméticos más caros son los que ofrecen más seducción. El sexo siempre en medio del negocio. Como corresponde. Ya estaba en camino, el resto era cosa de tiempo.

Así que me tomé mi margen y entretanto iba descartando las opciones menos interesantes. Porque lo primero que se me ocurrió fue elaborar alguna crema para el cutis o para el cuerpo. Tibio, tibio. Me iba acercando despacito a la solución. El clic vino por otro lado. Porque no hay mujer que no haya soñado al menos una vez en su vida con ser prostituta. Sexo a mansalva, descontrolado. Al por mayor. Aquella princesa Margarita de la Torre de Nesle. Algunas emperatrices bizantinas que no dejaron títere con cabeza. O la princesita rusa que terminó su afiebrada carrera reventada por un padrillo (lo que dio origen al mito de que importa más la calidad que la cantidad). También la protagonista de *Los hermanos corsos*, que acaba su carrera desnuda dentro de una jaula en un cruce de caminos, a disposición de viajeros y paseantes, entrada libre. Hasta las más sofisticadas, que solo fuman habanos de marca.

¡Tengo que fabricar jabón! La idea estalló dentro de mi cabeza y en todo el resto de mi cuerpo al mismo tiempo. Algo repentino, tan instantáneo como la explosión de un tanque de nafta. De pronto pasaron por debajo de mis bucles todos los principios teóricos que necesitaba. Jabones, por supuesto. La saponificación de las grasas por medio de álcalis. Ya estaba. El resto fue cuestión de pulir y bruñir, pero la base estaba echada.

Como es natural, el placer estuvo en los detalles. Qué tipo de grasas agregar para que aquello no fuera una pompa de jabón que se agotara no bien empezar. Glicerina para darle suavidad. El perfume, uno de los puntos clave. Y al final, el toque magistral. La forma. Al llegar aquí me imaginaba a Miguel Ángel instando a hablar a su Moisés de mármol. *¡Parla mascalzone!* Claro que de tratarse de una mujer dudo que hubiera insistido en la idea. Me refiero al maestro. Pero ya andaba cerca. Era cuestión de decantar un poco la tormenta de propuestas y elegir.

Cierto que ayudé preparando el ambiente. Recuerdo que durante esos días andaba desnuda por la casa, deteniéndome delante de los espejos, imaginando mi nuevo cuerpo sin los molestos kilitos de más. Ahí saltó justamente lo de la prostitución. Ser la mujer de muchos, de todos los hombres. Ya está. Clarito y exacto como sumar dos y dos. Tengo que darle la forma de un cuerpo de mujer, pensé primero. Y de golpe, la segunda erupción, el genuino *big-bang*. Tiene que tener la forma de mi cuerpo. Es más, tiene que tener la forma de mi nuevo cuerpo. Tan sencillo que me saltaron las lágrimas. Yo misma no podía creerlo. Me encontré pensando en Cortázar. Ustedes ni se imaginan seguro. ¡*El ídolo de las Cícladas*! Me sentí de inmediato transformada en Somoza el antropólogo rioplatense medio loco desnudo y traspirado, acariciando los senos menudos de la estatuilla de piedra. En un instante de delirio yo fui aquel ídolo sagrado y él… él era toda la mitad masculina de la humanidad dispuesto a pulirme a lengüetazos, a violarme salvajemente pedazo por pedazo. Reconozco que tardé un buen rato en volver en mí. Y volví con un pensamiento de innegable pragmatismo. ¿Quién se haría cargo del modelo?

Necesitaba un modelo, era obvio. Un patrón que pudiera reproducirse *ad libitum* sin variar un ápice la arquitectura del producto. Que copiara y copiara cada detalle del cuerpo que la mitad de la hu-

manidad debía desear y poseer. Alguien hábil en la talla de miniaturas. Y aquí nuevamente el ángel de la guarda, mi alter ego. ¿Por qué una miniatura de movida? ¿Por qué no una escultura a tamaño real de la modelo auténtica? Sencillamente talentoso. Una escala en la que podría trabajarse hasta el ínfimo detalle y de paso sirviera de guía irrefutable al equipo de cirujanos plásticos. Estás matando dos pájaros de un tiro, muchacha. Dos al precio de uno, como dicen los sacamuelas de feria. Muy talentoso, sobre todo si lograba dar con un artista que valiera la pena, capaz de atreverse sin cortapisas con el mejor desnudo de su vida.

Fue pensarlo y preguntarme ¿y cómo me lo encuentro? Porque el hecho —por cierto cruel— es que nunca se me dio por frecuentar esos ambientes. Y no están las cosas para fiarse de los críticos de arte. Que al igual que los críticos literarios y los musicales conocen al dedillo el oficio de hacerte pasar gato por liebre. Conque no era cosa de pescar una columna de arte de cualquier periódico o de una revista de moda y hacerle caso a la primera recomendación que me saliera al paso.

Pero lo que me salió al cruce en ese preciso instante fue mi geniecillo, mi elfo que últimamente no pegaba un ojo de día ni de noche. Como un chispazo vi delante de mí al caníbal alemán compartiendo con alegría la agonía de su invitado y el sabor de sus genitales. ¡Búscalo por la internet, mujer!

Fue —si se quiere— la parte más sabrosa de mi proyecto, al menos la que disfruté más al pie de la letra. Si eres mujer, te aconsejo que jamás te desnudes frente a un hombre y le preguntes qué le sugieres, porque no te darán tiempo a maldita cosa. Ni te escuchan. Después de ser atropellada y follada como Dios manda y también como Dios prohibe por dos o tres docenas de energúmenos (quienes dicho sea en rigor de verdad no estaban nada mal), empecé a poner paños

fríos. No solo a mis partes sino a la estrategia de la cuestión. El pedido por la internet funcionó a las mil maravillas, como os podéis imaginar. Fue meterme en un par de foros y de salones de chat y mi correo y el teléfono no daban abasto. De modo que a medida que iba descubriendo los inconvenientes del método, avanzaba en la selección de mi candidato.

Pero no los quiero aburrir con pormenores de los cuales podéis haceros cargo con una pizca de imaginación. En menos de tres semanas tenía ya en funciones y compenetrado de todos los requerimientos al maestro escultor. He de confesar que tenía el muchacho buen ojo y mejor mano. Para todo, si es que lo queréis saber, que bien os adivino la intención. Todo muy profesional, eso sí.

Arrancamos con unas carbonillas y unos croquis rapiditos para tener de dónde partir. Se hacían los retoques y correcciones del caso y se iba al próximo boceto. Después empezamos ya con unas vistas a lápiz, alternados con unos esbozos plasmados sobre un papel manila con crayones que él llamaba sanguinas. Entre una cosa y otra, la etapa de dibujo llevó otro par de semanas, antes de ponernos a la escultura en sí. Aquí es donde el maestro sacó a relucir toda su experiencia y lo mejor de su oficio. Arrancando de un armazón de hierros y alambre que parecía como mi radiografía de cuerpo entero, lo fue recubriendo de estopa con tirillas de lienzo y yeso de París.

En quince días tenía ya fraguada y en condiciones de debastar una figura que podía pasar por mi gemela, palabra. Debo reconocer que el maestro se tomaba su tiempo, palpando con la yema de sus dedos cada porción de mi piel y la de su obra para ajustar hasta la temperatura y el grado de humedad, yo qué sé. Lo cual daba pie a los intervalos y entreactos que os podéis figurar y no vale la pena resaltar. Pero el hecho es que después de lograr una perfecta copia de mi cuerpo actual, fue trabajando sobre ella para quitarle de donde correspon-

día los excesos que los cirujanos deberían retirar del original. La casa era un revoltijo de yeso, estecas, tazones, cinceles y espátulas, circunstancia que a mí no me quitaba el sueño ni a él la inspiración.

Cuando el maestro dio su obra por concluida, habían trascurrido diez semanas de dura labor. El resto de la historia lo tengo como en una nebulosa. Envié la escultura a un taller especializado en moldeos a escala, para reducirla a su formato final, que había decidido fuera de 95 milímetros de altura, medida calculada para que se lucieran todos los detalles del milagro quirúrgico. Una vez obtenida esta reducción se entraba a la etapa de fabricación de los moldes, unas robustas piezas capaces de moldear 96 jabones en cada colada. Mientras se iba poniendo en condiciones el laboratorio donde se desarrollaría la producción y se encargaban envases y elementos de publicidad. En fin, una historia verdaderamente complicada que me ocupé de supervisar hasta en los mínimos detalles.

Andando como andaba la parte industrial casi sobre ruedas, nunca hubiera imaginado que los escollos surgieran del ámbito médico. Después de unos estudios preliminares, el equipo en pleno me citó en el lujoso consultorio y el director me espetó sin gastar en preliminares: lamento decirle que su peso está seis kilos por debajo del registrado hace tres meses en su primera consulta. No hay vestigios de tejido adiposo removible en las zonas convenidas con usted, como podrá comprobarlo si compara estas fotografías tomadas ayer con la escultura que puso usted a nuestra disposición como modelo para nuestra tarea. Es obvio que ha realizado por su cuenta una gimnasia que ha sustituido con ventajas la operación. Y dado su estado, le advierto que estas intervenciones están absolutamente desaconsejadas durante el embarazo.

No se maten en imaginar el final de la historia. La campaña “Bañate conmigo” fue un éxito de locos. El mismo equipo de ciruja-

nos me proveyó de bastante grasa (de varias pacientes) para el comienzo. Después empecé a recibir de otras clínicas. Y ahora estoy probando ya con materiales sustitutos que me aseguren un abastecimiento estable. La primera semana se vendieron 150.000 jabones. Estamos alcanzando ya el millón mensual.

Creo que mi bebé llegará al mundo con un jabón debajo del brazo. ▮

Aun así, yo sabía…

El alcohol es el mejor veneno / el mejor… exceptuando a la mujer.
Joaquín Castellanos; *El temulento*.

Advertí lo que iba a suceder, no porque me las dé de chamán, sino porque dada nuestra forma tozuda, no era la primera vez. *In vino veritas*, ahí está la madre de Dorrego. Uno no puede mandarse un litro impunemente, pretendiendo disimular a costa del trago los destrozos que en cada una de las experiencias anteriores han venido haciendo la tenacidad de los deseos y la hijaputez de las culpas. Al tercero estabas ya ahí sentada a mi lado, con ese gesto amistoso entre informal y entrador que me hace derrapar como un nabo.

Siempre hacés lo mismo, te sentás y ponés cara de escuchar atenta, sin decir palabra. Sabés que eso me puede y es como darme luz verde para agarrar los primeros cien metros y embalar como si fuera el Pellegrini. Yo contra el mundo, o mejor todo el mundo contra mí. Solo que no era el Pellegrini sino vos misma el trofeo, aunque claro, si te habías sentado ahí a mi lado ¿para qué carajo salir galopando a lo loco si no tenía más que pasarte un brazo alrededor de la cintura y arrimarme un cachito? Pero sabés que yo sé que tu proximidad me cohibe y a la vez me estimula y es el punto preciso del cuarto o quinto vaso cuando me mirás entre seductora y preocupada para sugerirme que me estoy haciendo mierda. Seductora y preocupada en la medida justa para que no pueda echarte en cara que me estoy haciendo mierda por tu culpa. Y está claro que vos y yo sabemos que ni siquiera es tu culpa, porque vos tampoco sabés cómo manejar la cuestión y vas a volver a tu casa dentro de un rato y te vas a quedar el resto de la noche desvelada pensando por qué no hicimos lo que los

dos tenemos ganas de hacer desde hace tanto tiempo. Preferiste tomarte un par de vasos para solidarizarte y fue cuando me di cuenta de que teníamos justo al lado a otra pareja igual a nosotros que también tomaban vino y se miraban arrobados, pero se notaba que él no sabía cómo rematar la historia y ella me parece que sí sabía pero tampoco se animaba. Yo te comía con los ojos y él se la comía a ella con los ojos y al rato las dos botellas estaban ahí vacías y ninguno de nosotros se animaba a pedir otra y salimos los cuatro borrachos aunque aun así yo sabía que era una noche como tantas y en el boliche habían quedado una botella y un vaso vacíos y mi mesa de siempre y el espejo. ▮

Algunas runas incestuosas

Ignoraban la opacidad de los códigos y la insípida sensatez de las personas adultas y se amaban con ahínco a través de las telarañas majestuosas en un verano sediento e interminable. Se amaban y la sed del verano era su propia sed y la majestad de las telarañas era una copia de la majestuosa turbulencia de su amor. Los dioses no los apañaban ni los envidiaban porque cuando se conocieron casi todos los dioses habían muerto en la desesperación de no haber sido testigos de tan bella insensatez como la de aquel amor. Los escasos dioses sobrevivientes estaban demasiado atareados derribando unos muros y anotando todo lo que los dioses anotan habitualmente al margen de los decretos y las pólizas y gracias a esto podían amarse locos y bobos solamente preocupados por olerse y buscarse con los ojos vendados y las manos ávidas y las bocas tentándose con ese vapor húmedo que hace felices a los enamorados y temibles a los dragones.

Pero ella era cierva de aire y él era dragón de fuego y se amaban imperturbables en medio de las tormentas y nadaban por el aire que los relámpagos inundaban de ozono y sobre la arena que refractaba las lágrimas de la luna y reflejaba sus papilas impacientes y el rencor de los predicadores de desgracias.

Ellos presentían que los códigos ocultaban el despecho de los avaros y la demencia del ciempiés y las hormigas que eran capaces de caminar sobre el filo de las espadas y vivir de la pelusa que se cría en los bolsillos cuando ya no sirven para atesorar las ilusiones.

Ellos adivinaban que la felicidad no estaba en el camino del ciempiés ni en la jubilación de las hormigas y les preocupaba mucho más recorrerse la piel y aspirar a bocanadas la melodía de sus dientes

y el rumor de sus lenguas reptando sobre las apófisis como si describieran el torbellino de miel hirviente que anida en el cráter de los volcanes de malaquita o el quejido que hace temblar el estómago de los violines.

Ellos ciegos y mudos inventaban la luz y establecían la música con cada abrazo con cada estallido de sus gargantas con cada pulso de sus ombligos dóciles al color y adictos al vibrato de sus epidermis golosas de fulguración y ebrias de saliva sacramental. La fiebre solo era verdadera fiebre al rozar los labios de él sus pezones ingrávidos o al deslizar sus dedos ella entre el misterio de sus ingles pero su amor volaba por encima de los techos más allá de los decálogos y a caballo de las leyes y las computadoras.

Ellos pudieron resumir en un solo verano todos los veranos del mundo y su mundo era un espacio cóncavo con olor a maderas y a selvas y a minotauros que enceguecidos recorrían las paredes de resina perfumada donde los enamorados enjugaban sus apasionados silencios porque de qué pueden hablar los enamorados entretenidos en lamerse y aspirar las vibraciones de sus pétalos y el color de sus trasmutaciones.

Y entre lamerse y aspirarse trascurrían cada sístole y las acaloradas diástoles en la jugosa evolución del plenilunio y cada mediodía resucitaban enfebrecidos ojos una urgencia de plexos demandantes cayendo en caracol hacia los hondos ecuadores en procura de sus ábsides. Uñas multiplicadas en uñas pupilas multiplicadas en pupilas crecían en la anchura del abismo a medida que el verano alargaba sus sombras a la sombra de las maderas rodeados de minotauros y de selvas.

Todo era entonces uno y uno era entonces todo para ellos que no comían sino de sí mismos de sus alientos de sus labios de sus vértebras puro axis puro atlas pura médula reptando sigilosa hacia unas

órbitas que clausuraban las pestañas y toda cavidad donde el musgo y la premeditación pudieran perseguir el rastro de los caracoles que marcaban las horas devorando uno a uno los corpúsculos de cuarzo. Así descubrieron sin querer ecuaciones del tiempo desconocidas para los matemáticos y los físicos absortos siempre en axiomas ignorantes de lenguas y papilas y otras materias perturbadoras que no acatan los referentes ni tienen otro paradigma que las anfractuosidades de la sed.

Sus alientos enrojecidos aplastaban los cardos dejando bajo la planta de sus pies descalzos la seducción de las alfombras de trébol de cuatro hojas cuyo zumo adormece a las nodrizas y a las madres castradoras y resultan el acolchado predilecto para cachorros somnolientos y enamorados retozones. Ella mordía con deleite sus nudillos y el atormentaba la laxitud de sus corolas con un bigote ríspido que conservaba con la lenta caída de los gránulos de cuarzo el aroma de su vientre y uno que otro rizo dorado del pubis impensable. En tardes de contravenciones y chicharras se devoraban con la premura de los náufragos hambrientos regurgitando sudores gráciles y salivas que sabían poderosamente a cardamomo y adormidera enjugándolas gozosos con sus párpados y con el dorso levemente salado de las córneas.

Acostumbraban a volar con los ojos cerrados pero la brisa de los astros exasperaba su impaciencia y sus devoraciones marcando rumbos prohibidos en los portulanos y apenas reconocidos en el resumen de los *ars amandi* y los decamerones pues escribían y borraban todo al mismo tiempo con plumines de pájaro mosca y bolitas de médula de saúco embebidas en sandáraca.

Nada de lo que en medio de sus mañanas procesionales y sus siestas entre amapola y trébol se comunicaban es traducible a otro signo que no conlleve sospechosa similitud con el reclamo de los alces y el gemido de las vírgenes en celo. Y no escribieron otro testimonio que el discurso de papilas trituradoras y los palpos sedientos y

algún poema arañado sobre la madera espesa en trazos de remoto sentido cuneiforme y alguna runa de incestuosos timbres envidiables y premonitorios.

Pues era inevitable que un atardecer despertaran prisioneros del hierro condenatorio que destilan los procuradores y los administradores de consorcios. Varias noches hubo silencio de luna y de chicharras y al amanecer del día séptimo comenzaron a secarse las alfombras de trébol y todas las rosas náuticas y en el aire crujían alaridos de interdicción y el canto lúgubre de los predicadores de desgracias y los guardianes victoriosos. ▮

Gilpi depe cuarpatapa

¡Garufa! pucha que sos divertido /
Garufa, ya sos un caso perdido…

Collazo y Soliño*; Garufa*, tango 1927.

El padre Lídoro me asegura que la Toti dice que la dejé embarazada. Y la Toti me cuenta que el padre siempre le pregunta lo que hacemos cuando andamos juntos y que dónde pone las manos cuando duerme y todo eso. La vieja jura que la Toti se regala y que ella no quisiera tener una nuera como la Toti. La verdad la Toti está buena y me gusta un vagón pero nunca me dio bola. No sé de dónde saca el cura que andamos juntos. Ya quisiera pero ella ni de ahí.

A veces la espero cuando va a la panadería y a la vuelta le pregunto la hora o le comento que está lindo el día pero ella nada más me dice salí de acá gilpi depe cuarpatapa. Y se va riendo.

Me gusta la pendeja esa es la pura verdad. Ya van dos o tres veces que el cura me para cuando paso por la puerta de la parroquia y me dice portate bien con la Toti que es una buena piba. Pero ahora es mi vieja la que me da manija. Que el cura dice que la Toti dice y que yo le prometí que nos vamos a casar. Al final terminaron peleando con el viejo. Creo que él se ofreció a chamuyar a la Toti pero mi vieja lo abarajó al vuelo y le dijo que es un viejo verde y que se le cae la baba por la pendeja.

Pobre piba no sé qué me da cómo la tienen contra los palos entre mi vieja y el cura y mi viejo y andá a saber cuántos más porque en este barrio son una manga de forros y no pueden ver a nadie contento.

Ni se imaginan lo buena que es la Toti que ayer a la mañana cuando iba a la panadería y me vio ahí parado se acercó y me dijo que estaba avergonzada y todos la cargaban y mejor nos casábamos porque ella sabía que yo la quiero y ella me banca y que no me enoje ni le haga caso a nadie. Que esta tiene que ser una historia nada más entre nosotros dos y todo eso. Y que yo me arreglara con la vieja y que ella se ocupaba del cura y de mi viejo.

Me parece que los convenció a todos, porque anoche mi viejo volvió contento a casa y no le importó encontrarla a la vieja chamuyando con el cura, que es la primera vez que en casa pone los pies un cura. Alcancé a escuchar que mi vieja le regala el vestido y el cura recomendaba que no sea demasiado escotado y más bien amplio de cintura. Y que no nos cobra las flores ni la alfombra. ▮

La noche de Catherine Zeta-Jones

La idea se le ocurre esa misma noche, apenas terminan de pasar por un canal de cable una versión —curiosa en verdad— de la vieja inquina entre los Orsini y los Borgia. Curiosa sin omitir los lugares comunes de un César pérfido y una hermanita que no se quedaba atrás. Astori duque de Paenza a punto de ser sustituido por un sosías fabricado a mano armada entre Borgia y un cirujano plástico precursor de Joseph Mengele. Con una sobria escena masiva de violación y asesinato, rematada por el cínico comentario de uno de los capitanes de Ferrara. No valía la pena desperdiciar un buen vino en estos desgraciados, con vinagre y el sulfuro era suficiente.

Ni siquiera es necesario acudir a la siniestra cirugía, dado que una buena máscara será suficiente, sin dar intervención a un cirujano plástico a quien luego habría que eliminar, de acuerdo con los preceptos del género. Con ubicar un tipo de su misma edad y parecida contextura física, es suficiente. Y una de esas máscaras que copian hasta el menor detalle y se pegan a la cara como una piel verdadera, teniendo consciencia de no haber inventado la pólvora pero seguro asimismo de contar con lo necesario para sacarse de encima de una vez por todas una duda que hace meses lo viene fastidiando. Duda que en noches de insomnio pertinaz se torna en sospecha deprimente.

No se considera un individuo celoso, en el sentido general del término. Aunque un hombre jamás reconocería esta condición que de por sí menoscaba cualquier presunción de hombría. Porque vamos ¿qué macho mínimamente bien pagado de sí mismo dejaría caer su estima a tan bajo nivel? Es que no hay marido en este mundo que no esté persuadido de ser lo mejor que a su legítima le ha ocurrido en la

vida, ni que lo digas. Conque ¿quién sería la insensata —casada con el mejor marido del orbe— que imaginara siquiera la posibilidad de echar una miradita hacia los gallineros vecinos? Eso, celos ni qué hablar, vamos.

El primer paso es descubrir en quién piensa su mujer cuando no está pensando en él. Aunque le escuece allí el imaginar esa ínfima improbabilidad, pues le consta que su mujer ni sueña con otro rostro y otro físico ni con otros atributos que los suyos. Pero es que a veces le ha parecido oírla suspirar por lo bajo escuchando un CD de Luis Miguel o siguiendo una escena de Antonio Banderas abrazando a Catherine Zeta-Jones en *La máscara del Zorro*. Y también recuerda haberla visto babearse mirando a Julio Bocca alzar en alto a su partenaire y depositarla suavemente en el escenario con un beso de libélula. Pero ¿es que no conoces entonces a tu mujer? ¿Tanto ignoras acaso acerca de esa persona con quien llevas casado quince años?

La primera idea —rudimentaria por cierto— que cruza por su cabeza es contratar un detective. Hay cientos de agencias de investigaciones especializadas en seguimientos. Sus hábitos de lector no pasan de la mediana novela negra y algunos clásicos del género, pero recuerda que es casi una variante normal que el detective termine vendiendo sus informes a la propia investigada. O en la cama con ella. O ambas cosas al mismo tiempo. La idea de la máscara le evitará el bochorno, aunque debe ser astuto para elegir el personaje, estando pendiente el riesgo de apuntar a alguien que no interese a su mujer. Luego de concienzudos análisis y teniendo en cuenta que el ámbito de la prueba ha de ser el baile de disfraces que organiza todos los años el Patronato de la Infancia con motivo de su aniversario, se decide por el rostro de Antonio Banderas. Ambos coinciden bastante en talla y corpulencia. Y un traje de Zorro será la cosa más natural del mundo en ese baile. El resto son detalles menores. Asegurarse de que su mujer

reciba con antelación una invitación, por un discreto mensaje de texto en su celular. Fraguar un viaje de negocios justo para esa fecha, lejos, lo suficiente para aventar cualquier temor de regresos intempestivos.

Salidas inusuales, alguna "llamada perdida" y su natural olfato de sabueso le indican que su mujer ha picado el cebo y se encuentra abocada a la confección de su disfraz.

Los organizadores y todos los medios recordarán por mucho tiempo que nunca tuvo el baile del Patronato una noche tan espléndida como la de este año. Y no faltará quien agregue que también fue excepcional en colorido y creatividad. A las diez y media el gran salón, la terraza y el deck alrededor de la piscina hierven de arlequines, colombinas, mosqueteros, gitanas, pierrots, cortesanas versallescas, superhéroes, pastorcillas y todo el despliegue del arte de modistas, costureras y magos del cotillón. La música ha comenzado a las diez en punto y está previsto que a medianoche caigan todos los antifaces. Un Zorro perfectamente caracterizado baila varias piezas con distintas acompañantes, recorriendo cada rincón y estudiando con el mayor interés a cada una de las damas.

Un carrillón da sus doce campanadas entre gritos, aplausos y metralla de pitos y matracas y el maestro de ceremonia anuncia con voz de mando que es para todo el mundo el momento de quitarse su antifaz. Un aplauso cerrado corona la orden y la orquesta arranca con un vals. Al empezar las campanadas, el Zorro se encuentra detenido en el centro del salón. Al descubrirse, los que lo rodean estallan en un murmullo de sorpresa. No hay noticia de que Antonio Banderas se encuentre en el país y sin embargo cualquiera de los presentes podría jurar que lo tienen allí delante, con su espada al cinto y el negro sombrero echado a la espalda.

El nuevo aplauso que se escucha entonces atrae la atención de todos los que aún están al margen de la novedad. Antonio sonríe

con gentileza, agradeciendo el renovado homenaje del gentío, de los que saben que se parece pero no es, de los que dudan y de los que juran que es y se trata del original lanzamiento de alguna nueva película. Su sonrisa fácil da para todo. Menudean los flashes.

Entretanto acaba de producirse un nuevo centro de interés alrededor de la piscina, al correrse la voz de que se encuentra allí Catherine Zeta-Jones. Más aplausos, muchísimos gritos, explosión de flashes alrededor de la bella, renovando la comedia del saber, el creer y el desmentir que pone a todo el mundo chispeante y movedizo como si estuvieran ahogándose en champaña. Catherine avanza hacia el salón, sin dejar de sonreir y saludar a todos sus admiradores, que para entonces son todos, absolutamente todos los presentes. Porque a decir verdad, está bellísima. Antonio la ve venir hacía él y un leve escozor le repiquetea por la médula, mezcla de la seducción irrefutable de ella y escrutando relámpago a relámpago la cara de cada una de las mujeres, en la desesperación por ubicar a su esposa antes de que Catherine llegue junto a él, dado que su objetivo es evidente.

— Que estás bien guapo, Antonio.
— A ti te corresponde ese cumplido, Catherine.
— Ah pues vamos, por Dios hombre, déjate de pamplinas, que ya nos hemos escapado de la película.

Aquello es una batahola. Nadie piensa ya en bailar, a pesar de que la orquesta sigue interpretando un vals tras otro. Todos pendientes de un diálogo que cada cual descifra a su antojo, adivinando y elucubrando. Los paparazzi como locos destellando sus cámaras. Al fin, el maestro de ceremonia, acompañado por un par de damas de la institución, consigue llevarse a la pareja hasta un saloncito privado, donde los dejan a solas.

— Al fin solos, Antonio.
— Eso me correspondía decirlo a mí, Catherine.
— Es que no soy Catherine, perdóname y acabemos ya con esto, porque no puedo más, Antonio.
— ¿Quieres explicar de qué estás hablando, por favor?
— Antes abrázame y bésame, porque después jamás querrás saber ya algo de mí.

Es por cierto un abrazo tierno y un beso interminable. Ella se separa de él con evidente esfuerzo y llevándose una mano a la cara, despega lentamente la máscara y mirándolo hondamente confiesa.

— Hace muchos años que te amo, Antonio. No como te aman seguramente la mayoría de tus fans. O sí, quién lo sabe. Pero siempre supe que eres el único hombre en el mundo por quien sería capaz de engañar a mi marido. Y te juro que no tenía la menor idea de que vinieras a esta fiesta.
— Bueno, pues yo tampoco esperaba encontrar aquí a Catherine, pero te ves en verdad muy hermosa y espero que ahora me dejes a mí la iniciativa. ¿Qué hay con tu marido?
— Está de viaje.
— Pues entonces, la vida y el mundo entero son nuestros, amor mío.

Pasan la noche en una lujosa suite. Ella se entrega con avidez a ese sueño que ha acariciado durante incontables madrugadas, a lo largo de un matrimonio que hace años ha atenuado el ardor de sus fuegos y el fulgor de sus luces. Ni por un instante piensa en su marido ni siente el menor atisbo de remordimiento. Está junto a su Anto-

nio y poco le importa si el milagro ha de durar un mes, uns semana o apenas este día.

Al despertar, se encuentra sola y la suite en absoluto silencio. El hueco en el *sommier* a su lado le asegura que no ha sido un sueño. Y la máscara arrugada que la mira desde la otra almohada la sume en la angustia de ignorar, sin apelación, quién es el hombre que la ha hecho tocar —por una noche— el cielo con las manos. Intuye también que jamás podrá volver al lado de su marido. ▮

Priscilla desnuda en el bosque

El olor espantoso. Eso es lo peor de todo. Un olor a detritus como imagino sería en la era terciaria un comedero de tricerátopos o un cementerio de megateros o de pterodáctilos. O el olor de las montañas de basura en descomposición que se encuentran al costado de las grandes ciudades. Esos siniestros rellenos que el morbo burocrático denomina con desenfado cinturones ecológicos. Más que olor a la suciedad de los cuerpos es olor a la podredumbre de las almas.

Beatricita decía que la pobreza huele. Sabría ella acaso cuánto más huele la miseria del espíritu. No es casual la sensación de náusea con que contemplamos algunas estampas del Dante de Doré o episodios de los Brueghel o de Ierónimus Bosch. Un aroma a estercolero que persiste a pesar de las lociones y los desodorantes. Que no hacen —en todo caso— sino empeorar la repelente causticidad de la mezcla. En este antro huelen las voces, las miradas y hasta los pensamientos. De ahí la profunda e indeleble sensación de oleaje de ciénaga. De flujos y reflujos de una marea que no arrastra sino excrementos y cadáveres. *In hoc signo vinces*.

Al caer las primeras sombras la inocencia se va retirando a sus refugios. Las aves a sus nidos. Los pequeños mamíferos al abrigo de las madrigueras. Con la luz del sol desaparecen las minúsculas seguridades y el calor. El escenario permanecerá unos instantes vacío mientras el auditorio se retira en silencio. Lo pequeño va haciendo espacio a lo grande y lo débil a lo fuerte. Primero las mujeres y los niños. Los episodios de la noche no tienen nada de angelical.

A la vera del agua o en el sotobosque tiene lugar noche a noche la renovación de un drama que arranca desde el origen mismo de

los tiempos. Un ritual sangriento que reunirá a los cazadores y a sus presas en una comunión de violencia, sexo y muerte. No en vano la noche es el ámbito predilecto de los grandes predadores. El marco de las furias. La estigia interminable en cuyas aguas y playas la sonrisa y la inocencia rendirán su tributo a la mueca siniestra y al pecado.

Los personajes de la noche ven y huelen con todo el cuerpo. Las pupilas midriásicas captan el menor destello. Pero también ventean la presa los hocicos y las lenguas. Las nucas desnudas y las melenas encrespadas. Los torsos aceitados y las extremidades tensas y en el tono exacto de la vigilia y el ataque. Por la noche nadie es lo suficientemente fuerte. Como nadie es tampoco definitivamente débil.

Al desaparecer el sol cobran fuerza otras entidades, otros espacios. De las grietas de la tierra brotan vapores silenciosos. La luna empuja las mareas y se instala en la penumbra de los gineceos. Los planetas ejercen su poder callado desde las profundidades del cielo. Un temblor que no tiene nada de animal se une al trémolo de las chicharras y los grillos. Graznidos y susurros van marcando los tiempos de la sinfonía cósmica que se apresta a recomenzar. Los silencios son señales y los silbidos son batutas cuyos secretos códigos planean sobre la selva que finge dormir. *Suscitan en verdad pavura los truenos del silencio.* La naturaleza siente horror al vacío y al silencio. El vacío es imagen de la nada. Y el silencio es el estatus de la muerte.

Estoy harta. Harta y deprimida. En realidad estoy harta, deprimida y furiosa. Seis horas diarias cuatro días a la semana encerrada en este antro entre nubarrones de tabaco, planillas, órdenes de Hombre Uno, catálogos, contraórdenes de Hombre Dos, listados, puteadas de Hombre Tres, solicitudes, lances nada sutiles de Hombre Cuatro y la barahúnda de timbres, chicharras, teléfonos fijos, intercomunicadores, pagers y telefonitos, han dado sus frutos.

Estoy loca de remate. Lo cual no me diferencia para nada del entorno. La mutual es una convención permanente de locos. Una comedia loca y desabrida imaginada por un energúmeno con veleidades de dramaturgo. Dirigida por un imbécil con delirios de grandeza. Montada por una patota de tinterillos y mandones. Y puesta en escena por una recua de pelaje sombrío y maloliente. Todos los días el mismo repertorio. Las mismas escenas. Idénticos traspies. Las instrucciones absurdas. Las propuestas indecentes. Los atajos indecorosos. Las risotadas obscenas. Los aplausos ordinarios. Los eructos y pedorreos más ordinarios aún. Y el desfile de banalidades, frivolidades y trivialidades puesto en repetición a toda marcha y a un nivel de decibeles que licúa las neuronas. Hombre Uno dispuso. Sí señor. Hombre Dos ha decidido. Sí señor. Hombre Tres exige ya. Sí señor. Hombre Cuatro la necesita con urgencia. Sí señor. Loca y amargada. Estar pero tener al mismo tiempo la convicción de que podría no estar sin que nadie lo notara. Un número en las planillas. Un armario, un escritorio, una computadora más. O menos. Da lo mismo. Lunes. Martes. Miércoles… abril… agosto… noviembre… ‘87… ‘92… ’98 … 2004…

La señorita Priscilla es una docente modosa casi descolorida que figura en las listas de pago de la mutual bajo un código alfanumérico. El cual define con exactitud sus funciones —de hecho la única por la cual se la conoce— el área específica en la que presta servicio y su lugar en el laberinto de escalones, escaloncitos y prudentes desniveles que articulan la mágica montaña de papeles y mentiras que todos llaman a media voz —entre temores y esperanza— “el Escalafón”.

De hecho la mutual es un feudo de escasa significación colgado de una de las ramas menores de un árbol gris que carga sin inocencia con el peso de la muchedumbre de ramas principales, ramas secundarias, ramillas, brotes, diviesos y elementos adventicios que los

entendidos —más bien quienes se exhiben poniendo cara de entendidos (e influyentes) denominan con notable orgullo “el aparato sindical”. Arbol que por otra parte se nutre —a la par de sus congéneres reconocibles por un parecido gris intimidatorio— de un sustrato en progresivo y al parecer irreversible proceso de empobrecimiento. Que otros presuntos entendidos y asimismo influyentes designan con diversos apellidos, a saber erario público, tesoro, presupuesto, hacienda, etc. Este etcétera no será elegante pero salva las posibles omisiones que a diario resquebrajan la corteza de los sufridos árboles, debilitando sus funciones protectoras y permitiendo de ese modo el ataque de coleópteros, abogados, arácnidos, procuradores, miriápodos, escribanos, orugas, operadores financieros, mohos, gestores, hemípteros, inspectores y una lista sinfin de parásitos y plagas.

El gris en todo, sobre todo, dentro de todo. Una sinfonía de gris y en gris. Ni siquiera esa textura carnosa de los medios tonos de una buena foto en blanco y negro. Sino el gris anodino que se va armando en la taza donde lavamos los pinceles. Donde atrás de un amarillo cromo enjuagamos una pizca de bermellón o de cinabrio y enseguida un poco de azul de Turnbull o de ultramar para de inmediato adicionar algo de verde pantone Peridot 17-0336. El líquido resultante ya no es amarillo ni rojo ni azul ni verde. Nos hemos metido sin proponerlo y sin tomar consciencia de ello en el territorio del Zinc y el Passerotto o el Corna di Cervo. Un gris variopinto más o menos amarillento o rosado o azulado. Un gris más o menos nada. Un gris todo gris. Un gris que se aviene de maravillas al sistema de visión de algunos animales y las moscas. Biólogos *dixit dixerem o hanno detto*. Y al color de los sueños según algunos psicólogos ortodoxos. Por supuesto errados hasta el cuadril.

Para ignominia de ellos y fortuna nuestra, viviremos en gris pero aún soñamos en colores. Digo todavía por si acaso. Sin poner las

manos al fuego, que suele dar en estos supuestos un tono carbonilla con olor a quemado. Alguien se refería alguna vez al fiambre gris de los viajantes. *Touché*. Que es querer decir un gris sin color, sin olor y sin sabor. Apropiadamente neutro. Gris neutro y en virtud de esa misma neutralidad, atrapante. Gris del lo y del ni y del ello. Neutralidad —ambigüedad— elusiva si nos referimos a lo gramatical. Escandalosa cuando nos metemos en los guadales del sexo. Traspie delicado que vira muchos rostros al verde permisivo o a un rojo episcopal de inocultable vocación condenatoria.

Al abrigo de las miradas indiscretas desaparece la pretendida diferencia entre los sexos y las hembras salen a cazar a la par de los machos. La noche no necesita disimulos ni pudores. Con la luz solar desaparecen los eufemismos y las hipocresías. Durante el día los disfraces se confunden y los roles ambiguos establecen una suerte de tierra de nadie en la cual rigen las convenciones y el disimulo. La oscuridad sincera las simulaciones y descubre las mentiras. Entrada la noche los cazadores sacan a relucir sus astucias y la poderosa inteligencia de los instintos. Es urgente olfatear las intenciones de cada cuerpo que se aproxima. Es perentorio decidir en una sola bocanada si nos ha percibido y nos acecha. Permitir que nuestra piel se erice y saber de inmediato si es el miedo o el deseo o ambas cosas. Durante el día hay siempre a mano escondites y refugios transitorios. Por la noche la cacería es despiadada y sin reglas. Ni escondrijos ni paradas ni estaciones. La lucha a muerte por el poder y por la carne sobre una arena que no acepta espectadores ni mirones. La noche cerrada y muda es el único garante de la privacidad del amor y de la muerte. El mejor escenario para la máscara de la muerte roja, como muy bien lo sabía el viejo Edgar.

Abandono mi escritorio y camino —navego— a través de la pequeña inmensidad gris de la mutual. Oceánica insignificancia en

medio de la cual me siento a veces la única nota de color. Motivo por el cual Hombre Uno me devora con la mirada. Comprendo que para un sistema ajustado día y noche a una escala de grises, el hecho debe sobresaltarlo. ¿Quién puede atreverse a quebrar —quebrantar— la mórbida grisura? Para una visión monocromática, la mínima vibración de color suena como un grito de alarma, un alarido de atención. Una presencia contestataria, irritante. Francamente odiosa. ¿Qué hace aquí esa mujer? Machista ¿no? Para nada. O tal vez sí porque para eso no se requiere pensar.

La discriminación la lleva —la llevan todos allí (aquí)— pegada a la piel. Como sus malos pensamientos y sus repulsivos olores. Hombre Dos en cambio finge ser de a ratos mi cómplice, de a ratos mi aliado. Con tales amigos ya no necesito enemigos. Se me arrima con aire de conspirador haciendo comentarios oblicuos acerca de Hombre Uno. Sabe muy bien que para trepar hay que apuntar siempre hacia arriba. Me llueven flores tipo ya me imagino y me hago cargo de su situación. Cuando brota del fondo de la ciénaga su verdadera esencia, me tutea y ese mero gesto de aproximación me sume en la evocación nada gloriosa de la sonrisa de un escuerzo y el perfume de un zorrino. Si dijera rata almizclera sería creo adecuadamente clara. Hombre Tres y Hombre Cuatro no son mejores ni peores. Ni siquiera diferentes. La cuestión cardinal refleja para ellos un estatus ordinal que conocen y aceptan pero al mismo tiempo ignoran y rechazan. Viven resbalando con cada palabra —cada gesto— hacia las profundidades numerales de dos y tres dígitos. Y traspiran horrorizados tratando de pisar los frenos para remontar el camino inverso hacia los primeros puestos. Es como que la cabeza los impulsara hacia arriba y la densidad de sus asquerosidades físicas y morales los fuera hundiendo más y más abajo. Intuyen incluso que a partir de Hombre Nueve lo que sigue es el abismo de la anomia y el anonimato. Diez a secas.

Once a secas. Etc. Y este etc. sí es infinito. Son obscenos y vulgares hasta en el modo de decir buen día.

La señorita Priscilla se queda un largo rato bajo la ducha. Quitarse del cuerpo y del alma algunos olores no es tarea sencilla. Su cerebro odia ciertas sensaciones que la retrotraen al ámbito misérrimo. Mucho jabón de glicerina y champú son necesarios para que entre enjuague y enjuague la piel recobre la lisa frescura que ama y pierda la aceitosa costra liminal que odia. La mejor muestra de educación es oler a nada. Al cabo de cada jornada debe repetir el exorcismo. Una terapia pautada por secuencias claras. Como una suerte de monólogo interior —que por momentos se extravierte— y a lo largo del cual se ve y se piensa a sí misma como la Molly Bloom del bello fabulario irlandés. Se seca con parsimonia frente al espejo que devuelve su imagen de cuerpo entero. Caro artificio que no obstante le ha valido eludir aburridas sesiones de análisis. Espejito espejito.

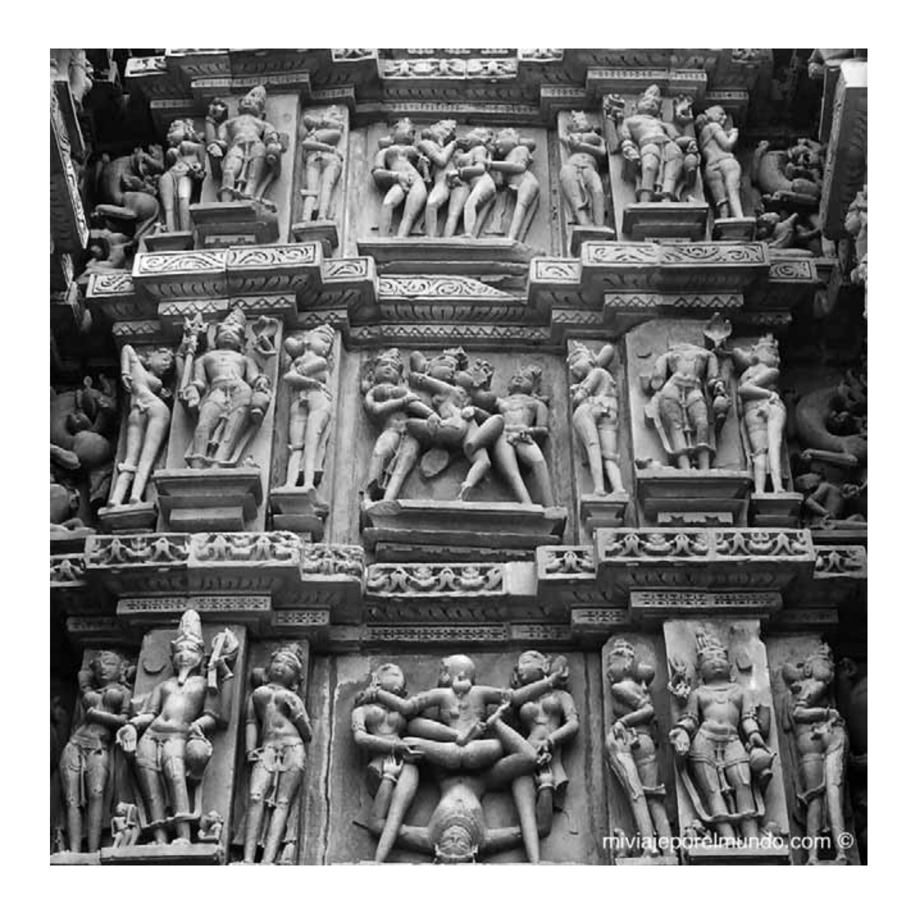
La luna biselada orlada de bulbos de luz de sodio (la más cálida) ha sido testigo y partenaire de un camino doloroso desde el soy fea hasta el me acepto como soy pasando por una autocrítica mordaz de su blancura color tiza, la textura de su cabello, los hoyuelos o la leve escoliosis cervical. Detalle este que la mantuvo sumida en la depresión hasta que su *alter ego* le hizo notar que respondía a las mismas secretas ecuaciones del ligero éntasis que hace inigualablemente bellas las columnas del Partenón.

Dedica la atención necesaria a los bucles tizianos. Al gel que los mantiene húmedos. A la loción facial y a las cremas humectantes. Por fin un completo y prolongado masaje corporal con crema de almendras hasta sentir que de su cuerpo comienza a brotar un vaho caliente que anticipa las próximas instancias.

Tras una mirada final —aprobatoria— apaga las luces y se instala en su butaca de pelo atigrado frente a la computadora. Teclea

los accesos y la clave de seguridad. Ya abierta su página predilecta, escribe el usuario. Cazadora. Y dominando el leve temblor de párpados y labios, su password: •••••••

La selva la recibe con un rugido cómplice.



Moscú está cubierta de nieve

Rumbo a Siberia mañana / parte la caravana…

Nieve; Música: Agustín Magaldi / Letra: Manuel Ferradás Campos.

La chabona esquiva la franela porque bate que mi cuero huele a zanja pero en este conchabo de mierda a qué vas a oler si te pasaste doce horas enterrado en esta grela que no es solo tierra mugrienta qué esperanza ni te imaginás lo que vas encontrando a medida que le das a la piqueta y a la pala. Decí que nadie la va de finoli porque el cabrón te surte un fustazo en cuanto se aviva que te estás echando una siestita aprovechando que la excavación ya anda por abajo del metro ochenta. Con las primeras paladas levantás las cagadas de las ovejas y los perros y una que otra rata y alguna comadreja si no aparece un gato destripado o los huesos de algún novillo carneado a las apuradas para desaparecer el cuerpo del delito. Todo eso que con el tiempo se hace tierra negra bien preparadita para cuando te toque como dice siempre el pastor que de tierra somos y a la tierra tenemos que volver.

El ruso dice que esta es la misma tierra de la estepa que los chabones se piensan que no sirve para nada pero qué saben si en siberia sacan dos cosechas al año y abajo de la nieve metés la pala y encontrás hasta lombrices y una tierra negra gorda que se viene engordando desde que el zar mandaba ahí a los negros díscolos y a los cancheros que querían hacer la de miguel estrogof que los cosacos les quemaban los ojos y los tiraban en las zanjas con ojos y todo para que los pelaran los caranchos y los lobos.

Te acordás que magaldi cantaba los lobos aúllan de hambre y moscú está cubierta de nieve. Claro que no lo conocí avisá pero estoy enterado porque mi abuela me contaba y se le llenaban los ojos de lágrimas no sé si por los prisioneros ciegos o porque a magaldi lo liquidó la tuberculosis a los cuarenta que las viejas te decían que se murió del pecho.

Igual me acuerdo que de chico había una vitrola en el comedor y los domingos mi abuelo le daba a la manivela y ponía una púa nueva y pasaba óperas de verdi y canzonetas de caruso y tita rufo y mi abuela ponía los ojos en blanco y decía que ninguna diva le pisaba el poncho a la pachini y mi abuelo bufaba y entraba a putear contra los oligarcas y la semana trágica que yo pensaba que era la semana santa y mi vieja me gritaba que agarrara los libros que iba a ser un burro toda mi vida y que iba a terminar cavando zanjas. La puta que la parió ni que fuera bruja pero claro tanto andar con la rosita que hablaba con los muertos y llamaba a los espíritus con una llave y una piola terminó mezclando el chorizo con la velocidad.

A todo esto calculá entre los berridos de puchini y el lloriqueo de magaldi se metía alguna de mis tías reclamando que pusieran algo alegre de esos corridos mejicanos que cantaba jorge negrete ay jalisco no te rajes y todo eso aunque mi tía nita prefería los boleros de gregorio barrios.

Era un bardo te podés imaginar y yo terminaba loco porque esperaba que mi tío apagara de una vez la vitrola de mierda y pusiera radio el mundo para escuchar boca y san lorenzo que no sabés cómo gritaba los goles fioravanti y ni te cuento los del gordo muñoz. Gritaba que por poco aparecían los bomberos a ver a quién estaban achurando.

Pero ni sé a qué venía esta historia y para qué te cuento todo esto si ya no me escuchás porque hace un par de noches te agarré me-

tiéndole mano a la chabona y se me puso todo rojo y juré que me la iban a pagar y así fue que los tengo bien juntitos acá abajo y mañana empezamos a bajar los caños y a nadie le va a importar jamás de los jamases lo que que pueda haber debajo del oleoducto lástima que el turco hijo de puta se lo haya regalado a los gaitas.

Ojalá fuera el patilludo mal parido y no vos el que está ahí abajo hermano que ni vos ni ella van a cantar más aunque aúllen los lobos y caiga muuuuuuuuucha nieve. ▮



Estos templos, a diferencia del resto de los templos en India, fueron fuertemente influenciados por la escuela filosófica Tántrica, en sus tallados se encuentra todo tipo de esculturas de la vida diaria de las personas, incluyendo el sexo, lo cual resulta sumamente contrastante, pues India es un país muy conservador en donde en algunos matrimonios las parejas no se ven desnudas en toda su vida.

<http://www.miviajeporelmundo.com/khajuraho-y-los-templos-del-kama-sutra/>

La isla de sal

De haber imaginado que uno de nosotros estaba muerto, hubiéramos evitado las desgracias que coronaron esta historia. Pero los cuatro remábamos con calma para ahorrar energías y alejarnos del lugar donde la Alborada se hundía sin salvación. Remar los cuatro es un modo de decir, siendo uno de nosotros una mujer.

Ningún bote se avistaba en más de siete millas a la redonda. Por lo cual supusimos —con razón— ser los únicos sobrevivientes. La goleta no se hundió de golpe. En el momento del impacto se inclinó a estribor. Después se enderezó girando con lentitud sobre la crujía y entonces el bauprés apuntó hacia el cielo, mientras la popa empezaba a sumergirse en el agua.

Echando cuentas sin apuro, cada cual para su capote, empezamos por equilibrar del mejor modo posible la chalupa, con vistas a pasar varias horas —días— a caballo sobre aquel mar calmo —tal vez engañoso— antes de dar con alguna costa abordable. Sabiendo, al menos tres de nosotros, que menguada era la probabilidad, dadas las coordenadas aproximadas del naufragio.

Habíamos zarpado con la primavera del puerto de Melbourne rumbo al istmo de Panamá. Y la colisión contra el objeto o animal que abrió en el casco la vía de agua fatal debió producirse aproximadamente a unos 175º oeste, algo al norte de Capricornio. Un área del Pacífico si bien no totalmente desierta, con distancias entre una y otra isla —islotes los más de ellos— que auguraban mucho sudor y escasas esperanzas. Para quien conozca el lugar, estábamos navegando a la deriva en algún punto del archipiélago de las Tonga.

En tamaña soledad, no es extraño que el espíritu —o la mente según quién lo elucubre— se amolden a generar y captar pensamientos que —si bien no le son propios— tampoco se podría asegurar que sean absolutamente ajenos. Quiero decir que parecería formarse una suerte de cofre o pañol de ideas. Una especie de subconsciente colectivo, en que este carácter involucra no multitudes sino un grupo de gentes que quizá no comparten nada más que la circunstancia que los reúne. Acaso un instrumento de precaria privacidad que habilita, aunque sea de una forma grosera, la comunicación *vis à vis* sin necesidad de palabras.

Solo contamos con un atado de galleta, un barrilito de agua y esta brújula. Dicho sin énfasis por uno de los náufragos. Quien no considera del caso el presentarse, puesto que salvo la mujer, los otros eran —como él— tripulantes de la infortunada embarcación.

Que uno se haga cargo del agua, otro de la galleta y el que queda de la brújula. Apuntado por el gigantón calvo que carga el remo de babor sobre la bancada de proa.

Pensando seguramente que es idiota echar a suertes una cuestión tan elemental, el negro Joel, un senegalés taciturno, toma el atado de galletas y el de la cicatriz abraza el barrilito.

Sin una palabra más, el calvo consulta la brújula y con la mayor naturalidad determina el rumbo. Seguiremos hacia el norte. La mujer no abre la boca. Está claro que no la consideran.

Si por mí fuera, ya la hubiera arrojado al agua. Piensa uno de los hombres, sin alzar la mirada y sin que se le mueva un músculo que pueda delatar su pensamiento. Que posiblemente por lo menos uno de los otros dos comparte.

Estoy convencida de que a la primera oportunidad me tirarán al agua. Piensa la mujer escondiendo también su reflexión. Le han

dejado a cargo el remo de babor de la bancada de popa. Calculando posiblemente que el gigante haga fuerza por los dos.

Dormiremos de a uno. El que duerma le pasará la custodia a otro. Dice sin emoción uno de los remeros de estribor, sin mirar a sus compañeros.

En cuanto se duerma deberíamos echarla por la borda. Piensa en silencio el otro remo de estribor. Las caras son de basalto. De granito. De poker.

En cuanto me quede dormida estoy perdida. Reflexiona la mujer sin dejar de remar. No hay razón para que me dejen permanecer a bordo habiendo poca agua y menos comida. Esperarán que se haga noche para que no les remuerda la consciencia verme chapalear ante la vista de ellos.

El senegalés —compañero de bancada del gigante— la contempla con disimulo. El vestido de la mujer, todavía húmedo por la primera zambullida, se le pega a la espalda. Cada vez que ella se inclina hacia adelante con el remo en el aire, las vértebras marcan una curva construida astutamente con protuberancias y depresiones. Viva o muerta nos traerá problemas.

El hombre de pelo rojizo que rema a popa junto a la mujer la espía de reojo. Poco o nada sabe acerca de ella. Excepto que ha abordado la goleta en Auckland, a una mitad aproximada del camino que llevaban recorrido al momento del naufragio. Ella y su compañero, un neozelandés que andaría cerca de los sesenta años, eran los únicos pasajeros de la Alborada. En esos once días nadie los había visto fuera del camarote. Y el hombre estaba muerto obviamente como el resto de la tripulación.

El calvo no quiere darse vuelta. Pero adivina cada pensamiento, cada matiz. El olor de la hembra revolotea sobre el olor a iodo y algas. Percibe claramente la presencia de la muerte haciendo un

lugar para ella también entre las tablas a medias alquitranadas y el rollo de cáñamo debajo de una de las bancadas. Va sentada en el taco de proa. Mirándolos con las cuencas perdidas en un punto allá lejos donde se ha ido a pique la Alborada.

Empieza a caer el sol en el horizonte y la mujer comprende que debe actuar ya. De lo contrario no verá la luz del próximo amanecer. No necesito agua ni comida. Lo dice ella, sin entonación y sin dejar de remar. Demasiado llenita para ser anoréxica. Piensa el colorado que de costado percibe los senos restallantes en cada remada. Cuando la mujer echa los codos hacia atrás y el pecho adelante.

Tendrá su ración como todos. Replica sin alzar la voz el gigante.

El griego se la quiere asegurar. Sonríe para sí el senegalés. Pelear con el calvo sería otorgarle demasiada ventaja. No es fácil voltear casi trescientas libras de músculos y deseo animal.

El olor a hembra es preponderante. Dominando las hormonas de los machos y venciendo los sudores y el hedor a muerte que viene siguiendo la estela de la chalupa. Ella lo sabe. Lo que cada cual esconde como un secreto vergonzoso. Que al abrirse paso a través de consciencias tan tufientas como los torsos desnudos va construyendo excusas y demoliendo trincheras.

El gigante rema imperturbable. El pelirrojo de la cicatriz escupe por sobre la borda. El senegalés sigue recorriendo las vértebras de la espalda de la mujer. Menos notables a medida que el sol va secando la tela y la separa de la piel.

Si alcanzamos algún islote antes de mañana por la noche estaremos a tiempo para echarla a la suerte. El senegalés tiene claras las ochenta libras que el gigante le lleva de ventaja. Y el de la cicatriz unas treinta. Sin armas será casi imposible. A menos que logre sorprenderlos.

Para no perder el rumbo decidimos dormir de a pares. Un turno la bancada de proa. Otro turno la de popa. Creo que el negro sería capaz de matarnos para quedarse con la mujer. Vi cómo la mira. Se la come con la vista.

Al griego no se le escapa detalle. Con un ojo sigue los movimientos de ella. Y con el otro controla las remadas y el pensamiento del negro.

Hay quien afirma que el no tener buena memoria es la perdición del hombre. Que es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra. Conozco estas aguas. Piensa muy para sí uno de los náufragos. Estamos a pocas millas de la isla. Y no muy lejos del lugar donde los amotinados se llevaron a la Bounty y abandonaron al capitán y a sus marineros leales en una chalupa como esta. Hace cien años.

La memoria es un arma poderosa. Es capaz de avanzar sin remar y sin probar bocado. Todos acabaron muertos o en prisión. Los ingleses no perdonan. Dicen que con el capitán Bligh iba una mujer. Y que algunos alcanzaron a llegar a la isla de sal.

Al negro le gustaría seguir mirándole la espalda y las protuberancias de la columna. Imagina a esa mujer de cabellos largos y renegridos echada de espaldas sobre una cama. O un jergón o un catre marinero. O una litera como las de la Alborada. Aunque sea en el piso. Y él encima haciéndola gemir una y otra vez. Pero esta perra preferiría sentir arriba de ella todo el peso del griego. Me di cuenta cómo lo observa sin volver la cabeza. No puedo verle los ojos pero estoy seguro de que lo mira. Y con ganas. Ni que tuviera las pupilas en las corvas. Deben haber cruzado ya mensajes entre ellos. Las palabras son peligrosas. Pero también son de cuidar los pensamientos, amiguitos.

Tu cráneo parece sólido como una roca, compañero. Pero no tanto para resistir el golpe de un buen pedazo de pórfido o de basalto. Con el tamaño de un melón alcanzaría. En Beirut embarcamos un viaje melones que pasaban de las doce libras.

El colorado no deja de medirla. Cuando los brazos llevan la empuñadura del remo todo lo adelante que da el largo de los brazos, agacha la cabeza casi entre las piernas y desde esa posición le mira los senos macizos. Y piensa que su boca desearía estar ahí debajo de esos pezones soberbios que quieren rasgar la tela que los retiene.

Ella no hace el menor gesto para mostrarse ni para evitarlo. Ninguno se atreverá a echarla por la borda si se quedara dormida. Porque los tres piensan tenerla para sí. A ninguno de ellos se le ocurriría la idea de compartirla. Cada cual sueña con el modo de apropiarse de la presa y disfrutar del odio y la envidia de los otros dos. Y de la voluntad fallida y el deseo insatisfecho. El odio de los lobos en celo es el más grande de los espectáculos que un macho salvaje pueda apetecer. Ah, que escenografía. Los cuatro en la isla de sal. Un par de palmeras a la vista de la playa solitaria. A quince o veinte pies de distancia una de la otra. A cada tronco amarrado uno de los perdedores. Cara a cara, frente a frente. Indefensos. Impotentes. Y yo —él o el otro— en el centro del ruedo. Toreando y siendo toreado por la hembra. El cazador y su presa danzando los ritos que ya llenaban de alaridos los bosques antes de que los poetas y los eunucos inventaran el amor.

Y los vencidos, ah, los vencidos. Jadeando, babeando, tironeando de sus ataduras y los tientos metiéndose en la carne. Pero no les importa el dolor. Solo el deseo de ser ellos los actores. En lugar de ocupar las gradas de los mirones. Indefensos. Impotentes. Enfurecidos. Indefensos. Impotentes…

Quién es. Quién será el cazador, el torero. Yo, él o el otro. El cansancio y la sed ya no me permiten saber quién es yo. Quién es qué. Cuál es cómo. Soy él o soy el otro. O uno de los otros. No el negro porque lo veo remar a mi lado como si nada sucediera. No el griego porque al mirar por sobre mi hombro derecho lo veo y escucho crujir la bancada de proa a cada remada suya. Tampoco el pelirrojo porque rema a mi costado como si yo no existiera. No son los cazadores. Son la presa. En sus mentes de brutos estallan escenas del rito de la playa. Ya ni saben quiénes son ni dónde se encuentran. Antes de pensar en mí van a pelear por el agua y las galletas. Durante la noche van a empezar a sentir el gusto de la sal. Mañana estaremos en la isla.

El bosque se cierra sobre el claro abierto a machete entre los mangles y los grandes helechos. Este es mi reino desde antes que llegaran los ingleses y los francos. Hubo un tiempo en que todo el archipiélago fue mío. De Pomare, hija de Sakauno nuestra Madre Ancestral. Ahora vivo y reino durante la noche y muero con cada amanecer. Lo que antes era ya no es. Y lo que es no es lo que era antes de que llegaran ellos.

Allí están las palmeras sobre la playa. El negro dijo que eran dos. Con dos soñó también y dijo dos el gigante griego calvo. Dos contó asimismo entre las brumas del sueño el pelirrojo de la cicatriz. No saben que yo visité sus sueños y dispuse estas tres palmeras para ellos. Una para cada uno.

En vida tuve muchos súbditos fuertes a mi disposición. Ahora me conformo con los que llegan a la isla arrastrados por la marea o por el viento. Nadie puede soltarlos porque los tientos y las cuerdas son parte de sus sueños. Mi desnudez que los enloquece y mis senos que devoran con los ojos también los han soñado. Por eso soy inmortal.

Yo apareceré una y otra noche. Dejaré mi vestido al lado del agua. Me arrimaré a abrazarlos. Susurraré canciones de amor en sus oídos. Me apretaré a sus cuerpos afiebrados. Solo saben obedecer y penetrarme. Les permito aullar y amenazarme. Por lo demás son totalmente inofensivos. Les doy a lamer una piedra de sal y se enloquecen de placer.

Algunas tardes de verano creen recordar que yo estaba muerta un siglo antes de que ellos se acercaran a estas aguas. ▮

Yeropide

“¡Dinamarca! En tu vuelo extraño en vano separas,
quienes somos la suerte echada de alguien
que —pierde— gana en el cielo futuro:
de los Reyes son las tumbas, de los amantes son los sueños…”

Aragon: *La mise à mort.*

Dispuesto —al fin— a trasponer los oblicuos umbrales entre esa realidad que clava cada amanecer unas garras displicentes en su garganta y la llamada voluptuosa que astutamente hunde en sus carnes todo el peso de los pechos espléndidos y unas caricias hipodérmicas apenas extinguidas las últimas lágrimas de luz, tensa el arco de ñandubay, ata a la cintura un mazo de flechas de lapacho con chuzas de armado y descuelga de un gancho las ojotas de carnero evocando —mientras las calza sin apuro— aquella imagen que lo excita sin palabras y sin gestos desde el fondo del pasadizo oscuro.

Era —al principio— un rostro núbil cuya mirada trasmitía simultáneamente seducción y reproche. La visión aletea fugaz; apenas llamar su atención, sorprenderlo como colgada del vacío y con veladas muecas de burla, desaparecer. Al intentar tocarla, la figura se desvanece, unas veces en el aire, otras aprisionada en los brazos torpes de Micael.

Pero siempre, al final, la risa burlona vengativa. Ya calzado y adecuadamente armado avanza —felino— a lo largo del corredor. La roca áspera comunica la frialdad cortante de su pulso y volutas de cuarzo se desperezan reiterando consignas que —según se abren incisivas en abanico dentro de su mente— ya amenazan ya pregustan un

espasmo amoroso y nupcial, ya cascan contra las rencorosas aristas de sus espacios interiores su carcajada de veneno quebradizo y bufo.

Por entre los planos oscuros se destaca, de tanto en tanto, alguna mancha más negra cuyo aliento claro le sirve de referente en esa infinitud sin estrellas y sin brújula. Avanza despacio, hincando nudillos en los músculos del basalto, despellejando piernas en el aceite acerado del granito.

En algún recodo adelante está ella, esa parte de sí mismo que noche a noche arranca doliente como una chuza de pescado arraigada en el reverso de sus centros, una espina que lacera y desgarra convocando alaridos.

El pavimento negro repta bajo sus pies. Ríspidas estalagtitas, atravesando el vellón y el cuero sobado, hincan en las plantas su mordedura ácida. Vahos mortales congelan nuca y espaldas. Adelante ella o ello, esa meta objetivo que confusa lo incita con el descaro inmaterial de los fantasmas de una salamanca o los trasgos de un hades cuya descarnada envoltura no excluye la pérfida potencia de sus alientos. Ella o él o ello o algo contra lo cual su imaginación se proyecta estrellándose en oleadas de espuma roja. Lo presiente —lejos en todo caso— negro y feroz en el silencio duro del recorrido umbilical que fatal lo empuja hacia su vórtice.

En el final de la noche petrificada lo aguarda el viejo rey, cuyo báculo confiere impunidad al puñal y cuya corona otorga legitimidad al látigo. Cuya cabeza clavará contra el oscuro tronco de la encina ritual, disparando entre sus ojos una flecha irrefutable. Muerto Micael —ya suyos corona y báculo— innecesarios ya disimulos y flechas, iniciará el camino mayestático hacia las penumbras del tálamo.

Tensos el arco y el pulso avanza. La piedra negra se contrae a su alrededor, impulsándolo y como edificando sobre su torso adolescente un carapacho de nieve entretejida con hebras de hierro.

Oleadas de aire helado penetran por su nariz, una baba dolorosa se cuela dentro de orejas y lagrimales supuran humores gélidos que resbalan por la cara, dejando testimonio del pavoroso tránsito interior que aunadamente lo estimula despedazándolo.

Un lechuzón de espanto aletea sobre su cabeza dejando caer, junto con el graznido entrecortado y premonitorio, agrias porciones de un estiércol tan frío y agresivo como la muerte que escurre sus tentáculos sobre el ineludible sarcófago de piedra. Retrocede —intenta retroceder— compelido por el asco y el miedo. Pero el basalto y los granitos han apretado filas, retaceándole esa postrera opción, ese acaso tardío arrepentimiento.

Impotente y soberbio, amenaza con el puño en alto al silencioso Caronte que lo acecha desde los torvos repliegues del laberinto y se lanza hacia adelante, seguro de la proximidad del anciano monarca cuya obscena judicatura escarnece los sentidos, impugnando irredimibles aspiraciones. Pensándolo cerca aferra con rabia el arco, dispuesta la otra mano al ensamble de flecha, voluntad y músculo.

Los labios ateridos silabean quedos mantras, entremezclados con dísticos tobas subrayados por una interjección tehuelche o aymara. Hasta que lo ve. Es decir lo capta, lo adivina más bien.

Un halo violado fosforoso nimba el rostro grave, impasible. Quietud, inercia, inmutabilidad, tales ideas se le ocurren fugaces, detenido ahora a unos treinta pasos de la aparición. Percibirlo y reconocerlo son actos unánimes, como enunciar una fórmula hasta aquí negada a su conocimiento, que de repente abre para él sus pétalos más íntimos, sus recónditos secretos.

Porque viéndolo ve la luz. Y aquella luz enceguecedora modifica de tal modo su visión de las cosas, que al punto las superficies se perfilan más tersas, los vértices más incisivos… y las aristas más filosas.

Agazapándose tigre presto para el asalto, fija la mirada en los ojos del anciano que marca con dos tizones la dirección de un horizonte inexistente, arma con precisión el arco. La mirada del viejo rey, lejos de acusar temor, vibra burlona.

Avanza una docena de pasos, aguardando el gesto de estupor o de súplica. Obtiene solo el leve parpadeo, apenas un velo como de decepción opaca la mirada de aquella imagen cuyo único signo de vida parece anidar en las cuencas idas y melancólicas. La cuerda se retensa aún. Y cuando la vibración lo posee, transformándolo en un temblor agónico, lanza la flecha.

En su incredulidad se mezclan el crujido de huesos astillados y el tintineo de la risa irónica y vengativa, tantas veces escuchada al extinguirse las últimas lágrimas del crepúsculo.

Cuando —superando el dolor que ya lo entumece— entreabre los ojos, la sangre brota a chorros, cubriendo de espuma densa y roja la luna desmenuzada —solitaria— del espejo. ■

Las mismas aureolas

Ya no importa el cansancio ni la falta de sueño. Ni el peligro ni las consecuencias. Ya no importan los sermones del padre Pedro ni las filípicas del Señor Regente. Puedo ignorar la vigilancia de la abuela y las amenazas de mamá. Creo que ya me importan tres carajos el mal humor de Papá del Cielo y el enojo de sus angelitos. Hasta las oscuras amenazas de tío Pepe me resbalan. Ella está ahí adentro. Acaba de entrar al baño y yo ya estoy instalado arriba de la mesa escritorio. Justo entre la puerta del baño y la puerta del cuarto donde abuela duerme su siesta.

Puedo seguir tirando del piolín. Tirando y tirando un poco más. A medida que tire van a seguir saliendo imágenes. Historias. Ya conozco la cosa. Voy a recordar. A recordar que soy un niño un poco desobediente un poco travieso algo mentiroso. Una criatura sucia que no va a crecer. Que está ya condenada a llevar encima la marca del pecado. Un perrecho aborrecible que carga sobre sus espaldas la sombra de su padre y la oscura novela del abuelo refugiado en Bruselas. O sea en Flandes, es decir en medio de las islas de aquel mar jónico que un día ha de llevarlo de cabeza a los estrechos. O sea al infierno. Un cacaseno con todos los estigmas en las manos y en el blanco del ojo. Los pajeros no crecen. Pero entonces cómo pude. Son enanos perversos de manos arrugadas y piel húmeda. Los hijos de la concupiscencia son hijos de pecado. Yo soy entonces un hijo del pecado.

Nomás queda rezar y arrepentirse. Pésame Dios mío. Pésame por el infierno que merecí y el cielo que perdí. Pero mucho más me pesa porque en el momento en que ella se quita el corpiño y empieza a acariciar aquellas aureolas luminosas me olvido de la peligrosa ban-

derola y la fragilidad del escritorio que tiembla al temblor de mis pies descalzos y mi alma desnuda de pudores y rebosante de deseos. Es mi tía pero pudo ser mi madre. Y qué. Qué más da esta banderola en penumbra o el dormitorio de la planta alta donde mamá se quita la blusa y la pollera para hacer su gimnasia a la hora de la siesta. Si es el mismo temblor y el mismo ahogo y las mismas aureolas. ▮

Esperando a Clara

Me siento un poco tonto cada vez que hablo de esto. Aunque íntimamente lo manejo como una especie de exorcismo. Me explico. Nacha dice que para que algo se te cumpla, tenés que escribirlo en el espejo del baño. Clarito y con firmeza. Voy a ser un escritor famoso. Por ejemplo. O el dinero llegará a mis manos a raudales. Sin titubeos. Quiero decir sin quedarse cortos. Como una orden que le das al destino. O a la suerte. A lo que vos creas que tiene los hilos de la cosa. La batuta, vamos. La cuestión es ser breve y concreto, para no confundir al destino. O a la cosa… bah… ¿entendés? No como la carta que le escribías a los Reyes, llena de disimulos y justificaciones tratando de esquivar la letra menuda del “si te portaste bien…” Se ve que el tipo que anda por ahí leyendo los espejos no se puede entretener en boludeces. Debe haber más de uno haciendo el laburo, seguro. La cosa no debe ser fácil. Tenés que memorizarlos además. Siempre me pregunto cómo hacen los mozos. Y los quinieleros. En todo caso yo no pondría políticos en ese negocio. Bueno, te decía que lo escribís en el espejo. Y lo dejás ahí, sin limpiarlo. Para leerlo todas las mañanas mientras te afeitás. Y para asegurarte de que el quía lo lea, a cualquier hora que pase por tu casa.

Antes me afeitaba por la noche. Pero desde que se fue Clara, afeitarme por la noche me entristece. Me afeitaba siempre después de cenar. Para que ella disfrutara de la piel suavecita y el olor del *after shave* que tanto le gusta.

Lo importante es leerlo todos los días, de mañana o de noche pero todos los días. Porque de a poco se te va metiendo la idea en la cabeza y te lo empezás a creer. Y si vos no estás convencido que te va

a pasar no te puede pasar. Si el quía lo lee una sola vez o tiene que leerlo todos los días para no olvidarse, es otra historia. Hay tipos que cambian de idea a cada rato. Hoy te dicen quiero ser centrofordward y mañana te salen con que van a manejar un transatlántico de lujo. Y en esos casos no debe ser tan fácil levantar el pedido.

Yo en cambio la tuve clara desde que se fue. La tengo clara y bien presente. Repito su nombre al despertarme, mientras me baño, al salir para la oficina, en el subte, en la cola del banco, siempre. En todo momento. Clara incluso está mucho más presente en mi vida desde que se fue. Cómo son las cosas. No es que no le diera bola, no me entiendas mal. Yo vivía por ella y para ella. Pero no pensaba en eso y no andaba todo el día nombrándola, no sé si me explico. Era sencillamente la certeza de saberla conmigo. Estaba. Estaba todas las noches conmigo y eso me bastaba. Ni nombrarla ni andar por ahí repitiendo su nombre como un paspado. Para nada.

Nunca fui de enamorarme. Quiero decir de esas calenturas de mandar flores y escribir versos y perder el apetito. O copiar algunos poemas de Bécquer que a mí nunca me fue pero que a ellas suele volverlas locas. Hasta en eso es diferente. Prefiere a Darío. Me pasé una noche entera buscando algún poema de Darío en internet. Para ella. Para complacerla. Para recibir de vuelta el resplandor de su sonrisa maravillosa. Para que ella pudiera mechar alguna de sus metáforas —de Darío quiero decir— en sus dulces contestaciones.

Todavía me acuerdo. Margarita está linda la mar. Clara decía que estábamos sintonizados. En una banda muy exclusiva. Y muy ancha. Yo me atreví a decirle una noche que prefería que estuviéramos sintonizados sobre una cama bien ancha. Eso la puso mal. No me lo dijo pero pasó una semana sin hablarme.

Sé que no soy bueno para las metáforas. Pero no puedo meterme a esta altura de las cosas en un taller literario. Además dema-

siado tarde. Clara es muy firme en sus decisiones. Le debe haber costado horrores la movida. Me consta. Y por otra parte necesito creerlo. Por lo de la autoestima, vamos. Por fuerza tiene que haber sufrido. Pero es terca y orgullosa. Si se ha arrepentido —estoy seguro de que se ha arrepentido hace rato— jamás ha de reconocerlo. Nunca volverá sobre sus pasos. Por más que le escriba cosas en el espejo. Por más que cada noche me siente frente a la computadora y contemple su foto. Lo único que tengo de ella. Y abra el correo con la esperanza de que aparezca su saludo inconfundible. Hola mago. Con su nombre o con cualquier otro nick. Como un acertijo. Que sería la única forma de volver sin lastimar su orgullo. ▮



Dentro de la escuela tántrica del pensamiento, toda la energía se divide en masculina y femenina, y una no puede lograr nada sin la otra, de aquí la relevancia del sexo. Es justo la unión de esta energía.

El sexo de la serpiente

Abre los ojos como emergiendo de un largo sueño. Sabe que en efecto ha dormido mucho, sin que ese mucho tenga para él alguna significación particular. Lejos en un futuro incierto están aún los calendarios y las brújulas. Pero recuerda. Chispazos de algo anterior al sueño. El arroyo, unos conejos y el árbol. Y una voz y unas barbas y el dedo perentorio. También una casi penosa reflexión de las barbas y de una promesa. Ignora lo esencial de esa promesa pero la sola idea lo sobresalta con el picor de una aventura. Claro que nada concreto le sugiere esta aventura. Un color, un perfume, unas cosquillas en el plexo y un calor en las ingles. Una seda resbalando por su espalda y unos labios que lo exploran. El juego es placentero y recuerda las escenas del sueño. Su piel virgen lo insta a dejarse acariciar con los ojos entornados y la boca entreabierta babeando una saliva dulce que le resbala por el pecho y humedece su ombligo con un chisporroteo de lujuria. Su sexo se enardece devorado por un fuego muy dulce y exigente. Un abrazo que hierve y muerde y con incisiva devoción lo oprime y lo succiona.

Como en un relámpago le llegan el saber y la vergüenza del saber. De repente se sabe dueño y esclavo de esa piel que lentamente descomprime el abrazo y se aleja de el flameante de oscuros vaticinios y de escamas. ▮



En estos relieves se pueden encontrar los 4 objetivos de la vida: Dharma, Artha, Kama y Moksha. Dharma deber religioso que produce riquezas, Artha son las riquezas que permiten obtener los placeres de la vida, Kama el placer y deseo de liberación y Moksha la liberación del ciclo del renacimiento y el alcance del Nirvana. Cada una de estas etapas está muy bien representada en el templo, teniendo especialmente énfasis en el Kama.

Duelo de escobas

Soy perfectamente consciente de que este título conlleva la sugerencia de una historia de aventuras en el Lejano Oeste digamos aquellas sanguinarias epopeyas de Zane Gray o de Randolph Scott pero es que en el fondo la cuestión no es más civilizada ni menos violenta. Decir la odio sería un atajo excesivo porque nunca falta un alma caritativa dispuesta a ofrecer los emplastos de la misericordia y las cataplasmas de la caridad pero para reconocer —jamás diría confesar— el odio hacia un hijo (una hija en nuestro caso) se requiere ante todo una considerable lucidez y después una estructura moral que no se interponga entre la fe y los usos cotidianos de la familia.

Bah si se pudiera llamar familia a esta ligazón envenenada que nos ata al mismo tiempo que nos separa. Un pegoteo de vivos y de muertos tan acuciante —tan desprolijo— que más que un ensamble da la impresión de un enchastre. Por qué madre o por qué hija por qué tanto vínculo miserable y desnaturalizado aunque lo natural hubiera sido me parece un grupo humano —o casi— con no más compromisos que una familia de monos o de perros y vuelvo a elegir con un sesgo hipócrita porque el símil acertado sería una familia de tigres o de buitres.

Te odio mamá y nunca llegarás a imaginarte cuánto porque ni yo misma lo sé es decir sí lo sé o me lo imagino al despertarme traspirando y con palpitaciones intentando rearmar un sueño espantoso en el cual me corrías con una cuchilla de cocina aunque de repente llegábamos frente a un espejo y entonces era tu cara descompuesta y yo clavándote la cuchilla en la espalda por qué mamá por qué por qué esta ambigüedad atroz de no saber quién es quién y de ahí la confu-

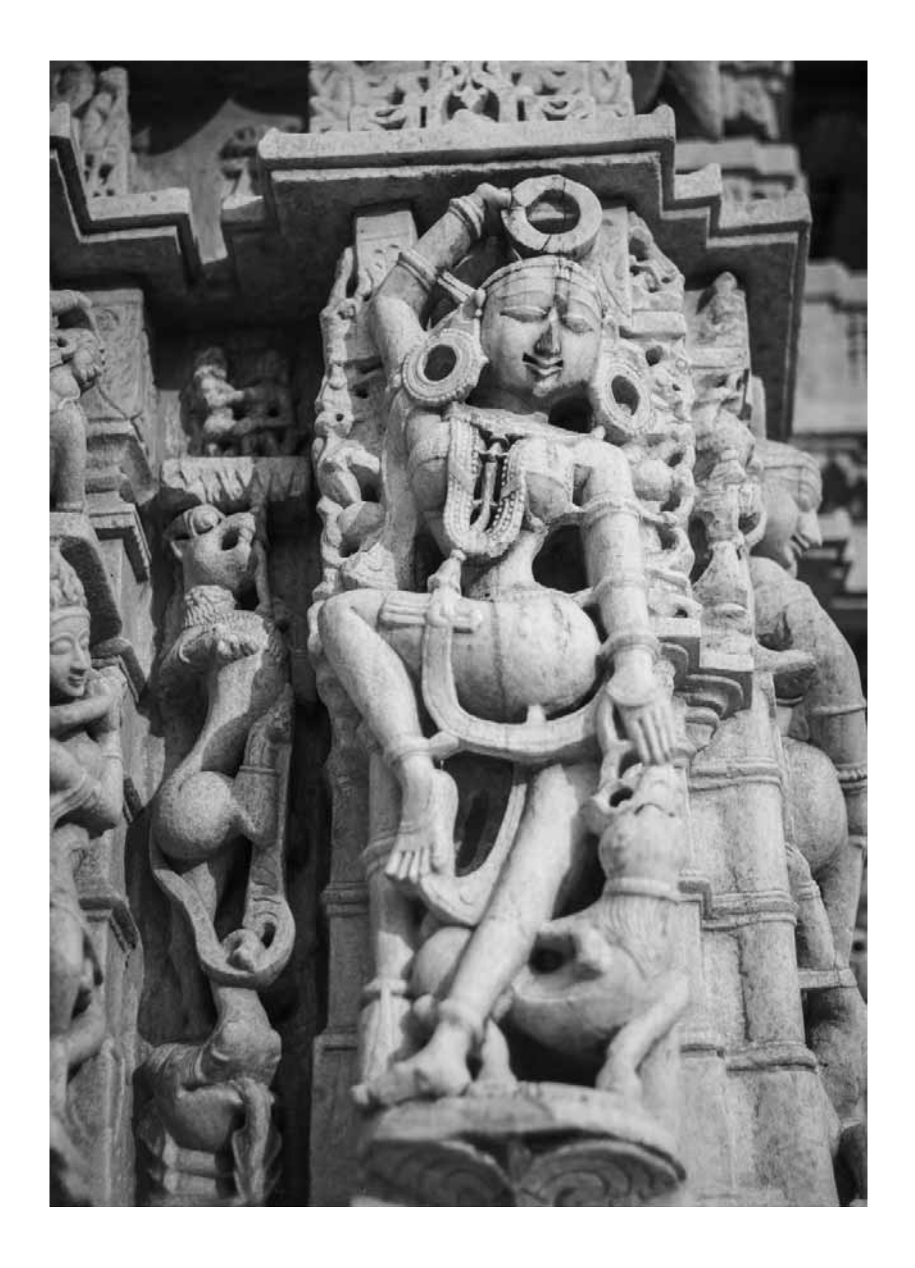
sión de roles que dicen una y otra vez psiquiatras y psicólogos y terapeutas y neurólogos por qué a un psiquiatra mamá si la loca sos vos pobrecita como una explosión de tanta sobreprotección tanto resguardo tanto mimo tanto rezo no mientas mamá nunca rezaste eso sí que no yo no pero tu abuela y entonces sacamos a la abuela de su tumba y la revolcamos bien revolcada para sacudirle los resentimientos y las culpas porque los muertos siempre son culpables y nosotros las víctimas siempre te hiciste la víctima desde antes que muriera papá no te atrevas a nombrarlo porque vos lo mataste sos una hija de puta y vos sos una pobre loca no pobre no porque sabés muy bien adónde das la puñalada y los locos pobrecitos no se dan cuenta de nada si supiera dónde dar la puñalada hace tiempo que hubieras ido a juntarte con la abuela y con tu papá no lo nombres porque vos lo mataste con tu desparpajo y tus pataletas y tus aires de usted que es tan señora pobre hija sos una infeliz no podría asegurar que vivo en el paraíso mamá donde vos estés solamente un infierno es posible el peor de los infiernos porque de este uno no puede despertarse y si se despierta es inútil porque igual estás en el de adelante y en el de al lado en todas partes como una bruja maligna mamá se nota que la meningitis te estranguló el cerebro y lo peor es que nos estranguló el alma a tu padre y a mí tantas veces he pensado que mejor nos hubiéramos rendido a las convulsiones y a la fiebre te hubiéramos llorado pero hubiéramos evitado que nos destrozaras palabra a palabra mordisco a mordisco yo no quería morderte mamá nada más quería sacarte la escoba de las manos no si eso lo tengo bien clarito me mordiste cuando ya tenías vos la escoba yo también tengo las cicatrices de tus dientes si es por eso cuántas veces mamá cuántas veces me cortaste con tus miradas con tus silencios tu abuela me cortaba con sus suspiros y los ayes y con las amenazas de morirse de un ataque pero para qué escarbar si vamos a desenterrar uno tras otro los cadáveres ilustres y los otros que ya no dan

olor pero siguen pagando el pato sabés bien lo que hacías con el tío cerrá la boca deslenguada claro soy yo la puta yo soy la regalada pero vos no pudiste esconder tus manejos porque la abuela lo sabía y en su momento lo supo también la tía ay madre madre por qué no te pegaste un bidetazo en lugar de concebirme y hacer de mí no un fruto de placer sino una prenda de remordimiento vos vedaste mamá vos prohibiste mamá y escondiste los goces y dejaste nada más los escozores y las sombras. Placer y orgasmos se borraron de tu vida como borraste a su tiempo a mi padre y tomaste la misma senda retorcida de tu propia cancerbera porque a la abuela la recuerdo rezando y tejiendo y rezongando y tejiendo y rezando y es una cadena de infinitos eslabones pero vos dijiste un día que ibas a cortar esa cadena una nueva factura vos dijiste *magister dixit dixe ergo sum horribilis abominabilis et comdenabili*s la abuela no hablaba latín y yo tampoco pero llegado el caso puteaba en alemán no la que puteaba en alemán era mi madre tu abuela que es lo único que pudo sacar en limpio de su matrimonio también te sacaron a vos mamá no en eso estás muy equivocada querida a mí no me concibieron yo pasé por el colador por una mueca espantosa del destino pero si sos atea pero hay de todos modos un destino o una predisposición la cuestión es que pasé por algún agujero del colador igual que yo no seas tan hija de puta nunca te podrás imaginar cuánto soñamos con vos en todos esos meses sí ya sé y lo mucho que lloraron por las convulsiones y la fiebre esa factura ya debe estar amortizada mamá por supuesto que no porque vos te encargás de sacarla a relucir y pasar la gorra para cobrarte los intereses ojalá al menos me hubieran devuelto el capital la única devolución son tus malas contestaciones y las caras de orto y ahora morderme es lo último lo único que me faltaba fue nada más para que soltaras la escoba pensé que me la ibas a partir en la cabeza no hijita no lo hubiera hecho porque la escoba vale más pero ya la tenías bien agarrada y me

mordiste terminala mamá ojalá te hubiera mordido la yugular así te hubieras ahorrado la gravosa decisión entre pastillas o veneno vos me obligás a tomar decisiones gravosas todos los días saber que estás ya es grave escucharte andar por la casa es grave verte barrer por detrás de mis pisadas es grave adivinar que lo que te falta para completar el perfil de pobrecita huérfana es que me de un infarto y bueno así seguís el camino de papá no seas hija de puta sabés bien que a tu padre se lo comió un cáncer sí mamita un cáncer porque capaz te leía el pensamiento y sabía lo que era la joyita de su mujer tomá tu escoba de mierda y volá y si no te animás metétela en el culo no te lo voy a permitir hace años que no necesito tus permisos dame esa escoba tomala voy a buscar otra no te quiero ver con una escoba en la mano te guste o no te guste me vas a ver con muchas cosas en la mano sí la de tu noviecito por supuesto mamá y eso te da bronca porque hace rato que no agarrás nada como no sea la escoba y no para barrer sino para volar o partírmela por el lomo claro que se la agarro mamá y no sabés cuántas cosas más hacemos tu padre nunca lo hubiera permitido dejalo en paz y además sabés que también vos hacés muchas cosas que él jamás te hubiera permitido vos no me vas a controlar claro que no pero vos controlás a todo el mundo apenas puedo controlarme yo vos sos una loca sin control eso es lo que sos mamá terminala porque esta vez sí te la parto por la cabeza y dale mamá matame así te sacás el problema de encima de una buena vez te doy mi palabra pero por favor devolveme la escoba ya tenés una escoba mamá esta otra es mía no señor en esta casa yo sola tengo las escobas qué te pasa mamá estás tan gorda que una sola escoba ya no te sostiene no me faltes al respeto no hago más que decirte la verdad entonces de verdad me ves como una bruja mirate el espejo mamá y no hagas preguntas boludas en el espejo veo nada más una escoba eso sos mamá una escoba y vos también entonces sí mamá pero fijate en el palo medio podrido y la

paja raleada y floja yo en cambio tengo mi palo bien nuevito y las pajas abundantes y apretadas vos ya fuiste mamá y el día que te mueras yo me voy a reir voy a tener toda una vida por delante para reirme.

Por hoy es suficiente. Mantenemos la medicación y nos vemos la próxima semana. ▮



Ella al final del verano

Quienes descubren significados ruines en cosas hermosas
están corrompidos sin ser elegantes, lo que es un defecto.
Quienes encuentran significados bellos en cosas hermosas
son espíritus cultivados. Para ellos hay esperanza.

Oscar Wilde; *El retrato de Dorian Gray* / Prefacio.

La vida solo es un sueño / y los sueños sueños son...

Calderón de la Barca; *La vida es sueño*.

Al principio él no estaba en el sueño. Ella sola, en medio de la bandada de palomas, a veces caminado hacia el mar, cruzando una playa. El lugar donde se ve rodeada de aves podría ser una plaza. Aunque no advierte, hacia uno u otro costado ni tampoco adelante, un encuadre de edificación que delimite el perímetro. Además falta el palomar. O la estructura donde los animales se recogen a descansar. Y la playa, más que playa, pradera, llanura de arena bastanta blanca y fina. Por lo menos no parece irritar la planta de sus pies, marchando rumbo a un plano tras el cual se adivina el mar.

Se asemejan, por ciertos trazos, ambas escenografías. Menos por detalles que por hechos no visibles, si bien deducibles a partir de lo que está a la vista. Y la soledad. La convicción de inmensa soledad. A pesar de las palomas. O acaso porque posan estáticas, congeladas frente al mar, la soledad accede casi a lo absoluto. Una nada dentro de un vacío. Un vacío dentro de la nada.

Procura reproducir la escena al despertar. Fijar una piedra, cualquier brizna de pasto, algo a partir de lo cual ensayar la reconstrucción de ambas situaciones. Pero tal si estuviera manipulando por-

ciones de naturaleza viva, ideas e imágenes resbalan lejos de su percepción, permitiéndole en ocasiones reunir con esfuerzo pedazos, fragmentos de la totalidad. Para —en un soplo— escurrirse al rincón menos razonable, a la posición más insólita, aventando todo intento de ordenar el rompecabezas.

Por ejemplo las palomas, que en el sueño aparecen a su alrededor, al centro del cuadro, se ubican en posturas y coordenadas imposibles en cuanto —pensándolas— apunta a una visión consciente. Unas se desplazan hacia atrás (alejándose) hasta desaparecer. En tanto otras avanzan ante los primeros planos, apretujándose de suerte que resulta una orla de plumas, patas y alas, enmarcándolo todo como una ilustración *art nouveau*. Menos una —la más atrevida— que con picardía se instala —cabeza abajo y patas al aire— sobre su propia figura, en cómico equilibrio. En fin, respecto de las palomas, podría asumirse que encima de la tela se convocaran Picasso con Delacroix, Utrillo con Brueghel o Berni con Torrallardona, afanándose en fundar multitudes palomares y provocando a fuerza de pincel y color, experta yuxtaposición de ojos, picos, pectorales, rabadillas y timoneras.

En cambio, si evoca la secuencia frente al mar, la cosa ocurre de un modo diferente. De la playa se van levantando torbellinos de arena. Grano por grano, como si un vendaval soplando desde el agua los empujara, se acumulan adelante adheridos al vidrio de una ventana imaginaria. Así, en pocos instantes la claridad del paisaje se opaca, hasta no verse más que una homogénea cortina de arena.

No hay variantes ni matices. Soñarlo es soñarlo siempre del mismo modo, figuras, fondo, tonalidades, en fin, un calco cada noche idéntico a la anterior y —supuestamente— a las por venir. Aunque habrá de darse cuenta, más adelante, que en esto también se equivoca. Intentar pensarlo, recordarlo, pone en funcionamiento el mismo me-

canismo siempre: las palomas reacomodándose o el telón de arena velando la visión.

Mucho tiempo después —o antes— durante las charlas con su analista, surgirá naturalmente la pregunta acerca de cuándo ha comenzado. Precisión a la cual, sin mayor motivo, no le ha atribuido relevancia. Resulta, echando cuentas, que un martes de principios de otoño, luego de terminar con el último capítulo de *El Fuerte*, deciden con Justa que la noche se presta para disfrutar de una película de suspenso. Podemos elegir entre una de Boris Karloff y una serie inglesa que por la cola parece buena. Es la respuesta de Justa, que maneja con muy buena memoria los programas de cine y de TV. Optan por la serie. En el capítulo no aparecen palomas, pero sí una planicie en la que el personaje, de espaldas, vanamente procura alcanzar un horizonte en continua fuga. Luego del consabido vaso de leche y desearse las buenas noches y de los ineludibles comentarios a propósito del episodio, se retiran a sus cuartos. Recuerda haberse dormido enseguida. Trascurrido un lapso impreciso, abrir los ojos (soñar que los abre) para verse de espaldas, caminando hacia el mar.

En adelante, dos o tres noches por semana, se alternan ambos sueños, sin un orden predeterminado, nunca los dos juntos la misma noche y ninguno —tampoco— repetido. Inicialmente los comenta con Justa, hasta que la reiteración hace que pierdan interés, al menos como tema de conversación. Finalmente una rutina, novedosa pero rutina al fin, agregándose a sus días de clases, de lavado de ropa, de gimnasia jazz y de *Treinta Millones*. Justa, discreta y al mismo tiempo temerosa de llamar su atención sobre algo que no atinan a explicarse, elude mencionar el asunto.

Así andan las cosas durante aproximadamente cuatro meses. Tiene presente la época, porque ya estaban planeando la siembra de primavera, no bien se disiparan los últimos fríos. Es cuando descubre

(le parece) que el horizonte que demarca el confin de la playa, escapa a menor velocidad. Si lo notó mientras soñaba, ciertamente no lo tomó en cuenta. Más bien al despertar, al pensarlo, antes de que la arena se amontone frente a ella, le parece que el mar suena un poco más cerca.

Las dos noches subsiguientes no ocurre nada. Algo ha comentado con Justa, al pasar, pero ella pareció no darle importancia. No es lógico lo que decís, fijate; es una imagen que andá a saber dónde la tenés grabada. Son ideas tuyas.

La tercera noche vuelven las palomas. Quietas siempre a su alrededor. Y aparece la sombra de la cabeza de él en el borde izquierdo. Trata de no avanzar, de ni moverse. Conteniendo, dormida, hasta la respiración. Pero la misma tensión para retener la imagen la despierta. Lo único que logra al repensar la escena, es que de inmediato una paloma se ubique justamente delante de aquella sombra. Pero es suficiente para ella. Sabe que él ya está allí.

Justa, te juro por lo que más quieras que es verdad. No estoy chiflada. Algo está cambiando en esos sueños. Estoy segura. Y Justa, según la costumbre, impávida. Aunque en el fondo, unas cosquillas, un erizarse el vello del antebrazo, la dejan pensativa.

Sabe que es cuestión de esperar. Con todos los sentidos vigilantes, caso de no desperdiciar detalle. ¡Qué formidable sería disponer de aquel equipo que usan en Estados Unidos para fotografiar los sueños y los pensamientos de Ted Serios, el marinero larguirucho que los parasicólogos están aprovechando como conejo de Indias! Porque está convencida de que solamente pruebas irrefutables lograrán disipar la sospecha de estar volviéndose loca.

Continúan ocurriendo cosas. La playa se achica. El mar llega más y más cerca cada noche. Y su torso, que al comienzo no excedía la quinta parte de altura, adquiere talla hasta ocupar todo el alto del

recuadro. Es corpulento, macizo, según lo denota la sombra. Porque todo trascurre en el trasluz de siempre, recortadas sus siluetas en un negro intenso, con bordes indefinidos. Justa, intercalando con respuestas breves las mínimas y obvias preguntas que le dicta la curiosidad, haciendo el papel de objetiva y celosa abogada del diablo.

Ahora comparten la plaza (o lo que fuere) menos palomas. Pero se las ve agrandadas. Al tiempo que la cabeza de hombre, asomándose, deja paso a su hombro derecho primero, a las espaldas después y a una pierna permitiendo que, noche a noche, su cuerpo llegue a entrar entero dentro del cuadro, a su lado. Creciendo en altura según crece ella. Moviéndose hacia adelante a la par de ella. Noche tras noche, también, los fondos se esfuman, al punto que, ya bien entrado por entonces el verano, plaza, palomas, arena y mar se han convertido en una textura marmolada de tonos delicados, contra la cual contrastan ambas figuras. Solamente una línea, cortando el cuadro por su medio, insinúa la posición de lo que fuera antes el horizonte. Hacia arriba predominan amarillos y naranjas, los expresivos cálidos de la paleta de van Gogh. En tanto hacia abajo campean unos azules acusando casi a gritos los empastes de Magritte.

Ya avanzado el verano (Justa sufre horrores por la falta de tejido mosquitero) ella y él se detienen. En una secuencia lenta, calculadamente dramática, van girando a lo largo de incontables noches. Señorea Capricornio en el cielo estival, cuando se hallan frente a frente, perfil a perfil, sombra a sombra. Todo acontece con la morosidad de una cámara de cine operada a mano. Dejando pasar ante la vista fotograma por fotograma. Amorosamente. Porque la actitud de la pareja es de arrobamiento, de éxtasis.

¡Justa, lo amo! ¡Lo amo y él me ama! ¡Soy feliz, la mujer más feliz del mundo! El beso es prolongado. Apasionado. Él se le ha acercado tanto que, finalizado enero, ambas efigies se refunden en

una sola, celebrando al unísono las ceremonias del amor. Abrazándose con una ferocidad no exenta de gracia, mimando las dulzuras de su pasión durante las noches en que el Aguador persigue a la Cabra a la lumbre de las constelaciones australes. Cada momento es una vida. Cada noche un mundo.

Durante casi dos lunas, cada uno lo es todo para el otro. Dos lunas que ella piensa fugaces, deseándolas eternas. Noches de las que emerge demacrada pero triunfante, oficiante y víctima a un tiempo de ese amor fantasmal. Resumido en las profundas ojeras y las confidencias volcadas al oído de Justa.

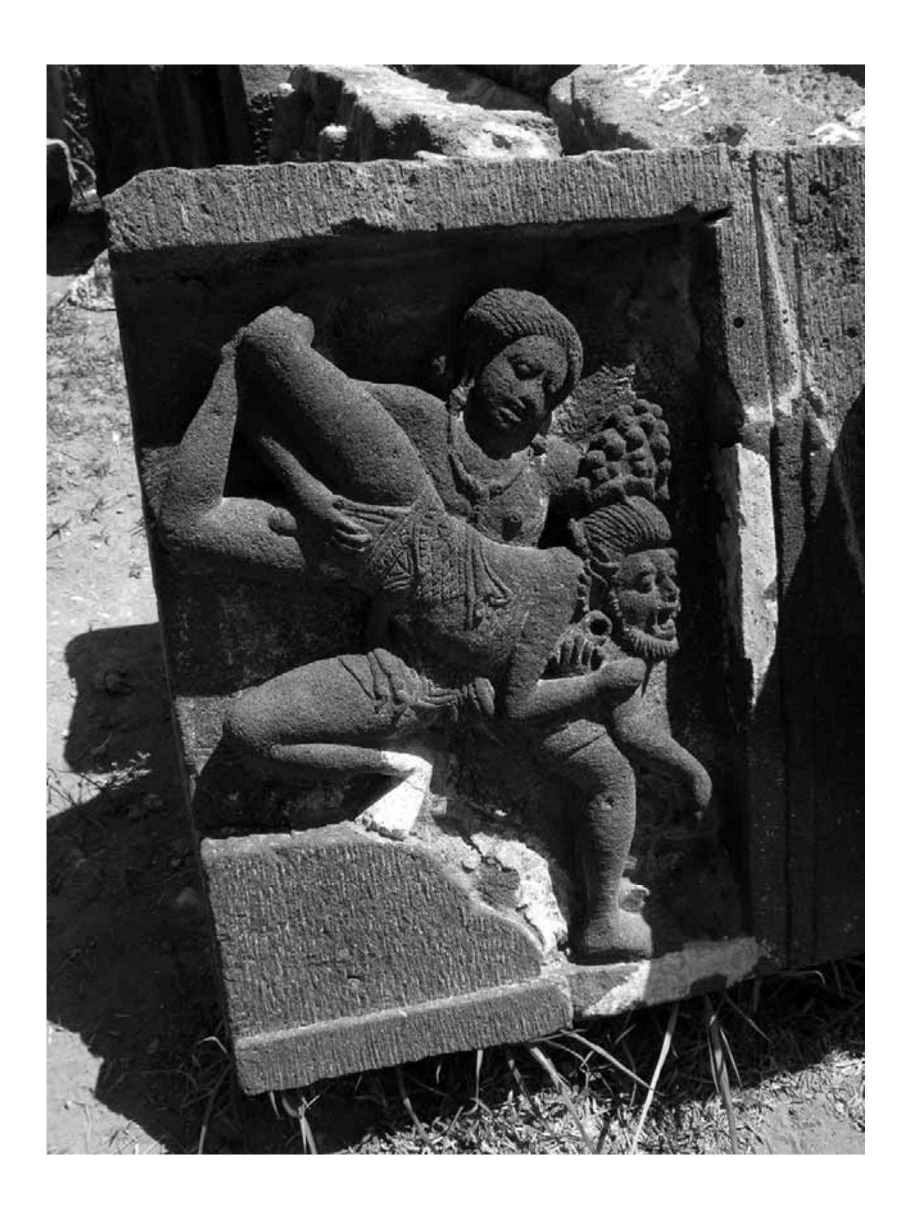
Una noche de marzo, en que la pasión del enamorado parece franquear todas las vallas, para sublimar en un beso la esencia de su poderoso amor, a punto de quebrarse el aliento de ella al influjo del tañido de todas las campanas y el tintineo de todos los cascabeles, despierta. A través de la ventana, a la luz del amacecer, observa la línea del horizonte dividiendo un cielo marmolado en amarillos y naranjas, de una arena estriada en azules recién desperezados bajo las pinceladas de Magritte. A su izquierda, cerca de la cama, la luna del espejo veneciano refleja el mismo paisaje que se divisa desde la ventana. Y en el centro del cuadro, contrastando con la luminosidad del fondo, su propia silueta. Agobiada. Desarticulada. Aviesa y definitivamente sola. ▮

Si quiero

Si quiero me acerco a la esquina y hago que te espero, porque seguro estás viniendo a mi encuentro a pesar de que si quiero me dispongo a pedirte perdón para cerrarte la boca porque seguro vos también venís corriendo para que te perdone.

Si quiero te confundo con la primera mina que se me acerque y le sonrío y ella me sonríe y me dice que se llama Grisel, mirá qué justo, y en ese momento hasta me olvido de nuestra última bronca, la última y mis golpes y tus gritos.

Si quiero me olvido de que me dieron veinticinco años y de que aún te quiero pero ya nunca. ▮



A punto de zarpar

Ya sé que estarás pensando qué le dio a este tío. Nunca fui bueno para estas cuestiones epistolares, anda. Menos cuando uno la pasa escondiento la cabeza para que nadie se dé cuenta de que estás a punto de largar los mocos. ¿Qué por qué? Pues por la porra, hombre. Pero me da el cuerpo que la cosa empezó con aquella citación. Mensajero para entregar en mano a un servidor, vale. Con sellos y fajas y toda la prosopopeya. Que venía de campanillas la cosa, sí sí. De la Excma. Comisión de Reclutamiento para Quintos. Primera Comandancia de Cuerpos Africanos. Secretaría de Intendencia. Calle de las Carmelitas 5. Ceuta. España. Vistas y a partir de la fecha y en el término perentorio de 72 horas sírvase presentarse provisto de su documento de identidad. Que ha tenido Usted el honor. Que los gloriosos Cuerpos. Que la flor y nata de nuestra juventud. Con la debida sujeción a las obligaciones que dicta la Ley de Movilización emanada de la autoridad militar. Bajo apercibimiento de auto de prisión atenido a las penas previstas en el Código de Justicia Militar artículos 468, 514 y 692 bis: "... de seis a once años más accesorias de deserción (art. 514 inc.f) llegando a la máxima de detención por tiempo indeterminado (art. 692 inc.c) o ejecución sumaria si concurrieran las agravantes de *casus belii* establecidas en las ordenanzas que regulan la materia)". Como lo estás leyendo, hombre. Que no le he puesto ni quitado una coma. Te puedes figurar que en estas cinco semanas llevo leído la maldita cédula docenas de veces. Qué digo docenas, cientos. Conque no te resulte extraño que me sienta capaz de citarla de corrido sin pasarme un pelo.

Nunca fui listo con el estudio, ya lo sabes. Según mamá (la pobre no disimuló nunca su aflicción por verme tan poca cosa) ni un rastro del talento de mi padre. Pensar hijo que tu padre ha cosechado cuanta distinción se te ocurra en el Servicio Exterior. Que se codea con lo mejor de Cancillería. Que cónsules en una docena de países se pelean por su colaboración. Y tú que no han podido contigo ni las monjas de la Inmaculada ni los benedictinos de San Tarsicio de Redondela. No sé si aciertas a dibujar una o con el contorno de un pocillo. Y mira que no es por falta de dedicación de tus hermanas. Las pobres pierden el sueño y el apetito por desasnarte pero ni por esas. Carillas y carillas de palotes y mejor los hiciera un gorrino si le pones un lápiz en el morro, Dios me perdone. Bueno, ya la conoces a mamá. Y lo malo es que le sobra razón, de eso ni hablar. No es que de cualquier manera me atreviera a contradecirla, eso no. Pero teniendo como tiene toda la razón, en buen jaleo me metería si abro el pico. Más te valiera un poco más de seso y menos labia, hijo. Turbio veo tu porvenir si de una carrera decente se trata. Vas a terminar detrás de un mostrador. Y metido de seguro con malas compañías, Dios me perdone. Es que ni sé a quién sales. Tu padre ya sabes lo que es. Tu madre ya oyes tú los comentarios de los oficiales de la Base. Tus hermanas no digo yo que sean unas eminencias pero te dan diez vueltas, hijo. Y tu hermano Manolo, no me hagas hablar que las comparaciones siempre son odiosas. Es que ni siquiera te vales para trabajos pesados. No digo ya de usar la cabeza. Pero al menos fueras capaz de burrear una jornada corrida en las canteras o en el puerto. Qué va, hombre. Quién te viera detrás de un arado. Quién te imaginara hombreando bolsas. ¿Te ves acaso amontonando gavillas en la era? ¿O hachando leña?

Bueno, tú sabes que para ciertas cosas hay que nacer. Y yo no he nacido para esos menesteres, qué quieres que te diga. Otra cosa si

le das unas vueltas a la victrola y me pones unos buenos discos de pasta. De la Amparito Vélez. O de la Lola Flores. Qué digo vamos. Unos chotis de Rafael. Unas bulerías del Niño de Utrera. De pensarlo ya se me van las palmas. Y no me tengo con el meneo.

Aunque todo esto era antes de la maldita cédula. Hazte cargo el vuelco que habrá dado mi vida, que en estos cuarenta días ni a misa. Qué te digo a misa. Ni a lo de Barrabás ni a lo de la Pili. No he probado un cuartillo. No he jugado una perra chica. No he tocado una baraja. No puse las manos en un taco de billar. En cuanto la leí se la pasé a mamá, naturalmente. Creí que le daba el soponcio, no exagero. Y qué hacemos madre. Cómo que qué hacemos, perdulario. Bueno estás para cargar avíos militares, hombre. Ni para ayudante de cocina, hijito. Ni para eso vales. Y en África para más. Con lo que se dice de aquellos regimientos. Peores que la Legión. Son destacamentos de castigo. Allí van a parar los malvivientes, los viciosos, los bebedores, los pendencieros. Si pones los pies allá, no doy un céntimo por ti, niño. Viven como animales. Metidos entre cabras y rifeños que no respetan ni el nombre de Dios. Ni conocen quiénes son sus padres ni qué cosa es la religión y el respeto. Bueno, ya imaginas la cuestión. Pensé al principio que exageraba. Pero urgía tomar alguna decisión. Lo primero salir de casa, ni qué hablar. Es adonde primero vendrán a buscarte. Conque a juntar una poca ropa en un bolso de viaje y a marchar. Tío Vicente tiene una pequeña finca subiendo hacia Puente Cesures, recuerdas. Es una tierra hosca y despoblada. Unos establos, unos corrales y medio centenar de animales. Pasan los meses y no ves un alma. El viejo Zacarías se ocupa de todo aquello. Si no te conoce no le sacarás palabra. Ni el buenos días. Tío Vicente me llevó una noche y al amanecer ya estaba instalado y Zacarías al tanto de la historia. Mamá mandaba dos veces por semana una cesta con menudencias y un recado breve. Habíamos acordado no referirnos directamente al

asunto. A Dios gracias esperamos una buena temporada. Esto significa que no han aparecido uniformes por el pueblo. Temo que el buen tiempo no nos dure mucho. Esto era para abrir los ojos. Soldados o tricornios de la Guardia Civil rondando. Así fueron pasando los días. De todos modos, lo necesario ya estaba dicho. América. Tu hermano está en Buenos Aires. Contarás con el pasaje y unos duros cuando llegue el momento. Allá no te faltará nada. Hasta puedes encontrar un buen trabajo. Manolo habrá hecho algunas amistades. Y dejarás pasar el tiempo. Cuando soplen otros vientos te vuelves. Un oficial de confianza me ha dicho que las listas no se guardan por más de cinco años.

Conque así son las cosas, Ignacio. No estoy escapando de ti. Ni se te dé por pensarlo. Pero no tengo coraje para vivir huyendo o escondido. Una cosa es ocultar lo nuestro y otra bien distinta andar desconfiando hasta de tu sombra. Quedar es ir a prisión, a la corta o a la larga. O peor, ir finalmente a Marruecos o a Ceuta con una condena gorda y Dios sabe cuántos agravantes y recargos. No saldría vivo, lo sé. Me marean la sangre y las maldades. Cada noche desde la llegada de esa carta he pensado en África. Qué digo pensar, soñar. Soñar con tal nitidez y tales detalles que he despertado más de una noche gritando o con la garganta cerrada por el terror. Castigado, torturado, violado por aquellos cafres. Carnes de patíbulo a quienes no importa un recargo más o menos. Porque han ido para morir allí. Y morir por morir poco les importa el cuándo y el cómo. No soporto la idea de tanta humillación, de tanta vergüenza. No sé usar los puños, qué quieres. En la vida puse mis manos sobre un arma. Mi peor castigo es este sonrojo espantoso que me traiciona sin remedio. Y el llanto que se me escapa sin poderlo evitar. Hasta creo que mamá y mis hermanas vivirán más conformes. Por lo menos más tranquilas. Sin verse obligadas a diario a defender algo que ni siquiera comprenden. Saben

de lo nuestro. No me preguntes cómo pero lo saben. No se han atrevido a preguntar. Pero les noto la inquietud en la mirada. Adivino las reconvenciones y los porqués. No hablarlo es terrible. Pero hablarlo siento que sería mil veces peor. Abordar la cuestión les daría pie para toda clase de súplicas y exigencias. Ya conoces a mamá. Es inflexible en sus convicciones. Prefiere a sus hijos muertos antes que deshonrados. Tú me olvidarás con el tiempo. Tal vez yo también te olvide. O seremos uno en el otro un recuerdo que no lastime. Una imagen que ya no nos hiera.

Acodado contra la litera del barco, garabateando esta despedida pienso. Pienso en tantos capullos que nunca llegarán a más que eso. Capullos. Flores abortadas antes de desbordar en perfume. Aun el odio es un capullo. El del amor puedo abrigarlo en mi alma. Pero el del odio me mataría. Por eso —entre otros motivos— estoy como escapando. Para distanciarme del rencor que me ahoga al recordar. A mamá, preguntándole al oficial aquel de confianza, en voz tan queda, si estaba bien seguro de que aquella carta llegaría a mis manos. ▮



Como estar en casa

Entre una puta, una portera y un ministro
no hay demasiadas diferencias de gusto
en lo que a pinturas se refiere.

Henry Miller: *Trópico de cáncer*

Te voy a llevar al mejor piringundín de calle Pichincha, me dice Gervasio un viernes de otoño al anochecer. Mi cara debe ser un intenso signo de interrogación. Ya tenés pantalones largos, acota como para cerrar la cuestión. Abuela y mis dos tías solteronas proclaman *urbe et orbi* que Gervasio es un cabeza fresca. Por lo menos es lo que repiten en público. Aunque en la intimidad del cuchicheo por los rincones de la casa o detrás de las cortinas del comedor, Remedios y Mercedes suelen referirse a otros aspectos de Gervasio bastante más entretenidos a mi modo de ver.

Remedios piensa que debe tener el pecho peludo. En tanto Mercedes opina que en ese momento debe bufar como un toro. Por las risitas y los sonrojos me doy cuenta de que abordan escenarios vedados para mis orejas. Y asimismo desaprobados por la abuela. En realidad abuela desaprueba todo lo que tenga que ver con emociones fuertes. Ya sea en el cine (ella aún habla del biógrafo), por la radio o en las revistas. Menos aún por supuesto, en medio del coloquio familiar. Habiendo ropa tendida.

Desde que murió papá, Gervasio nos visita dos o tres veces en el año. Y en estas ocasiones se queda todo el tiempo que quiere. O sea hasta que abuela le recuerda discretamente que se acerca la estación de siembra o de cosecha y conviene regresar al campo para organizar el trabajo y vigilar a los peones.

Fue en ocasión de una de esas visitas que apareció en casa con un misterioso regalo. Un bulto del tamaño por lo menos de la mesa del comedor. Embalado entre cartones y alfajías de madera. Fue cortando flejes y desenvolviendo aquello con la mayor parsimonia. Saboreando nuestra expectativa, todos a su alrededor. Un cuadro de verdad. Un óleo de Fader firmado dijo. El mar la playa y un velero. Ese día Gervasio avanzó varios pasos en el escalafón de la estima familiar. Abuela enseguida reconoció un paisaje de la costa gallega. Remedios y Mercedes aseguraban que parecía Brasil o alguna isla del Caribe y suspiraban qué debe ser que te besen en un lugar así.

Son tontas porque no se ve ni una palmera. Para mí que lo pintó Gervasio. Mamá calladita. Lo colgaron enseguida en la pared del living detrás del sofá. Y pasó a ser desde ese día la referencia más importante de casa. La marina de Fader es el tópico obligado de quien llega de visita, antes de abocarse al cotilleo de rigor. Y dando pie para que la abuela eche un breve párrafo acerca de la obra y el autor. Sin olvidar una reflexión a título de moraleja en el sentido de lo raro que resulta que aquel gran artista hubiera preferido la sequedad de las sierras de Córdoba después de conocer las maravillas de Galicia.

La otra reliquia es el Cristo de Limpias que conserva abuela sobre su mesa de noche. Pero para mí no tiene nada que hacer con el óleo de Gervasio. Fuera quien fuera el autor del aplaudido paisaje.

Papá le llevaba doce años y nunca permite que lo llame tío. Alguna vez, en medio de esa sinceridad sospechosa que propicia la ginebra después de la tercera vuelta, suele decir que yo podría haber sido su hijo. Nunca me atreví a preguntarle por qué. Pero a juzgar por la cara de mis tías y de abuela, me parece de esa clase de comentarios que más vale no retomar ni tener en cuenta. Apenas aprendí a balbucear mis primeras palabras, se me instruyó a fondo acerca de la

cantidad de cosas que no se dicen, no se hacen y no se tocan. La lista se ha hecho harto más larga a medida que fui creciendo.

Claro que en la misma medida fueron desarrollándose mis habilidades de ocultamiento y actuación. Lo que llamaría *role playing* si esta expresión no perteneciera a una faceta de mi educación ignorada y prohibida en la familia. Educación gestada *motu proprio* y como respuesta necesaria a la política de escamoteo y disimulo que conllevaba la consigna del no se dice, no se hace y no se toca.

Lo cierto es que mi infancia fue un aburrimiento de sermones, catecismo y clases especiales impartidas ya por abuela ya por las tías. Mamá se mantuvo siempre en una actitud neutra. Supongo que como única manera de esquivar los torpedos que abuela disparaba al primer esbozo de liberalismo, libertinaje o escándalo. Siendo estos calificativos equivalentes e incinerantes. Algo como un anatema tras el cual la víctima perdía por tiempo indeterminado hasta el derecho a la palabra, salvo para dar a la abuela respuestas directas y concretas. Abuela utilizaba una gama de consignas orientadas a instruir al infractor antes de que las cosas pasaran a mayores. Ahora me diste. Ya salió aquello. La primera en la frente. O música maestro, eran las frases de protocolo. Y más le valía al sorprendido en falta tomar buena nota de la tarjeta amarilla. Pues la siguiente iba derecho al hígado y a matar.

Imagino que las cosas no han sido siempre así. De hecho Remedios y Mercedes gustan evocar, lejos de los oídos maternos, épocas de bailes, kermeses y pretendientes. Una familia sociable y divertida, lo definió alguna vez para mí una de las figuras allegadas por la vía materna. Recalco esto porque todo lo relacionado con papá es mal mirado y peor recordado en casa. Siendo Gervasio el único que medianamente ha logrado saltar las vallas. Para muestra basta un botón,

es la palabra de la ley. Hubo de pasar bastante tiempo —años — hasta que lograra descifrar el aforismo.

Hacerlo fue al mismo tiempo una aventura y una necesidad, pues bien temprano intuí que tenía que ver con la relación entre mis padres. Concretamente pienso que el dichoso botón había sido ese matrimonio. Tema tabuado si los hay. Al punto que pensarlo ya me ruborizaba, exponiendo a la consideración de mis jueces la elaboración de pensamientos culposos acerca del asunto. De modo que aprendí a reprimir mi curiosidad y callar mis preguntas. Por lo menos en tanto no diera con orejas confiables.

Decir que tuve una educación podría pasar por una afirmación atrevida. Me facilitaron sí una muy buena instrucción. O sea el acceso a cuanto los libros decentes podían ofrecer. Y colegios donde se tenían muy en cuenta valores como la honestidad, la hombría y el temor de Dios. Y por supuesto el amor a la patria. De todo lo demás se fueron ocupando —método fragmentario en verdad— las lecturas clandestinas, las charlas con los chicos mayores en la escuela y en el barrio y las grageas de Gervasio. Mi imaginación —por cierto frondosa— llenaba y rellenaba baches con una osadía casi meritoria.

Dada la modestia de recursos de las artes visuales, hubo temas arduos. Por ejemplo la genitalidad femenina. Punto espinoso de explorar, documentar y aprehender. Que hoy quedaría resuelto, sin salir del ámbito de la gráfica, con un par de revistas de las tantas que se ofrecen en kioscos y pornoshops. Lo más atrevido que caía en nuestras manos entonces, no iba más allá de los eufemísticos desnudos artísticos. Que generalmente no lo eran pero cubrían nuestras expectativas emocionales. No así las intelectuales, dado que las mejores fotos no pasaban de desnudos de cuerpo entero y piernas cerradas. Lo cual habilitaba un amplio campo a las hipótesis más ingeniosas, pero nos dejaba a enorme distancia de las grandes verdades anatómicas y

fisiológicas, para qué negarlo. Basta recordar que el modelo en general aceptado de la cosa describía la vagina como un orificio ubicado de frente en el pubis (monte de Venus era la designación predilecta, mucho más sugerente) y que correspondía a un conducto tubular ubicado en posición horizontal. Hablo de una mujer de pie. Conducto que dentro del cuerpo seguía un itinerario difícil de sospechar. Y al cual quizá se debía de acceder de parado y con una herramienta también en disposición horizontal.

Mi experiencia personal en ese terreno no pasaba de espiar a Remedios y a Mercedes en el baño. Lo cual no me dio en todo caso más información de la que aportaban las revistas. Hablo de información dejando de lado los aspectos excitantes de contemplar un cuerpo vivo, aún reconociendo que mis tías no eran ningunas diosas.

Comento todo esto para que se pueda entender la mezcla de susto, dudas y ansiedad que me produce el anuncio de Gervasio. No seas pavo, te vas a sentir igual que en casa. Pero yo pienso. No en los peligros y las enfermedades. Para nada. Pienso en el papelón de no saber qué hacer. Cómo hacer. Son buenas minas vas a ver. Ellas se encargan de todo. No tengas miedo no seas zonzo. Eso sí bañate y ponete ropa limpia eso nada más.

Sé que soy desgarbado al menos es lo que dicen siempre las tías. No dejo que me toquen porque después se miran entre ellas y se ríen y me pongo colorado como un tomate. No me dejan entrar en el baño cuando están ellas porque ya soy grande. Pero igual se meten cuando me estoy bañando yo. Me miran y se ríen y me pongo colorado y cuanto más colorado me pongo más se ríen. Gervasio sabe. Y me dice que no les lleve el apunte. Que son así porque son solteronas. Que no se animan pero tienen ganas. En cambio las del piringundín conocen el negocio. Ahí sos el cliente y saben cómo te tienen que atender. Podés elegir y exigir y hacerte valer.

Así me dice Gervasio hacerte valer. Suena lindo. La verdad que ni idea tengo de esto de elegir y de exigir. Me produce ahogos. Pero Gervasio me dice que me quede tranquilo. Cuando te quieras acordar estás afuera. Y al otro día ya querés volver. Y se ríe. Te vas a sentir como en tu casa.

Pasan cuatro días terribles. Me resulta imposible recordar qué hice en el ínterin. Solo deseo al mismo tiempo que las horas pasen volando y que los relojes se detengan y el momento fatal no lle-gue nunca. No se ha hablado de un día en particular pero es evidente su intención imperiosa. Y por otra parte ineludible. Puesto que no se me ocurre la excusa que me saque del aprieto. Y dado el carácter de la cuestión no cuento en casa con orejas consejeras. Lo único que me puede salvar sería que Gervasio olvide el tema. Esperanza que empieza a crecer en mi pecho viendo que trascurren los días y no se vuelve sobre el asunto.

Por mi parte hago lo posible para informarme acerca de lo que me parece prudente no ignorar. Por entonces nombrar en Rosario la calle Pichincha abría el panorama a las respuestas más variadas. Ninguna de ellas aceptable por cierto para los rígidos conceptos morales en boga. Según quién fuera el interpelado, se podía obtener una sonrisa enigmática, una risotada burlona o un jugoso racimo de anécdotas. Casi siempre rematado por una especie de moraleja resaltando la resistencia y el empuje del relator. Pero haciendo a un lado pormenores que a mi modo de ver no aportaban sustancia a mis inquietudes, descubro que —tal como lo imaginaba— en esas pocas cuadras de Pichincha llegando casi a la estación de trenes de Sunchales abren sus puertas al anochecer los paraísos del pecado. Acoto para que se tenga consciencia cabal de mi inconmensurable ignorancia, que ni siquiera tenía clara la diferencia entre un prostíbulo y un amueblado. Al menos para eso me sirvieron los duros días de investigación. Supe aun-

que fuera que, detalles más o menos, iríamos a visitar una casa llena de habitaciones y mujeres hermosas. Y que esas mujeres estaban dispuestas a iniciarme en los misterios del amor. Sin que yo debiera hacer otro esfuerzo que dejarlas actuar y tomar debida nota de sus lecciones. Que fuere cual fuera la elegida por mí, no habría ni rechazo ni sorpresa ni burla de su parte. Porque no pasaba día en que no cayera por aquellas benditas casas uno o varios jovencitos de familia dispuestos a hacerse hombres de la noche a la mañana y por un precio razonable, oblado casi siempre por un hermano mayor, un amigo con algo de mundo o un tío voluntarioso como era mi caso.

Extrañamente, con el correr de los días aumentan mi curiosidad y mis ganas y a la vez el aterrorizado deseo de que todo quede en la nada. Llegué a imaginar la posibilidad de rendirme ante Gervasio y rogarle por lo menos un plazo de gracia. Teniendo asimismo clara la inutilidad de tal intento. Algo en la forma en que me soltó aquello el viernes pasado me convence de que es una decisión ajena por completo a mi opinión.

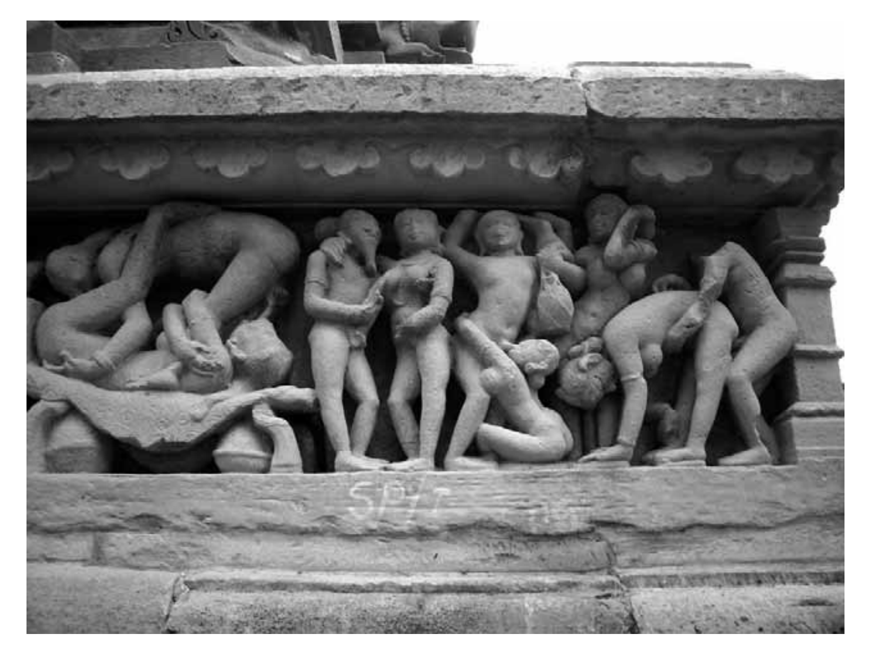
Ayer jueves, cuando me despido de todos con el buenas noches de rigor después de la cena, me dice con sencillez y mirándome a los ojos “mañana”. De nada sirven los gentiles “que descanses” de cada uno de los miembros de la familia. Nada puede destruir mis posibilidades de descanso con mayor eficacia que ese fatal “mañana” de Gervasio. Cien veces cierro los ojos llamando al sueño. Y otras tantas debo abrirlos en la oscuridad de mi cuarto, presa de las ideas más descabelladas. Una de las cuestiones terribles es recordar que los domingos son días de misa obligatoria en compañía de mamá. Lo que supone comunión previa confesión. Recién en medio de la oscura vigilia comprendo que mi primera confesión habrá de quedar a la altura de una tonta conversación entre beatos comparada con la que deberé afrontar el domingo. La ley es inflexible al respecto.

Para peor, bastará la mínima reticencia de mi parte para despertar las sospechas de mamá. Lo cual desembocará de facto en la exigencia de plantarme delante del confesonario sin que valgan mareos o dolores de cabeza ni siquiera ganas de vomitar ú otra natural necesidad. ¿Cómo prepararme para contarle al sacerdote lo que he hecho, si ni siquiera sé qué es lo que estoy por hacer? He pecado padre. Vano intento. Precisiones hijo mío. O sencillamente “veamos” que es la forma predilecta de estos santos hombres. Muy hábil por cierto, en tanto uno se ve compelido a desnudarse sin que se escuche otro comentario que no sea el temido “qué más hijo mío”. Un callejón sin salida. Una verdadera trampa que no admite retroceso ni triquiñuela. El único miserable recurso para posponer el instante fatal es solazarse en los pecados veniales. Haber contestado de mal modo el lunes. Y el martes. Y el miércoles. Pero la semana es corta. A mamá. A la abuela. A tía Remedios. A tía Mercedes. También la familia es por desgracia breve. Alguna mentira. Tal vez malas palabras. Qué más hijo mío. Cómo referirme a los pecados de una carne cuyo sabor aún desconozco. Cómo no dar una impresión confusa de algo peor todavía. ¿Habrá algo peor que lo que estoy por perpetrar? Tengo bien presentes los distintos modos posibles de hablar de la cuestión. Esto merced a la ayuda de diccionarios y algún eventual apoyo de compañeros más avispados. Imposible acudir a Gervasio. La cosa eclesiástica no es su preocupación. He faltado al sexto mandamiento padre. Pueril, me preguntaría a cuál para estar seguro. He fornicado padre. Suena horrible. He tenido acceso. ¿Acceso a qué hijo mío? He copulado. Absurdo. He practicado el coito. Ridículo. Hice uso padre. Caería fulminado antes de terminar. Uso de mi estupidez quiero decir padre. La estupidez no es pecado hijo mío, es una prueba que nos impone el Señor. Está decidido pues.

Nadie me impide reconocer que lo que estoy a punto de realizar es además de pecaminoso, estúpido. Y también —casualidad — una prueba impuesta. Gervasio en nombre de Dios. Del Padre. Perfecto. Duermo a pierna suelta las horas que me quedan. Dispuesto a confesar mi fatal e indisimulable estupidez con la esperanza de que el sacerdote no se detenga a escarbar en los detalles.

Alea jacta est. Viajamos en un tranvía que nos deja en avenida Ovidio Lagos. Una cuadra caminando y estamos en el lugar de la ejecución. Fachada bastante bien conservada que poco se diferencia del resto de la zona. Gervasio llama a la puerta con suavidad, un gesto obviamente habitual. Yo no dejo de controlar la raya de los pantalones. Todo me parece fuera de lugar y de medida. Los zapatos de salir, la camisa con el cuello abotonado. El nudo de la corbata bien ajustado. Y una tirantez en la piel de todo el cuerpo. Sobre todo en la cara. No necesito de un espejo para confirmar el denigrante sonrojo. Alguien nos franquea la puerta. Luego una cancel y nos encontramos en una sala de regulares dimensiones bastante bien iluminada por una araña de pretensiones imperiales. Una mujer mayor pintada sin mezquindad viene hacia nosotros sonriendo. Hola Gervasio querido tanto tiempo ya te estábamos extrañando. ¿Quién es este pimpollo? Supongo que Gervasio contesta mi sobrino Grimaldo o algo parecido. Yo tengo la vista clavada en un enorme cuadro, a espaldas de la madama. El mar la playa y un velero. Y la firma (o la copia de la firma) inconfundible.

La dama pintada baja en ese momento la mirada hacia mí con una gran sonrisa de ocasión. Qué joven tan apuesto, Gervasio. Si sale al tío debe ser un picarón. Estás en tu casa, Grimaldo querido. Quiero que te sientas de verdad como en tu propia casa. ▮



De acuerdo al portal web muyinteresante.es, existe un conjunto de templos en el poblado de Khajuraho, en el estado de Madhya Pradesh, todos de carácter erótico, que fueron construidos en honor al Kamasutra. Estos lugares fueron edificados entre los años 950 y 1059 A.C. En 1986 fueron declarados por la UNESCO como patrimonio cultural de la humanidad.

Llevar la palabra

Morenas ambas. Paula de cabellos renegridos. Rosario castaña. Ardor de cervatillo y tigre en sus miradas. Me observan —entre atrevidas y asustadas— mirando a la vez detrás de mí quién sabe hacia qué distantes horizontes. Levemente gachas las frentes, de suerte que el presunto horizonte lo imagino al punto lejanamente relacionado con mis pies. O con mi sombra. El sol a sus espaldas. Siempre tuve debilidad por las composiciones a contraluz. De niño, madre me hablaba de los santos y yo me los hacía recortados por una luz muy blanca y muy intensa. Por lo cual reconozco que muchas de mis tomas que suponía dignas de preciados lauros han terminado en el desván de las ilusiones fallidas.

Las primeras palabras son las habituales. No podría asegurar si Rosario o Paula. Le traemos un mensaje. No soy en particular permeable a tales embajadas. No por falta de piedad o de delicadeza. Sino —pienso— porque con los años uno acaba devolviendo las armas al reposo de la panoplia. De donde por cierto nunca debieron haber salido.

Los apóstoles a domicilio me inspiran sentimientos encontrados. A veces fastidio. A veces impaciencia. Casi siempre un reconocimiento, medio a contrapelo, hacia una labor de seguro ingrata y de evidente dureza. Porque es sabido que lo de “golpead y se os abrirá” no pasa en el mejor de los casos de una moción de anhelo. Una promesa bíblica en su más áspera realidad. Que entre nosotros concluye en una chusca letra de tango. ¡Golpeá que te van a abrir!

Esta mañana el saludo no me cae mal. Todo lo contrario creo. No suelo franquear la entrada a extraños. Por lo que hasta ese mo-

mento mi visión de las mensajeras está cercenada por el tejido y los chapones del portón de casa. Sin embargo logro al instante la percepción entera de sus cuerpos jóvenes y agraciados. Otro descubrimiento, dado el insulso y siempre maduro perfil de mis habituales apocaleptas. Me refiero a visitantes portadores de esa inocultable esperanza de redireccionar mi alma pecadora hacia los prados celestiales.

Parecen ángeles, pienso para mis adentros. Una experiencia inédita. Atendiendo a esta señal, dejo de lado las contestaciones que tengo a mano para el caso. Sonriendo discreto y en silencio, la invito a hablar. Repito que no recuerdo si una u otra llevan adelante el inicio del monólogo. Digo monólogo sin menoscabar la calidad del discurso. Es normal que los predicadores viajeros, una vez obtenido el consentimiento, disparen su parlamento sin cortes y casi sin respirar. Supongo que para evitar fastidiosas interrupciones del oyente. Cortes que —por otra parte— deben ser inevitables en casi todos los casos, a una altura u otra del recitado.

Es posible que ambas se hayan turnado para imponerme de la importancia de la cuestión. No puedo decir en qué momento se me empiezan a inquietar los ratones. Son bellas ciertamente. Lo suficiente para capturar mi interés. Bellas digo, de un modo sencillo. Fresco. Nada atrevido en verdad. Vuelvo a pensar en gacelas.

Aprovechando un resquicio digo tienen una mirada hermosa. Lo inesperado —más que el sentido, pienso— del comentario surte efecto. Me miran, ahora bien de frente. Se miran entre ellas. Un rubor indiscreto las pone en evidencia. Touché pienso.

Ni el sentido ni el tono de mis palabras suenan irrespetuosos. No manifiestan sentirse agredidas. Gracias, murmura una de las dos. Y silencio. La estocada ha llegado a fondo. Uno suele tirar esos golpes sin esperar resultados. Y comprobar que han surtido efecto puede sorprender. Seguro más incluso al tirador que al adversario. No es que

las vea como enemigas, para nada. Por el contrario en ese momento pienso en aquel poema de *Las guerras y el amor*. Juraría que yo también estoy algo ruborizado. Según los investigadores, la feniletilamina y otros productos con los cuales el cerebro se defiende [¿…?] en este tipo de situaciones. Porque está claro el planteo de una situación. Como igual de claro —aparentemente— que me corresponde la siguiente movida.

Peón cuatro alfil rey. Pienso enseguida. El gambito de rey es una apertura elegante y rica en posibilidades dinámicas y de riesgo. Una apertura de ataque sin disimulos. Lo que elegiría un caballero deseoso de triunfar en una corte de amor. Lanzarse en una variante semejante cuando el contrario cuenta no con una dama sino con dos, es por lo menos arriesgado. Sin subir el tono y sin distender la sonrisa, digo parecen ángeles.

Los ángeles perciben de inmediato —estoy seguro— el elevado nivel de feromonas que se ha generado de golpe. Vuelven a consultarse con la mirada. Me atrevo a decir que en esas miraditas casi a hurtadillas se mezclan confusamente la sorpresa, la curiosidad y —por qué no— un inocultable agrado. Entretanto, mirando por sobre el portón —aún cerrado— me aseguro de que el resto del equipo no se halla por las inmediaciones. Más piezas negras sobre el tablero hubiera sido un tumulto en estas circunstancias.

Los ángeles se manifiestan cordiales a la espera de mi siguiente movida. El tiempo trascurrido —no tanto en realidad— debe haber suavizado algunos tonos de mi breve discurso. Aunque no por cierto su contenido. Abro el candado y me asomo a la vereda. Están quietas a menos de un metro frente a mí. Ratifico que son en verdad hermosas.

Celebro que se hayan acercado a mi casa digo. Y no creo en las casualidades. Es obvio que ustedes y yo estábamos preparados pa-

ra encontrarnos. Los ángeles vuelven a mirarse pero permanecen calladas. Sin dudas se espera un remate a mi poco usual presentación. Confieso que el silencio de las niñas me resulta por lo menos estimulante. No por aquel viejo dicho del que calla. Pero es una manera de callar y asentir que acelera una nueva emisión de hormonas. De las activas. Y supongo que ellas lo notan. Mido con cuidado las siguientes palabras. Con una confusa pero certera intuición de que estamos en el momento crucial. Un paso apresurado o la menor vacilación de mi parte darán al traste con este precioso entreacto digno de la mejor pluma.

Si se animan a donar una hora de su tiempo en pro de la salud de mi alma, pueden pasar con confianza. Estoy solo pero mis años y mi aspecto no engañan. Y además… estoy en inferioridad numérica… Se consultan en silencio. Me hago a un lado para cederles el paso. Un minuto después estamos cómodos, sentados en la galería. Me parece que un lugar al aire libre es una prudente jugada de espera de mi parte. Aquí se produce un bache. Hay una percepción de que los movimientos inmediatos son de riesgo táctico. Decido ir por las piedras.

Me llamo Grimaldo y no me agrada el trato formal. Vos sos … Paula, contesta la de cabello negro, pues a ella me he dirigido. Yo soy Rosario, marca la de cabello castaño de inmediato. Evitamos —me doy cuenta— la embarazosa ambigüedad de los silencios.

Evidentemente son ángeles. Y no podían llamarse de otro modo. Sonrío. Ellas sonríen. ¿Son adivinas acaso? No, es que se te escapó y lo dijiste en voz alta. La sonrisa de Rosario es arrolladora. La barrera está salvada.

A través de una charla que se va devanando sin urgencias y sin sobresaltos, me entero de que no viven lejos y no tienen apuro. Al menos nadie les controla los horarios. Rosario 26. Paula 27. Les gano

a las dos juntas. Sonrisas cautivantes. Parecés muy joven. La caridad no las obliga a tanto. Más sonrisas. Irresistibles. Les propongo un trato. Suspenso. ¿Sí? Les pregunto lo mínimo para romper el hielo y después me preguntan absolutamente todo lo que quieran. OK.

Las interrogo sin resguardos pero sin maldades. A una y otra cada vez. Así registro que Paula es licenciada en letras, hija única y en no muy buena relación con sus padres. Rosario ha dejado derecho en segundo año, son tres hermanos —ella la menor— y le hacen la guerra por su actividad pastoral. Acoto que lo de pastoral me sobresalta. Acaso por la obvia asociación con ovejas y lobos. Se ríen con ganas. ¿Sos peligroso? La pregunta viene del lado de Paula, suavecito y cabeza gacha. Peligroso para mí mismo nomás, me apresuro. Soy demasiado sensible para ser peligroso. Hummm. Lo juro. Pero tengo que confesar que el cabello oscuro y los ojos claros me pueden.

Se observan mutuamente. Los ojos de Rosario son gris claro. Los de Paula verdosos. Ríen a dúo. Una belleza. Sos un seductor. Todo lo contrario. Demasiado tímido, nada más que eso. Nuevas sonrisas. Realmente me dan confianza. A partir de aquí la conversación se dispara. Las preferencias de cada cual. Música. Algo de deporte. Poco de verdad. Libros. Un toque de pintura. Bastante acerca de viajes. Conocen bien el país.

Mi mano derecha se desliza con toda suavidad por la espalda de Rosario. Percibo el contenido estremecimiento a través de la remera delgada. Hablamos del mural de Siqueiros. Paula me mira arrobada y permite que mi otra mano le ciña los muslos. Su respuesta es quieta y cálida. Saltamos a Piazzolla. No tienen una opinión formada, algunas cosas les agradan, otras no tanto.

La piel de Rosario debajo de la remera es una seda ardorosa. Ya he notado que no lleva puesto nada más. Desde Piazzolla cualquier salto es riesgoso. Una de ellas menciona a Milan Kundera. No

lo he leído. Mi franqueza les agrada. La falda de Paula cae con displicencia. La naturalidad es inocente y turbadora a la vez. A los tres nos agrada la lectura desordenada.

Me vuelvo hacia Rosario. Una boca entreabierta me ofrece humedades impensables. Paula se refiere a Modigliani —creo— de un modo entrecortado. Sus dedos me recorren con avidez. Caemos con los ojos cerrados en un sopor restallante. Con una sensación cegadora de haber puesto la sangre y las respiraciones al unísono.

Un par de palomas y unos cuantos zorzales picotean el pastito a nuestro alrededor. Sin curiosidad. Sin apuro. ▮

Ojos al pie del árbol

Acostarse más temprano para despertar cada mañana un rato antes es una de las tantas iniciativas que ha empezado a encarar al descubrir que cada vez es más prolongada —y confusa— su charla *sottovoce* frente al espejo del baño. La cosa toma cuerpo a partir de dos circunstancias ajenas entre sí —o no tanto— pero ligadas a su emotividad reciente. Teniendo plena consciencia de que su valoración del tiempo es por lo menos resbaladiza, reciente puede significar diez años o cinco segundos. Einstein ha dejado surcos en uno de los costados más delicados de su cerebro, aunque ya no se siente capaz de precisar si en la proximidad de la cisura de Silvio o el canal de Rolando o más bien arrimándose a la cisura calcarina. Quizás en el hipotálamo. Uno de esos surcos se relaciona con un feo hongo de humo negro. Otro con un examen de epistemología (de la ingeniería química) durante el cual, en el afán por escapar del vértigo que le suscitan los entornos de la filosofía, ha elegido permanecer callado acerca de la teoría de la relatividad. Silencio que le ha representado un aprobado caritativo más un monólogo magistral del doctor Gustavo Fester sobre el tema. Uno de los accidentes que ha afectado entonces esta emotividad relativamente reciente, es un mail de Clara en respuesta obvia a otro suyo anterior, en el cual ella declara con acentos balsámicos que desconocer uno su propia imagen ante el espejo o sorprenderse por detalles (menores) del rostro es una prueba sincera de supervivencia. O algo así.

Y el otro se podría decir que acaba de ocurrir, si decirlo de este modo no conllevara el riesgo de que un lector avieso —todos lo son al fin— apuntara que “acaba de ocurrir” es una petición de prin-

cipio por lo menos tramposa desde el momento en que mezcla de modo nada claro al autor con el protagonista. El hecho en sí es otro mail proveniente de Méjico, en el que Mónica hilvana con dulzura la ríspida cuestión del vello indisciplinado y las canas (prematuras como es de rigor).

Termina de encender la compu y empieza a leer el correo, no en orden de llegada sino por orden de interés. Tarea ardua teniendo en cuenta la habilidad que los generadores de *spam* han llegado a desarrollar en el afán de poner delante de nuestras narices remedios infalibles para elongar el pene, vencer la timidez, ahorrar en el papel del fax, adquirir psicofármacos sin receta o acceder a las mejores vacaciones de la vida en las islas Maldivas.

El correo de Mónica lo empieza a leer mientras la lista sigue bajando. Piensa en las casualidades. Es decir apunta a causalidades. Porque están por el medio uno anterior de ella con detalles desopilantes acerca del *backstage* hospitalario y otro de él copiando un poema que piensa proponerle traducir al inglés para publicar ambas versiones en *Voices in Wartime*. Es evidente —entre líneas— que también a Mónica le preocupa, en alguna medida imprecisa, la fidelidad de las imágenes. La correspondencia. La coherencia.

Ahora —es decir al rato— se encuentra sentado con su té y un bizcocho de cereal analizando la cuestión de los espejos. La vista y la mente vagando por separado. Un punto luminoso en la puerta de la heladera atrae su interés. Una luciérnaga que no titila aunque sí encandila. Cambiando el ángulo de observación comprueba que el punto de luz sigue allí. Lo confirma tras un leve sobresalto. No por el inocente bichito de luz obvio. Es que aún no ha borrado el tema espejo. Y sumar espejo a punto de luz ubicuo lo zambulle en Borges y zás… en el aleph.

Tan temprano y ya en pedo mi general. Pero es té sin trampas. Sin azúcar siquiera. Y si insinuara desconfianza hacia un inocuo bizcocho, cualquiera tendría derecho a dudar de su cordura.

Cambia otra vez de lugar nada más para ratificar lo acertado de su percepción. Se levanta con cierta inquietud para aproximarse a la heladera. Decisión sensata que le hubiera evitado asociaciones incómodas, pues al acercarse descubre que se trata de un imán Papá Noel —o Santa Claus, da lo mismo llegado el caso— adherido a la puerta y pisando el almanaque de La Hispano Argentina (panadería y confitería). Y el brillo sospechoso no proviene sino de un pedacito de mica pegado al algodón de la manga de Santa.

Una paz inefable lo invade al hacerse cargo de que el viejo hubiera podido escribir esa joyita a partir de una torpeza perceptiva, justificada por otra parte por la ceguera casi total para entonces.

O sea asume con la mayor naturalidad posible el hecho de que ahora bien le cabe a él escribir su propio aleph, a despecho de las evidentes desventajas frente a un autor famoso (y muerto) y una obra consagrada. Pero también conoce lo veleidoso de la fortuna y la versátil calidad de la inspiración poética, consideraciones ambas que lo empujan sin compasión por el camino de la disciplina y el cilicio. La letra con sangre entra. Y suele derramarse con ayuda casi siempre de un disparo prolijo o una razonable puñalada. Mediando escasez de recursos, serviría llegado el caso hasta una hojita de afeitar.

Como paso inicial para reescribir un texto ajeno —sobre todo siendo famosos texto y autor— le parece evidente la necesidad de adentrarse de nuevo en sus vericuetos. Accidentes topográficos que suponen necesarios tropiezos semánticos, ineludibles trampas sintácticas y la maraña de solecismos, anacolutos y el sarcástico oxímoron que —se asegura al cabo de una octava o novena lectura— reconvierten la presunta linealidad en un fárrago de encrucijadas y desvíos

menos sorprendente que peligroso para plagiarios desprevenidos y más vergonzoso que previsible para la rara categoría de adeptos que —teniendo formación y cualidades para hacerlo— se abstienen con voluntaria donación de la módica tentación de seguir —intentar— itinerarios personales, amparados en el socorrido *nihil novum*…

Dirigiendo la intención contra la sonrisa burlona en el azogue se extravía una y otra vez en la enumeración de datos y circunstancias que la vanidad amontona y la racionalidad disipa según el aserto de Pauwells en el sentido de que toda percepción sensorial genera registros imborrables —omnipresentes— y la desangelada advertencia de Korzibsky de que el mapa no es el territorio. Peligrosa ecuación de cláusulas que una opinión ligera declararía excluyentes, de no mediar la consideración de cuestiones asimismo si no relevantes al menos pertinentes. Entre otras, el destino último de las paralelas en las geometrías no euclidianas. La refutación del Principio de Incertidumbre de Heisenberg formulada —tardíamente— por Einstein (referido lo de tardío a que ni la claridad de Albert ni el tesón de Fermi ni la reticencia de Oppenheimer llegaron a tiempo para desarticular el hongo). O el camino propuesto por Huxley para la asunción al enésimo cielo por la vía —oral o endovenosa— de las silocibas, el peyotl, el mescal o el moderno crack. *Nihil novum,* obviamente.

Un mensaje, alguna advertencia, cierto críptico comentario parecen anidar tras la superficie pulida del espejo. Inocente en sí misma, si no conllevara la esencia de los múltiples —innumerables— espejos que fueron, son y serán en el universo y en el cúmulo infinito de inabarcables galaxias. Lo cual supone declarar que el rostro que devuelve su mirada con una mezcla de piedad y simpatía refleja su propio rostro pero igualmente el de aquella zigana vieja acunando sin lágrimas un feto a la puerta de la ciudad de los perros de oro. O el de la macchi cuyos conjuros volaban al encuentro de las carabelas en un

esfuerzo supremo —y también inútil— por atemperar el desembarco de los barbados arcabuceros con los crismones y sus cabalgaduras y los perros. Y aun aquellos que deambulaban por el fondo de un río muy ancho, desnudos y despeñados desde un olimpo violento, con las filiaciones y sus ojos devorados por los peces.

En un instante que se agota en sí mismo pero a la vez incluye e involucra los incontables —muchos por cierto— años, días, minutos y segundos de su vida ¡salve, oh viejo querido Whitman! atina a vislumbrar un amanecer entre pelícanos y gaviotas de apetito desvergonzado en el muelle de pescadores de San Antonio al borde del Pacífico y un ocaso en Taormina acudiendo sin remisión a bordo de la goleta de velas negras que lo espera para partir —desnudo y ligero de equipaje— apenas pisar el puente. Escuchando una melodía a la que confluyen sin escándalo cierta sinfonía de Dvorak compartida con Pepe un sábado cuajado de ausencias y aquella marcha nupcial a la sombra de una capilla de los padres escolapios. Saboreando la miel acalorada de los primeros besos y un único poema premiado que Raúl dispusiera con sus moselas y aquel fuentón de ostras a modo de epitafio. Presintiendo a sus espaldas el despliegue de la kundalini en efusión de vértebras y semen. Y el picor de la mirada y los dedos neumáticos de Katja. Aspirando el violeta de la cabellera y el impudor del caracol y las anémonas que Clara abandonaba al costado del agua en los confines de la tarde y el aroma a canela y vainilla en rama del arroz con leche de la abuela.

Ars longa vita brevis. La cita convoca el rictus de una sonrisa, bienvenida menos por su carga augural que por su posible condición de hipótesis sobre la cual fundar acciones inmediatas. Dios sabe en virtud de qué caprichosa asociación, el concepto de brevedad se equivale en su entendimiento al de levedad. *La insoportable levedad del ser*, le sopla al oído el diablillo de sus mortificaciones.

Delito y pena pueden ser leves. Culpas y arrepentimiento jamás. Aun cuando medien los ungüentos de la confesión y la penitencia o los placebos de la siquiatría y el análisis. Solo el fuego cauteriza. Solo el agua limpia. Solo la sangre redime. *Sanguinis que pretiosi*.

Sabe —presiente— que un recurso acaso eficaz para eludir el desenlace de eventos enedimensionales recurrentes en un epílogo aborrecible es acceder a un universo de (N+1) dimensiones o degradarse a otro —inferior— de (N-1) dimensiones. Seducido por la falacia que implica el sustituir acceder por ascender, razona (errando) que el proceso de degradación, basado en un criterio de sustracción, tiene como resultado inevitable, no importa cuán alto el valor inicial N, la nulidad al dar —paso ineludible— a N el valor 1. Silogismo cuyas cláusulas equívocas hubiera sorteado con holgura de comprender la índole de las circunstancias implícitas en la cuestión del espejo. El cotidiano adelanto-atraso de sus hábitos de sueño es ya en sí mismo un proceso aritmético de ascenso-descenso. Y —más importante— en ese juego de imagen real-imagen virtual en el cual uno se involucra al abrir los ojos delante de un espejo, la realidad y cualquier sistema de descripción de la realidad ingresan *per se* a un código de trascripciones y equivalencias no por obvio desechable, según el cual —por ejemplo— avanzar es retroceder, adelante es atrás, derecha es izquierda y adicionar debe ser necesariamente sustraer, etc. En un instante —fugaz en su eternidad— presiente la irrisoria pretensión de inmortalidad expuesta en la concepción misma del diabólico artefacto. No reconocer su imagen reflejada en el espejo significa apenas —y nada menos— que todo espejo miente.

Todo espejo es por su naturaleza una interfaz concebida para entablar con el condenado —ahora se hace cargo de su condición— una dialéctica de más bello/menos bello (en el límite bello/feo), grue-

so/delgado, liso/rugoso, avance/retroceso. La mayor (o menor) precisión o finura de la superficie depende solo del material, del grado de pulimiento y de su estado de limpieza y conservación. Y determina que lo que un espejo de alta calidad resuelve en diez —o cien— etapas, uno basto lo realice con una rudeza atroz de una vez y sin atenuantes.

En ejercicio más de vicios académicos que de una perdonable curiosidad, se pregunta hasta dónde la planitud de la superficie azogada atiende a circunstancias geométricas congénitas o deviene —por el contrario— de suposiciones *ad hoc* instaladas por su propia visión supuestamente binocular, presuntamente emétrope, libre de aviesas discontinuidades refractivas. Entonces el objeto interrogado no es ya la luna plana biselada sino una calota esférica de apariencia opalina, por instantes cóncava pero asimismo convexa, de suerte que al cabo de un lapso impreciso termina por ignorar si él mismo es el yo que observa desde afuera ese microcosmos convexo o un yo otro prisionero en la concavidad de una esfera que lo contiene y fagocita. Intramundo en el cual conviven —subsumidos y diferenciados a velocidad lumínica— sus gametos parentales, una blástula fruto de reciente concepción, el lactante seducido por el primer dulzor de unos pezones acuciantes, el niño caminando descalzo sobre sus miedos primigenios, el adolescente acosado por la exigencia del tránsito a un segundo pecado original. La serie en fin de estampas y litografías encaminadas a esa figura cabizbaja centrada en relieve en una moneda cuya denominación y fecha no logra descifrar. Hasta la viñeta terminal, ese rostro descarnado orlado por la inscripción premonitoria. Fui lo que tú eres, serás lo que yo soy.

La ocasional herramienta va trazando sin urgencia grafías y sentencias. Imprimiendo en su frente y en las mejillas un sura de al-Qurham. Tallando cifras rúnicas y caracteres cuneiformes en el men-

tón y alrededor del cuello. Deletreando mantras védicos y una octavilla cirílica en el ecuador del pecho y un extenso himno celta entre el abdomen y las ingles. A lo largo de los brazos se desenvuelven en trenzas verticales unos glifos demóticos y las piernas se bifurcan en sendas estelas kechuas. Un rojo ceremonial expande sobre el piso del baño la geografía del silencio.

En algún espacio lejano —o infinitamente próximo— los ojos de un ciego que se parece con una insolencia atroz a Borges parpadean casi sin ironía. Ciego y desnudo, encadenado a las estanterías de una biblioteca interminable. O a la estaca que tornaba infeliz la existencia y vanas las expectativas y la falible lealtad del perro de Ulysses. Acaso a la roca inmemorial a la cual lo sometiera sin inocencia, al descubrir —ratificar— que a despecho de sus ordenanzas y las más detalladas prohibiciones aún añoraba saborear los frutos del Árbol, un otro uno que también pareciera tallado a semejanza de un ícono no imaginable. Un pantocrator resplandeciente de dientes y de escamas, encadenado por sus propios anillos al tronco de un peñasco inabordable, plantado en medio de esa niebla diestra en desdibujar las riberas del huerto y prometer las inmediaciones de la nada. ▮

Casta diva

Tempra, o Diva,
tempra tu de'cori ardenti,
tempra ancora lo zelo audace.
Spargi in terra quella pace
che regnar tu fai nel ciel.

V. Bellini: *Norma,* acto I.

El silencio y la apariencia de soledad son engañosos. Tanto como la oscuridad. Puedo haber perdido ese resto de percepción que a veces se lleva consigo el último trago o un porrito, mientras vuelo a encerrarme en el baño para dejar correr por las rejillas lo que se puede liberar. Y empaquetar bien atado y con moñitos lo que sabés que se te va a quedar pegado a la piel y al alma por más champú y agua calentita y desodorante que te metas. A veces esnifás con demasiado entusiasmo. También puede ser el coletazo de la pastillita celeste o la oblea rosada. Nunca sabés. El absynthe te puede dejar —si no estás acostumbrada— una resaca más jodida aún. Está todo bien.

Casta Diva, che inargenti / queste sacre antiche piante, / a noi volgi il bel sembiante / senza nube e senza vel. Lo que ocurre cuando el barco se separa de la panza del muelle hasta que pega la vuelta y alguien arroja a tierra los cabos que te reatan a la realidad, no se puede recordar. Lo que una no recuerda no lo puede nombrar. Lo que no se nombra no existe. Lo que existe es un sopor de cuerpo relajado con todos los circuitos desconectados. Que el relajamiento sobrevenga tras haber corrido al trotecito los cuarenta y dos kilómetros que unen la llanura de Marathon con la Acrópolis o porque te subieron entre varios flacos a la terracita del obelisco y se pasaron toda la noche cogiéndote de a dos en fondo y haciendo *jumping*, no tiene de-

masiada importancia. A vos te tiraron dos o tres veces. Mientras dos de los flacos te encajaban los arneses uno te daba de adelante y otro de atrás y vos estabas en la gloria y tus ayes de placer se deben haber escuchado hasta en Recoleta. Sentías que en tu vagina navegaba una serpiente inquieta buscando el camino hacia tu garganta y te acordabas de aquella otra primera vez. Pateaste en tantas oportunidades los papeles del escritorio y los archivos y las cajas con fotografías, que no podrías asegurar si era aquella noche en el Ñandubaizal bajo la luna de sagitario o en el hotelito de mala muerte a la vuelta del Spinetto bajo la quemazón de capricornio. Acaso —como cuando soñando te metías en un sueño adentro de otro sueño— en alguna playita solitaria a orillas del Jordán o en una islita perdida del Egeo. Siempre te tiraron los grecios, flaca. Debe ser ese prejuicio de los rubios de ojos azules musculosos y fortachones capaces de correr con vos en brazos desde una calle cualquiera de Once hasta zambullirse en el agua tibiecita de Buzios y hamacarte sobre su verga enardecida al compás de las olas. O morochos de ojos verdes.

El correaje y los arneses siempre te pudieron ¿te acordás? También las botas tejanas. Ese olor mezcla de cuero mojado y de incienso o cualquier otro sahumerio afrodisíaco que se va juntando con el olorcito alcalino del esperma que te chorrea por los labios entreabiertos en el éxtasis del masymás y entre los muslos casi insensibles ya por los acosos de la cabalgata interminable. Un olor que se va enroscando despacio con el olor del macho que clavándote las rodillas en la espalda te empieza a pegar suavecito con las puntas de plomo del gato negro y va a terminar apretándote la cara contra la almohada o el colchón mientras con la otra mano te sacude sin asco lomo, nalgas y pantorrillas. Pero eso fue al comienzo, claro. Cuando tenías que cerrar los ojos y apretar los dientes para no poner cara de sacame las zarpas de encima viejo degenerado porque el viejo degenerado te iba

a dejar los mangos arriba de la mesa y correrías a disfrutarlos con aquel pibe que te decía que eras lo mejor que le había pasado en la vida y que le hacías acordar a su mamá y a la sonrisa de las madonas de Botticelli y al aria de Norma.

Fuiste aprendiendo los rudimentos del oficio y hasta te jugaste con aquella morocha grandota que se volvía loca por morderte los pezones y el ombligo. Es la primera vez que recordás haber besado a una mujer con la misma desesperación con que hubieras besado el útero de tu vieja, si alguna magia te hubiera permitido volver a meterte en ese calorcito inigualable capaz de protegerte de todos los peligros y hacerte dueña de los ínfimos deseos y el amuleto contra los acorralamientos y los miedos. La morocha ponía buena plata pero no tenía límites y puesta a morderte y arañarte era una fiera revolcándose en medio de la selva. Una selva de perfumes y sudores era su cuerpo espléndido que un día empezaste a mirar con otros ojos y entonces dejaste de lado los brazaletes y el dogal y te le tiraste encima y le aplastaste las tetas con tus tetas y sus labios con tus labios y se mordieron las lenguas y sentiste la explosión de los clítoris encabritados y el estruendo de sus orgasmos y el aullido de las demandas imperiosas y el agónico murmullo de tus ruegos. Nunca vas a olvidar la estridencia de su risa y el desprecio de su mirada cuando te hizo a un lado para meterse en el baño mientras vos llorabas como no habías vuelto a llorar desde la mañana de tu primera comunión. Pero ahí empezaste a conocer la delgadez del puentecito que separa el odio del amor. Mientras la dominaste y la castigaste era toda tuya. Cuando te entregaste y le suplicaste se rio de vos.

Sos una ninfa barata disfrazada de gatúvela masoca, te escupió con rabia. Para sádica no te da el físico ni el cuero. Siempre te vas a tener que conformar con personajes de segunda y con bolos insignificantes. La rabia de ella se hizo rabia adentro de vos y juraste ven-

garte. Sin tener muy en claro de quién ni por qué. Y vino la historia de aquel pibe hemipléjico. Un hermano mayor te pagaba para que lo entretuvieras contándole historias de amor. Y jugaban a que te desnudaras frente a él y te pusieras a horcajadas sobre su cara y sentías la desesperación de esos labios babeantes y la lengua exangüe que te rozaban apenas la vagina y te dejabas chorrear sobre él divirtiéndote ante la percepción de su impotencia por un dolor que ni siquiera encontraba un consuelo ni vías de expresión. Tu última maldad fue abrirle una tarde la bragueta con tus ojos clavados en sus ojos. Que eran la sola parte viva de ese cuerpo muerto. Pero esos ojos te rogaban, te pedían, te suplicaban. Un pene pobrecito y lamentable como todo él. Tus dedos sabios lo hicieron crecer como nunca se hubiera imaginado. Lo acariciaste con una mejilla. Después con la otra. Con el mentón. Siempre mirándolo fijo. Esos ojos saltones implorando humedecidos te excitaron y te enfurecieron. Nunca vas a poder, le susurraste. Nunca vas a saber lo que es meterlo en una vagina. Es un pedacito que no sirve para nada, como vos. Y apartándote para que pudiera verte bien, te empezaste a masturbar sin apuro, mirándolo siempre a los ojos. Cuando el hermano entró para pagarte, se hizo cargo de un vistazo de todo lo ocurrido. Lo viste echar llave a la puerta. Lo viste desvestirse sin decir palabra. Lo viste acercarse a vos, acurrucada en el piso. Sentiste el tirón violento cuando te agarró de los cabellos largos enruladitos. Dejaste que llevara tu cara a sus ingles sin la menor emoción. Porque toda la emoción y toda la furia del tipo estaban concentrados en su miembro. Una pieza de anatomía impresionante que de repente te hizo olvidar del susto y del remordimiento. Sentiste que tenías que jugarte. Unos cuarenta años y un físico muy bien trabajado que te aseguraba una paliza como nunca soñaras, en cuanto te pusieras difícil. Capaz incluso de liquidarte.

Le pasaste la lengua por las rodillas, deteniéndote en los pliegues posteriores cuya sensibilidad conocías por experiencia. Estabas ahora detrás de él, que te dejaba hacer en silencio, con las piernas abiertas y afirmado al piso, manos a la cintura. Deslizaste con suavidad las yemas de tus dedos por el interior de sus muslos y las uñas por la piel endurecida del escroto, apretándolo con suavidad, mientras tu lengua iba subiendo por sus muslos y las nalgas enjutas. Las fuiste entreabriendo sin apuro y tu lengua fue navegando el perineo y rodeando un esfínter que crecía y latía a compás de la caricia. Presintiendo que lo tenías ya medio noqueado, mojaste el anular en tu vagina que ya se derretía y te apoderaste de ese ano palpitante. El tipo era un terremoto de contradicciones, entre el macho sorprendido en *offside* y el andrógino entregado al goce de sus ratones.

Cuando percibiste que ya no estaba en condiciones de exigir nada, volviste entonces al garrote indescriptible, poniéndote de lado para que el paralítico no se perdiera detalle. Y ahí sí lamiste y apretaste y pellizcaste y bebiste hasta sentir que el glande a punto de reventar pasaba a través de tu garganta y vos clamabas para que siguiera camino bendiciendo y destrozando todo a su paso como un huracán de semen y de agua celestial.

El negocio del show con la música y los cepos y los decorados truculentos y los látigos vino poco después. Cuando te diste cuenta de que apenas habías metido la puntita del pie en un mundo que tantas veces imaginaras sin tener una noción exacta de sus inalcanzables horizontes.

Ahora sé cómo es la cosa. Estoy de vuelta del asco y de cualquier descubrimiento y de la consciencia absurda de que el dolor y el sufrimiento son dos de las tantas caras del amor y que el amor y el éxtasis son dos de las tantas caras del ridículo y que el ridículo y la frustración son dos de las tantas caras de la necesidad de sentirme vi-

va aunque sea en ese fugaz instante en que una no es nada porque nunca fue nada porque nadie te dijo que fueras importante salvo en el espacio efímero entre el primer beso y el orgasmo.

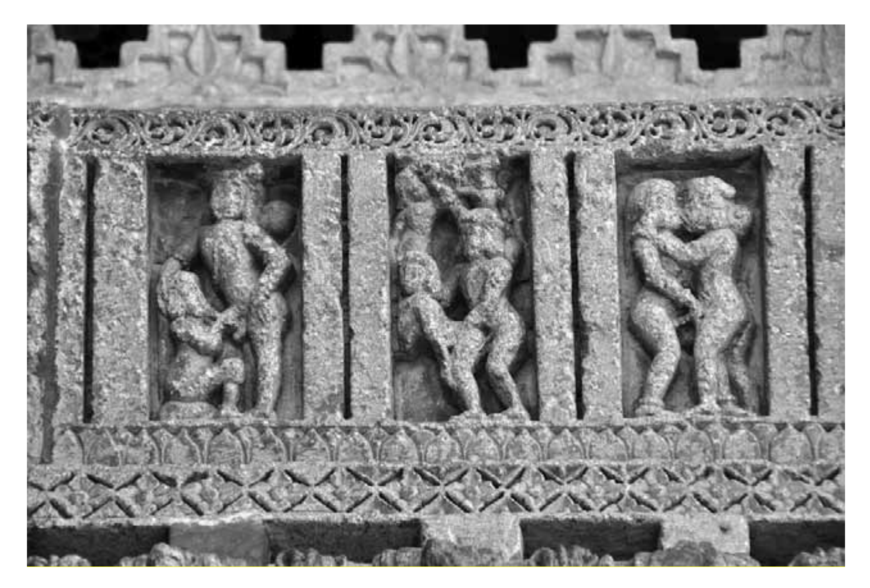
Haber sobrevivido a los ataques de una homo que se jactaba de que nadie la aguantaba sin pedir misericordia o darle con alma y vida a un loco con tubos de estibador que solamente eyaculaba con el cuerpo lleno de moretones y el cuello mordido hasta casi la hemorragia y la espalda cuarteada a lonjazos no fue para vos sino el arranque de un camino hacia no sabés dónde ni te imaginás para qué.

Ahora sos una profesional independiente y pudiste montar tu negocito al margen de la gorda que además de gorda era lesbiana y aparte bisexual y nostálgica tirando a melancólica y amén de mirarte como asociada, te relojeaba con los ojitos brillosos y unas ganas bárbaras de contarte las costillas. Conseguiste —haciendo malabares— alquilar el piso de seis ambientes que soñabas y tenés una pendex que labura de recepcionista y en los ratos libres te viste y te desviste y te masajea con aceites aromáticos y se ocupa de los pebeteros y el sahumerio y de lustrar las cadenas y los arneses y los brazaletes y las bragas. Tenés sobre ella ese dominio que dan el training y la intuición. Y te seduce el perfume a jazmines de su vulva adolescente y la sensibilidad infinita de su botón que te enloquece provocar y rejonear mientras ella se desliza sobre tu vientre en busca de tus ávidos refugios hacia los que avanza con torpeza y grititos de deleite. Algunas veces hasta le permitís que te ate y te amordace para probar en tu piel que todavía arde de impaciencia, la caricia de un látigo de tientos bien delgados y obedientes o la sensación de unos guantes erizados de cerdas agresivas. Algunos clientes han empezado a explorar las delicias de un tratamiento completo a cuatro manos. Dejan buena plata. Uno de ellos casi se te muere amarrado a la cama mientras vos y la pendex, después de sacudirlo hasta tumbarlo, se dedicaban a un show de

taichi-chuan con los cuerpos embadurnados de esperma y cremas humectantes. La pendex se las aguanta cuando le toca cobrar. Y así de jovencita como la ves, te hizo descubrir las sensaciones irrepetibles del *fist-fucking*. No le hace asco a nada y seguramente está pensando cómo sacarle jugo a una webcam que tiene en la casa. Aunque para trabajar profesionalmente y encarar la edición de videos deberían instalar al menos dos en cada cuarto. Pensá en que vas a tener problemas para conseguir los partenaires. Un submundo de lúmpenes venidos a más después de unas semanas de fierros y artes marciales. Acostumbrados a lidiar con maricas y putas de todo pelo y marca. Generalmente sádicos pesados. Tenés la intuición de que ahí podrás encontrar buenos lomos, como también tenés bastante claro que son vos y la pendex las que pueden terminar curtidas a lonjazos. O estranguladas. Digamos versiones modernas —posmodernas— de algún cuento de Quiroga o de Bierce o de Bergman.

No creo poder recomendarte ningún procedimiento confiable de búsqueda. El rubro 59 tiene todas las ventajas del ecumenismo, pero también todos los riesgos de una impunidad que miles de sicópatas no pasarían por alto. No me imagino qué temperatura alcanzarían tus emociones con un 38 largo metido en la vagina y un mono grandecito invitándote a jugar a la ruleta rusa.

Diva, spargi in terra / quella pace che regnar / tu fai nel ciel. Salí hace un rato largo de la ducha y estoy tiritando. La piel amoratada hecha carne de gallina. Me debo haber pasado una hora cepillándome el cabello y hablando sola delante del espejo. ▮



De acuerdo a las leyendas del lugar, los templos que en un inicio eran 80, hoy solo quedan 22, fueron creados para enseñar el Kamasutra a las nuevas generaciones, pues las murallas que los rodean tienen esculturas de pasajes sexuales, animales y vegetales. Sin embargo, existe otra versión de que los templos muestran el amor entre el dios Shiva y su amada Parvati.

Uñas recortadas

Aquí me pongo a cantar / con cualquiera que se ponga
la mejor, la gran milonga / la que se ha de perpetuar.

Almafuerte: *Milongas reas*

Nadie quiere largar prenda porque vos sabés cómo son estas cosas, una cuestión lleva a la otra y palabra va palabra viene nunca falta un boludo que le tocaste un tantito así el culo y ahí nomás revolea la media. Y Cachito así cachuzo como quedó desde aquella vuelta hace casi veinte temporadas que un barra lo tiró desde arriba de la popular de Independiente por gritar el golazo de Espina haciendo ademanes —ya sabés cómo fue siempre Cachito— todavía te la manda a guardar si te pesca en *offside* porque tiene una memoria de elefante y una lengüita que agarrate. Claro que todos tenemos nuestro lado flaco y vos sabés que acá en confianza el más lerdo se coje un avestruz al vuelo. Nadie se olvida de una noche bien de invierno que aparece uno de la directiva ya finado y entre ginebra y ginebra le suelta a Cachito como cosa entre nosotros, bien de hombres mirá Cachito me parece que soy cornudo. Pero sacate eso de la cabeza hombre, le suelta el animal lo más fresco y se le caga de risa en la cara.

No tiene límites Cachito. Siempre fue medio zarpado pero desde la caída se puso más jodido que mono con navaja. Y se aprovecha de su debilidad porque sabe que si le metés una piña vas en cana con agravantes.

Dos o tres gatos que lo siguen a todas partes son su única familia. Por esas cosas de la vida que alguien hasta podría confundir con piedad o caridad, alguien de la directiva arregló hace ya tiempo que a cambio de aumentos cada vez más resbaladizos Cachito se aco-

modara en un galponcito donde se van amontonando pelotas, raquetas rotas y redes de vóley en desuso, al fondo de la cancha. La verdad, un rincón del estadio al cual no llega ni la gente de seguridad.

Aprovechando rezagos y material de desarme, el hombre se fue organizando su pequeña comodidad, primero un catrecito, después una mesa con un par de tablas, una repisa y hasta un modesto armario. Casi un hogar para él y su rebaño de gatos.

Orgulloso de su virilidad el hombre. Dicen las malas lenguas que antes del accidente andaba siempre arrimado a los vestuarios de las minas y no perdía oportunidad, si una pendeja lo miraba dos veces le soltaba de una soy bombero vení nena que te enseño la manguera. Un par de veces casi lo agarran con las manos en la masa, decí que las viejas prefieren hacerse las boludas para que no les escrachen a las nenas. Pero no tenés más que meterte en los vestuarios y vas a ver que hasta los aguateros se conocen marca y color de las bombachitas de más de una de estas chitrulas. Nadie puede tirar la primera piedra y Cachito especula con eso, porque estará medio destartalado pero no come vidrio. Si tenés novia o hermana o una hija, no le vayas a buscar la lengua porque te incinera a los gritos delante del que cuadre y encima te desafía a que desparrama por toda la tribuna las fotos de tu mujer en bolas.

El último raye del quía es andar todo el tiempo mangueando alicates de esos que usan las manicuras y escofinas para repasar las uñas. Igual las uñas las sigue llevando largas y desprolijas por no decir medio mugrientas, por lo que todos pensamos que debe ser una nueva, como cuando le agarró la manía de juntar tarjetas y carteritas de fósforos de hoteles alojamiento. Nadie se animaba a preguntarle de frente porque como es así zarpado es capaz de largarte cualquier verdura y la verdad en el fondo todos le tenemos lástima y se trata de que la sangre nunca llegue al río.

Pero se fueron juntando cosas, nada del otro mundo no vayas a creer, esas pequeñas anormalidades que en medio de esta rutina de planillas y estadísticas uno las recibe como agua bendita. Dejó de asomar sus narices fuera de la cueva por un par de días. El miércoles se planta en la entrada de vehículos una unidad del SAME y una vez identificado el paciente se mandan hasta el galponcito al fondo de la cancha. Cuando nos avisaron de portería dos o tres corrimos para allá pero a mitad de camino ya salía la ambulancia echando putas. Como no somos familiares, nadie nos dio bola por esa historia de la privacidad y la ética. Por teléfono lo habitual, primero pronóstico reservado, al otro día que estaba hemodinámicamente estabilizado. Y ayer lo trajeron de vuelta.

Supongo que el bola que le pasó la alcahuetería al coronel Cañones no pensaba en otra cosa más que en hacer méritos. No podés ser tan pelotudo. Al ratito el galpón de Cachito era una romería. Previo hacer moco la puerta porque el quía se había atrancado con candado por adentro. Yo entré atrás de Pipo, mareado entre el olor a pólvora que echaba el viejo y la jedentina a pis de gato que salía de todos los rincones. Dos o tres gatos nos atropellaron en cuanto se abrió la puerta y salieron zumbando como si les hubieran metido alcanfor en el culo. Cachito completamente en bolas de espaldas sobre el catre nos miraba con cara de yo no fui. Pecho, brazos y muslos eran un solo arañazo. Un campo arado por docenas de surcos finitos ya medio cicatrizados. Y los genitales había que mirarlos con mucha atención para descifrar esa masa sanguinolenta de la cual arrancaban todos los arañazos así, como una verdadera telaraña de sangre coagulada cuyo epicentro era la famosa manguera. Tragó saliva, nos miró sin pestañear y declaró en tono solemne: ni con las uñas recortadas, de estos gatos putos no te podés fiar. ▮



Tras siglos de abandono y ocultos por la vegetación, fueron redescubiertos por el ingeniero británico T. S. Burt en 1838. Los templos se levantan en un espacio rodeado por una muralla que ocupa 21 km^2 y el exterior de todos ellos está totalmente cubierto por esculturas que representan figuras geométricas y vegetales, animales, dioses, estampas de la corte con bailes y músicos, y las muy llamativas y explícitas escenas sexuales que han dado al conjunto una particular relevancia.

Propiedad privada

Ivaí la cuadro, he'i kururu oma'ẽramo espéjope[2]

Enderezate che nico burra vieja n'desucajeta. Ahicito nomás se va esta guaina bailantera a encontrar a su che ruvichá. Y que cómo anda mi tiki y toda la vaina que se despalabra mi yaguareté más renegrido que tordo a la barbacoa con toda su pelambrera engominada para embrujar a su paraguayita que le ama. Y qué no si apenas mi mulato dentra a zangolotear al son del Ezequiel me repite que le calienta mi piel y este negro sinvergüenza entra a meter mano y la guaina siente ese cosquilleo hasta en la rabadilla.

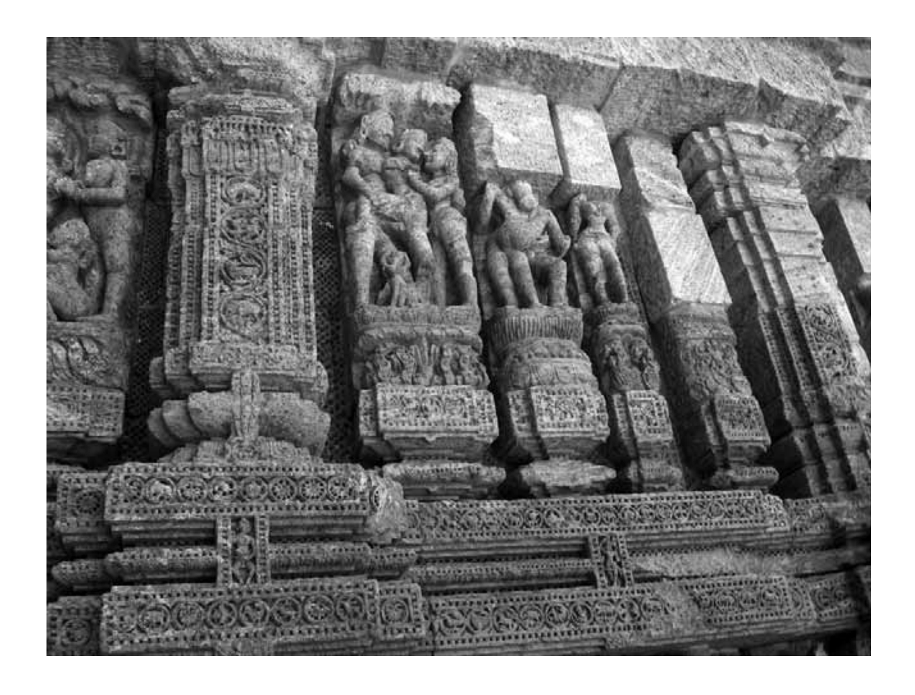
Pero bué… dejá nomás che que ahorita se trata de que se me despierte la patrona no me la voy a dejar acá tirada. No tuve que levantarle mi mano pero qué joder ninguna paya reputona me lo va a engolosinar a mi negro enseñando las ubres y meneando su culo que para eso me tiene a mí el negrito bailantero.

Fue tatita que me iluminó cuando esta hija'eputa le pidió a mi negro que la ayudara con el jardín y me mandó al super y a la farmacia y ya no me acuerdo adónde más cosa que no volviera hasta las quinientas. Menos mal que le viché al vuelo que le refucilaba la cachucha por apretárselo a mi negro y ahí nomás pegué la vuelta al llegar a la esquina y la agarré mamando la tarasca y yo sé que no se debe alzar la mano contra los patrones ni que le cuente al padrecito Desiderio me va a revolear padrenuestros y avemarías hasta que me jubile.

---

[2] Está mala la situación, dice el sapo al mirarse al espejo.

Qué carajo el negro se hizo humo y esta vieja puta que no se me despierta y yo no sé qué hacer con este machete y este charco de sangre y la paya todavía mordiendo la tarasca, añá m' ivaí la sitú, he'i iñaka perõva ro'ýpe[3]. ▮



[3] Está fea la situación, dice el de cabeza pelada en el frío.

Programa para tu última noche de soltero

Estarás aterrado. Pero no, apenas contento, sos demasiado nabo como para saber. Te has dejado llevar. Las huevadas del *fanzine* que entretiene tus veladas en el vater. La letra de Bersuit que corean los *skins* de Pablo Nogués mientras disparan contra el coreano del autoservicio de la otra cuadra pateando el cadáver con sus zapatones alpinos antes de saquear las góndolas y escapar con los bolsillos abarrotados de galletitas rellenas y tres o cuatro birras entre los brazos después de rociar el local con kerosene y arrojar un fósforo encendido con esa sonrisa displicente de Robert de Niro que enloquece a las *ptitsas* o a cualquiera de la putitas que recorren la vereda del gimnasio de Alfredo suspirando por las espaldas traspìradas y las ingles hambrientas de los pirados melancólicos que se matan haciendo barra y pesas para disimular que están limados por el faso y las anfetaminas —ellos dicen anabólicos pero nadie se engaña acerca de esta cuestión— y a la hora de la verdad ellas resultarán una mezcla rara de frígida y lesbiana y ellos evitarán mostrarse desnudos en las duchas aunque nadie ha de abrir el fuego porque todos saben y ya se sabe que mal de muchos consuelo de tontos pero la realidad es la única verdad y abuela Macrina que decía querer es poder minga con las consejas de tu abuela cuando te diste tres o cuatro rayas ni con un guinche se te para. No acabarás de revisar uno por uno tus cajones y el cofre de los abrigos y el portafolios que dejasta bien a mano abajo de tu escritorio porque el ambiente estaba sospechoso ya por la mañana y eso que llegaste primero para evitar que alguno madrugara y ya temprano empezaran las cargadas es que vos mismo pensarás que casarse es una suerte de traición a la causa aunque nadie te supiera definir cuál es la

causa pero qué importa si el alemán murió por Alemania y el tano por Italia vos te podés morir por lo que se te dé la gana —muero por pelotudo por ejemplo— y a nadie se le va a mover un pelo menos a los *skins* precisamente porque se afeitan para que ni uno se les mueva es una cuestión de honor no tanto lo de las cabezas rasuradas sino el que no se les mueva bien que tu viejo se cagaba de risa recordando que con una buena mano de gomina tampoco se movían pero antes era distinto de más está decirlo. Ya que nombraste al viejo sin querer te podrás preguntar qué hubiera pensado el viejo un día como este que se le casa el pibe pero che quién diría cómo crecen los pendejos parece que fue ayer.

Igual te pasarás el día calculando las risotadas y las caras porque hoy precisamente hoy todos van a estar callados como en misa nada de fútbol nada de carreras nada de las boludeces del INDEC ni la movida de los chacareros ni bailando ni patinando ni nada que no sea palpitando pero no palpitando por un sueño sino esto que te pasa como si no pasaran otras cosas en el mundo. No más importantes porque ya se sabe que para vos no podría pasar otra cosa importante pero te jode que ellos qué carajo les pasa quién carajo les dio vela en este entierro pero ahí estarán con esas caras como recién planchadas —sospechosas— de bomba neutrónica *in ralenti* presta a dispararse no sabés cómo ni sabés cuándo pero serías capaz de poner las bolas en el fuego porque los conocés tan bien después de tantos pero tantos años. Una manga de hijos de puta es lo que son y cuántas veces planeaste con ellos las perradas poniendo a más de uno al borde del colapso o del suicidio ¿o no fuiste el de la idea de mandar un ataúd como regalo de bodas a aquel flaquito que la misma noche del casorio se mandó un frasco enterito de seconal? y nadie pudo averiguar quién le había facilitado la cosa porque era un fármaco de venta bajo receta archivada.

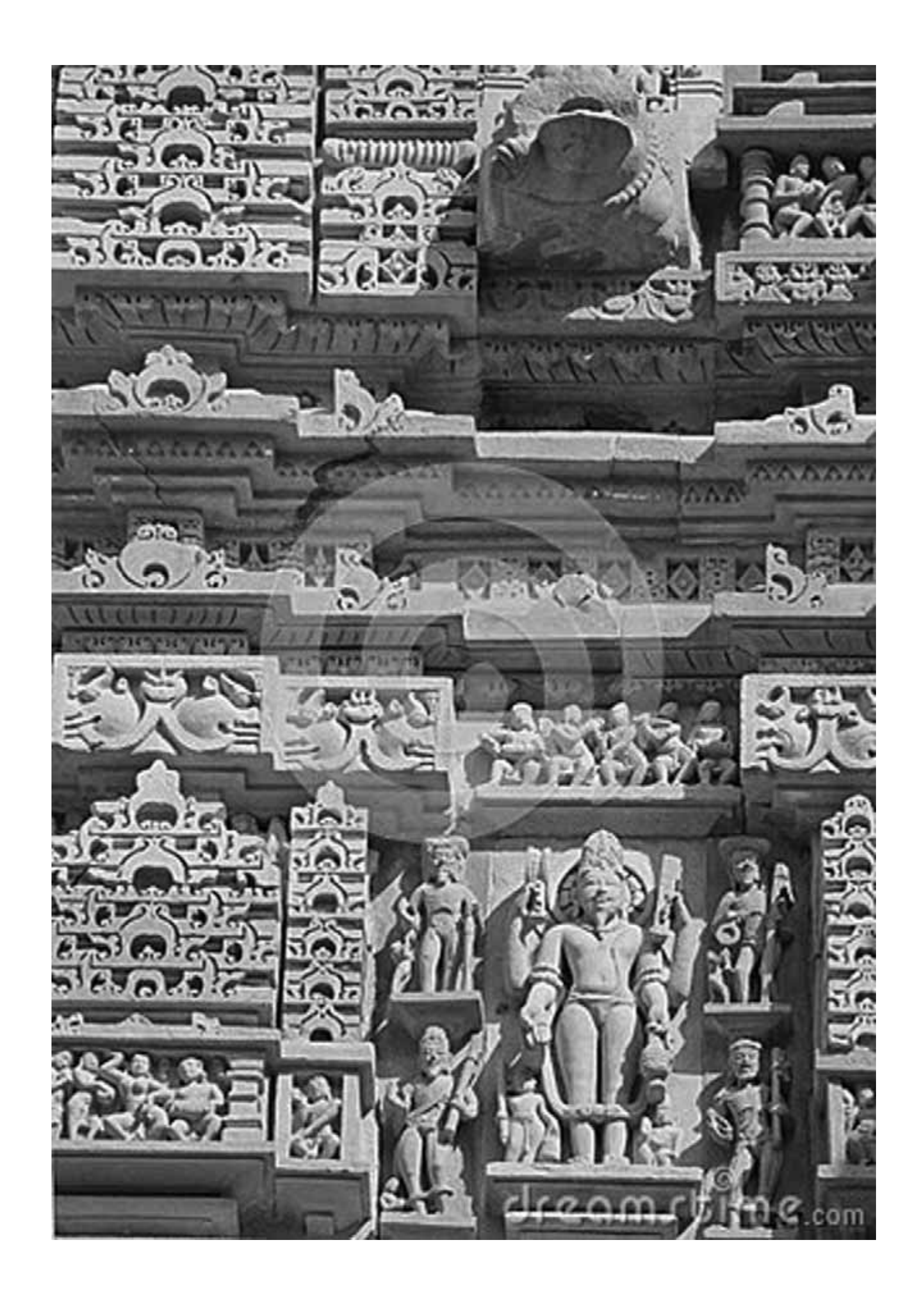
Antes del mediodía te vas a preguntar por qué no pasaste un parte de enfermo pero claro hay situaciones que no tienen fecha de vencimiento y no podrías porque no harías en todo caso sino agregar un motivo más de hilaridad al desmadre y a la desopilancia de los energúmenos. En algún momento al ir a los sanitarios te pegarás un cachetazo en la frente por no haber pensando en la posibilidad de hacer el trámite en secreto si a fin de cuentas hasta hubiera cobrado un cierto saborcillo romántico según como lo mires pero ahora ya es tarde y estarás convencido de que te venció ese afán de protagonismo tan de poca cosa tan de empleadito insignificante que encontró por primera vez en la vida la forma de salir en los diarios aunque sea una esquelita de dos líneas en un par de periodiquillos de poca monta pero estabas ahí y bien que releíste esas dos líneas como si te hubieras ganado el premio Nobel.

Y ahí vas a caer con tu camisa hawaiana y tus jeans desgastados of course y un par de mocasines que te salió un ojo de la cara pero hay que estar y tendrás que demostrar que no sos un infeliz ni un pelandrún porque todas las fotos van a circular hasta por internet y hasta seguro vas a pensar qué bárbara la idea de festejarlo en esta suite de un buen hotel que esto solo sin contar el catering habrá salido un huevo quién lo hubiera pensado de los muchachos que al fin y al cabo se ve que no son malos y pensarás en eso en lo tanto que te valoran y te quieren porque no con cualquiera y seguirás detrás de la recepcionista sigamé por favor ella adelante y vos mirándole las gambas y la puta qué colita más linda y pensarás el piso dieciocho y cuántas barbaridades que se pueden hacer en estos ascensores grandotes tapizados que te incitan pero la mina muy cerquita de tu cara te mirará sonriendo con esa sonrisita que te va a dominar y un quedate tranquilo que la fiesta recién está por empezar y vas a tener tiempo para todo tomátelo con calma y casi te va apretar las tetas contra la

hawaiana pero vas a entender que ella tiene razón y no podés dar un traspie la mismísima noche de tu despedida vas a tener que respirar muy hondo y dejar las manitos al costado soportando esos ojazos que te provocan y esos labios que están pidiendo pista mirá si esta fuera la sorpresa porque en toda despedida hay siempre una sorpresa ya se sabe como un plato fuerte y en este ambiente qué carajo quién se va a quedar corto cuando el maitre levante los pedidos. Así que sacarás la pata del acelerador y le devolverás una sonrisita canchera y confianzuda para que entienda quién maneja la fusta y quién pasará a cobrar después de la carrera / *y al final… siempre primero yo* / vas a silbar bajito sin que la mina afloje pero ya estarás en el dieciocho y la puerta del ascensor que se abre dentro de la suite y te van a matar las flores las guirnaldas los aplausos y los bajos del sistema cuadrafónico que te recibirá con un *hard rock* de varios megatones que sonará seguramente como temas de la banda de sonido de *Matinée* grabados por *Liviandad del Imperdible* hace unos cuantos años. Y ya sabés vas a tener que encarar los apretones los abrazos las risitas cancheras y entrar a darle al champú y los bocaditos mientras vas a pensar qué raro no vinieron las mujeres de la oficina en el fondo mejor porque las minas en estas fiestas son insoportables y parece que a todas les agarra el embale del casorio y otra copa esas burbujas tan fresquitas.

Un par de horas de música y bebida y estas exquisiteces harán milagros y te vas a olvidar de tus ridículas reservas y el poco vuelo de tus sospechas acerca de estos muchachos que a fin de cuentas compartieron con vos tantos miles de horas de oficina y hoy los tendrás a todos a tu lado apuntalando el paso más importante de tu vida y vas a ver que todo es alegría. Ni siquiera ha de llamarte la atención que uno por uno vayan pasando al otro ambiente detrás de aquellos cortinados y vuelvan al ratito medio despeinados subiéndose las cremalleras y diciéndote con sonrisitas bonachonas aguantate que al últi-

mo le toca la frutilla porque entre otras cosas es una fruta que a vos ni fu ni fa raro que los muchachos no lo hayan averiguado pero qué importa si los muchachos seguirán descorchando botellas y haciéndote probar el souflée de caviar y esas tarteletas de jamón de jabalí que ni pintadas para entrarle a la cazuela de pollo al champiñón y todo en medio de los aplausos y las risas y esos bajos poderosos que le pegan a *Deep Purple* como si estuvieran sonando las trompetas en el Valle y al final te harán ronda alrededor cantando a coro “le toca al macho le toca al macho” te van a empujar a través del cortinado y vas a abrir los ojos en ese ambiente que huele a sexo y a sahumerios y encima de la cama descomunal la vas a ver a ella gloriosa en una desnudez mezcla de insospechadas promesas y virginales reticencias agitando unas gasas que las dicroicas harán virar del fucsia al esmeralda acariciando el amatista y el topacio tu novia la que mañana ha de ser esposa en la cima del éxtasis murmurando dulce tan dulcemente al fin solos mi amor ahora te toca a vos. ▮


dreamstime.com

Coronación

Ay, morena, de ojos más oscuros que el velo de las parcas y pezones más dulces que el vino de dátiles. Entro en tu boca como a los desfiladeros del pecado. Y al color abierto de tus nácares y al sabor redondo de tu vientre. Te aspiro en el aire espeso de la tarde como el tigre ventea a la vera del crepúsculo el menudo rastro de la corza inexperta o la gacela ávida. Tus pechos son racimos de uva restallante que mis manos acarician y mis labios atesoran en el insonoro acatamiento del misterio. Ay tormenta de perfumes torrente de sabores menos inocentes que el balido de las cabras y el ronroneo de los gazapos. Ay redoma mujer aderezada para las ceremonias de la sangre y la ofrenda de los licores puerperales. Ay dulce virgen aguardando la precisión obnubilada de mis dientes y el fragor de mis zarpas. Respirar a pecho abierto tu aroma de mujer interminable, el proclamado canto de tus venas azoradas de urgencias y recelos. Qué insonoro Leteo qué plácido Amur Dharia sobre mi pecho penitente desbarrancan tus ansiedades y las aguas fundentes de tu impaciente acoso. Oh lúbrica inocente bestezuela hecha de celofanes y entretejidas hebras de lianas del bosque, ninfa de las oscuridades y reina de las playas solares. Cómo ignorar el persistente estigma de tus sudores y la saliva dulce que entretejen tus dientes y tus labios. Qué pulpa qué irrefrenable piel qué retensados parches tus pezones violáceos las aureolas ostentosas y el vibrato demandante de tu vientre que destroza las fronteras del escándalo. Lamerte preso de esta sed inextinguible que corroe tus orujos y deletrea sin moralejas y sin cláusulas el ansia de tus poros y la exigente venia de tus muslos, oh pérfida negrura oh ardiente contratación que impulsa los remordimientos y las culpas.

Pésame por corromperte mas mucho más me pesaría no escucharte gemir, no poseer los códigos que con impudor te sobrellevan a caballo de mis lascivas dádivas. Ciego y maldito me desbarranco en tu mirada que augura la placidez de las mañanas y el estertor de las tormentas, ay mujer racimo cántaro tenebroso donde se entierra toda la esperanza y nacen los complejos y la depredación de los divanes. Oh insaciable prostituta pérfida ramera hecha de trasparentes luces y mentirosas sombras. Dí pues qué pretendes de mí, cuál es tu premio y cuál es la demanda y el castigo. Sobornaré a los guardias y he de dar por tierra con los candados y las llaves a despecho de tu dueño y las afiladas cimitarras. A mí los esposos sin reposo y el mellado alfanje de todos tus eunucos, no bastaran las barbacanas y las torres para guardarte, dulce dueña de mis revulsivos sueños y las inconfesables fantasías. He aspirado tus uvas y mordisqueado tus corolas chorreantes de lascivos zumos y la venérea marejada te devuelve a mis playas convertida en fogoso cava que destituye mi vergüenza y rejonea mis ingles hacia el estupor de tus más secretos territorios. Gloria sea este cansancio con que la embriaguez de tus misterios recompensa mis ímpetus desalentando las contriciones y los pésame-dios-mío. Más me exigieras más me atormentara yo por escalar las provocativas aspilleras y los encendidos fosos en pro de demoler tus reticencias y aventar hacia el proscenio lo que en bambalinas me dejas entrever al revuelo de tus gasas y el torbellino de los tules. Júrame por la vida o juégate por una muerte espléndida ascendiendo en burbujas hacia el brumoso minarete donde el final aliento se derrame sobre lomas y valles torrente de borgoña irresistible, reina de los más finos caldos, cepa de las más lujuriosas zambras que incensaran mi locura y amagando verónicas y gaoneras embalsamaran el timbre de mis ayes.

Pródiga tierra abierta a mis tentáculos de arado, sed de garganta ansiando la frescura hirviente de mis licores varietales, prosti-

tuta en el templo, virgen en el lupanar, afrodita funeraria entronizada en el osario. Unicornio a galope de dianas celestiales o toro desflorando con impudor bravío las ofrendas anuales te atesoro te palpo te profano y abjurando de catecismos y constituciones sufro tiemblo hiero y el cerrojo de tu abrazo enjugo mis esperanzas y las lágrimas.

Oh diosa tumultuosa dadora de imprevisibles zumos sacerdotisa de impronunciables cultos, serpiente maga luna dueña madre mía y hermana, deja correr los huracanes y el torrontés frutal que baja desde tus párpados mezclando tus vahos ardorosos con la epilepsia de mis caderas y el sismo de mis ingles. Dulce velada diosa de las alcobas cavernarias, sobre esta inexpugnable desnudez la majestad de capricornio y la envidia lasciva de las pléyades, alellujah porque se acerca la vendimia y mis dedos hambrientos se aprestan a cosechar los pezones ingrávidos y los primeros mostos.

Después subiremos desnudos al atrio, coronaremos las penúltimas gradas y entraremos en el templo. Entro en tu boca como a los desfiladeros del pecado. ▮



Viernes on the rocks

Debo reconocer que tengo, como los tiene cualquier hombre, mis buenos y malos momentos. La honestidad ante todo. Y si alguien me apurara, me vería forzado a aceptar —como un señorito español — que pesan más los malos que los buenos. Es humano y muy normal para estos tiempos que corren. En que cualquier ciudadano se ve obligado a afrontar con más disgusto que placer los sobresaltos tributarios, las visitas de la suegra, las verónicas de su obra social, el engorro de las declaraciones de réditos, el cachondeo de los políticos, las jaquecas de su mujer, las pésimas performances de su equipo favorito, la escasez de numerario, la abundancia de vencimientos en puerta, los bodrios que te descerrajan por la TV, la petulancia del portero del edificio, las filípicas del médico, los escándalos del vecino de piso, la tragicomedia del entorno laboral y las hemorroides. Coño. Que no está el horno para bollos ni está la cosa para andar por ahí derramando sonrisas de querubín que en el momento menos pensado te distraes mirando para donde no debes y acabas resbalando en la dichosa cáscara de banana. Trato pues de no arrimar más leña al fuego y mirar eso sí por dónde camino, componiendo un gesto amable para evitar chisporroteos innecesarios. Pero con plena consciencia de que aun así el diablo se las arregla para meter su cola. Hecha la salvedad, veré de dar en un par de pinceladas un cuadro general de situación y me ayudaréis a juzgar cuánto hay de atinado y cuánto de desmesura en mis apreciaciones. Aunque con gusto pagaría una cerveza a quien lograra demostrar que el diablo, si bien no es de hacer mayores distinciones entre días hábiles y feriados, suele dedicar especial esmero a los fines de semana. Es fácil comprender para cualquier ciudadano de esta ur-

be, que el regreso a casa al cabo de una jornada de trabajo incordiosa y matizada de exigencias, órdenes y contraórdenes, críticas, amenazas más o menos veladas y quejas varias, no es en términos generales preludio de un buen momento ni el introito para un desenchufe paradisíaco. No importa lo que un buen momento pueda significar para cada cual ni qué escenografías le atribuya cada prójimo al paraíso. Hoy hemos tenido un viernes de aquellos. Estimo que muy por encima de la media. Lo cual ya es mucho decir, teniendo en cuenta que todo viernes está signado por la doble marca de inicio del fin de semana, pero también un día en que todo el mundo corre para terminar lo que ha ido postergando a partir del lunes. Nadie desea acarrear a su sábado ni a su domingo pantallazos referidos a tareas pendientes o inconclusas. Pues si bien uno tiende a justificar las faltas con aquello de que la vida es larga, los jefes suelen refutar que si Dios pudo hacer el mundo en seis días, no hay razón para que uno llegue al viernes con tantas cuestiones en veremos. Agrego entonces a la cuenta de mi fastidio los quince minutos fuera de hora en pro de escabullir en los cajones de la mesa de trabajo cualquier vestigio de ineficiencia que pudiera opacar la gloria del fin de semana con su picor inoportuno. El atasco del tránsito porque casi todo el mundo abandona la zona céntrica a la misma hora y preso de una urgencia suicida por llegar a casa unos minutos antes. Y casi con seguridad una demora adicional porque pareciera que todo el edificio está estacionando en las cocheras en el mismo preciso instante en que llegamos derrapando sobre nuestros propios apuros. Demora que culmina en colas desoladoras ante los ascensores, por las mismas razones. O sea, llegaré a nuestro piso con un humor de perros. Rumiando por un lado mi impaciencia y por otro analizando hasta dónde vale la pena tanto alboroto y si no sería más sensato disponer de un dormidero razonable pegado a la oficina y ahorrarse uno esta infamia de corridas y esperas y encontronazos y

apretujones. Pero claro, este es un tema harto debatido con mi terapeuta. Si uno no controla su nivel de ansiedad termina víctima de la gastritis, el insomnio, las cervicalgias, la eyaculación precoz y por fin… del terapeuta. El círculo perfecto. El rectángulo áureo. Y pagarle hasta con alegría y con la secreta esperanza de volverle loco a fuerza de obligarle a escuchar el mismo guion por lo menos una docena de sesiones diarias. Que si alguien se piensa titular y original propietario de una neurosis que salga de lo vulgar le diré sin intención de faltarle el respeto que no se haga ilusiones, pues nada hay de nuevo bajo el sol y menos aún en cuestión de manías y delirios. Reconozco ser uno de los tantos que abona esos honorarios como sublime contribución para evitar que haya en el mundo un terapeuta menos y un enchalecado más. He pasado tantas veces por estas etapas, que hasta podría dar clases al respecto. Para que nadie crea que me voy en abstracciones, intentaré dar al susodicho cuadro de situación los últimos retoques, acudiendo no a la memoria cotidiana sino a esa otra memoria mucho más pronfunda y confiable, en tanto se ocupa de escuchar lo que uno no oye y de registrar los detalles que uno habitualmente mira sin ver. Sobre la hora de salida logro aprisionar en mis cajones casi todo lo que navega por encima de la mesa. Pero me lleva cinco o seis minutos extra encontrar la maldita llave. La cola en el reloj parece el doble de larga de lo habitual. La del ascensor también. Ahora me refería al de la oficina. O sea el de bajar, tanto que estoy a punto de lanzarme por las escaleras. Opción que desecho de inmediato, sabiendo que tampoco las escaleras dan abasto los viernes. La cochera del subsuelo es un caos. La calle es un caos. La autopista son cinco carriles de caos, más o menos paralelos. Los peajes son como es obvio un caos. O sea que no parece ser el último día de la creación sino el primero. Aunque dudo que las autopistas hayan entrado en el plan original de Dios.

Los peajes seguro que no. Al salir de la autopista me encuentro con más semáforos, vendedores de flores y golosinas y limpiadores de parabrisas que nunca en la vida. Llego a mi edificio —no sé cómo— y tampoco recuerdo cómo me las amaño con la cochera y el ascensor. Todo luce como si hubiera una reunión de consorcio en la azotea. Cualquiera sabe que uno no puede apretar el botón de su piso aunque quiera, porque otras veinte manos por lo menos están amontonadas como aves carroñeras sobre la consola. Conque no tiene más remedio que apostar a que alguien lo apriete por uno y no se equivoque. Uno no mira el indicador —tampoco podría aunque quisiera— y se limita a ir contando las paradas. Pero al fin se abre la puerta y salgo como puedo, dejando la punta de la chaqueta y una mano por el camino. Me sorprende —casi me gratifica— el encontrar entornada la puerta del apartamento. Porque el suplicio final de esta tantálica secuencia es la maniobra con tres fastidiosas llaves de combinación a prueba de nada. Mi mujer me ausculta sin demasiado entusiasmo, secándose el cabello en medio del living. Anda, qué bien te han dejado el peinado digo sin fijarme en la cabeza revuelta recién lavada. Me mira entre asombrada y ofendida pero sigue con lo suyo. Agradezco en lo íntimo que pase por alto mi evidente estupidez, pues como un caballero reconozco que ella domina con amplitud las incoherencias que acarrea la finalización de la semana laboral. Por suerte tenemos distintos horarios, lo cual obvia discusiones y peleas por el turno del baño. Ese color te cae bien, finalizo para no quedar como un perfecto imbécil. Aunque jamás estoy seguro de las diferencias entre el cobrizo, el veronés y el tiziano. Me observa con cierto interés mientras me deshago del saco y la valija. Camino al dormitorio me detiene otra sorpresa. Sobre una mesita restallan dos vasos generosos de hielo y Ballantine’s. Caramba, todo un detalle. Pensándolo bien la ducha puede esperar. Regreso al living con los vasos en la mano y algo que

me imagino como una sonrisa distendida. Recién entonces me doy cuenta de sus formas sinuosas bajo el vestidor trasparente. Cualquier vestigio de ofensa ha desaparecido de su cara. Abandona la toalla en cualquier parte y acepta la bebida en silencio. Un silencio colmado de intenciones. El cabello húmedo, húmedos los ojos y los labios. Tiene unos labios deliciosos de textura frutal. Habituado —resignado— a sus efusiones verborrágicas, con o sin motivo (casi siempre sin él), celebro este silencio cargado de nubarrones nada desagradables. Moja un dedo en la bebida y me lo pasa por la boca. Atenta a mi respuesta de placer, me desprende sin apuro la camisa. Me vuelca despacito, casi gota a gota, el líquido frío sobre el cuello y los hombros. Sin dejarme hacer nada, prosigue el juego con su lengua y un trozo de hielo. El erotismo y la impremeditación siempre terminan mal. Es decir bien, a eso me refiero vamos. Me pregunto cuán ciego y tonto puedo ser para no haber advertido esos discretos toques de perfección que uno tras otro desfilan antes mis ojos casi azorados. Los labios carnosos. La nuca tensa. Los senos ampulosos. Los pezones violentos y agresivos. La curva del vientre tan suave. El pubis tan tímido y demandante a la vez. Y este silencio hermoso que permite percibir el ínfimo latido de esa piel turgente y rejuvenecida por los cascabeles de la tentación. A lo largo de dos horas intensas recorremos las estaciones de la gloria. Sobre la moqueta. Bajo la ducha. Al final en la cama y al cabo un cigarrillo compartido. Todo. *Da capo e fine al segno*. Nada más los densos e intraducibles quejidos de los sentidos ahítos.

Cuando trato de abrazarla otra vez me detiene con una sonrisa divertida. Guarda alguna migaja para tu mujer, cariño. Que vuestro apartamento está en el otro piso. ■



Secuencia didáctica de Kamasutra, en el exterior de uno de los templos de Kajuraho.

Pubis angelical

Pero qué estúpida soy ¡si son ellos
los que construyen el mundo a su imagen y semejanza!

Manuel Puig (1969): *Pubis angelical*

Nadie puede asegurar con absoluta honradez cuántos acontecimientos en la vida son fruto de la premeditación y cuáles hijos de la casualidad. Y Analía con sus veintitantos años y poco más del doble en kilos, no es lo que se dice una epistemóloga de la existencia. Emplazada a definirse a sí misma, es posible que pasada la sorpresa y digerido el sentido de la requisitoria, termine respondiendo que es una mujer común. Que hace unas semanas ha dado la última materia de su licenciatura. Que extraña bastante al padre que ya no tiene y se lleva muy mal con la madre que sí tiene. Que le aburre la política. Y que no le apetecen los rompederos de cabeza.

Aunque en este preciso momento no está Analía para responder preguntas tontas. Son ya las diez de la noche y Fernando acaba de llegar. El timbre de la puerta de calle la ha sobresaltado. No por quien llega sino porque teme haber olvidado alguno de esos pequeños detalles tan recomendables en estas circunstancias. En mejores épocas Argelia se ocupaba de todas las tareas domésticas. Desde la muerte de su padre se produjeron cambios. Se prescindió de ciertas salidas. Se cancelaron algunas suscripciones. En fin, se recortaron gastos para adecuar los inacabables ingresos de antes a los recursos menos ampulosos provenientes de la pensión, los seguros y la venta de la casa de la isla y algunos otros bienes. Su madre se arregla ahora con las tareas diarias. Pero no de cuestiones que atañen a las amistades de Analía. Además ha ido a visitar a unos parientes en Entre Ríos y estará ausen-

te un par de días. Ergo ella ha debido correr con cuestiones pedestres como la limpieza, decidir acerca de la comida y acopiar provisiones. Y asegurarse de que en cada rincón haya una iluminación adecuada a las distintas escenas que tiene in mente. Además por supuesto de la peluquería, las uñas, las sales de baño, aceites, lociones y sahumerios.

Es que Analía tiene planeado estrenar sus tetas esta noche. Una historia que la viene consumiendo desde que abandonó la niñez para convertirse en menarca. A casi tres lustros de aquello aún duelen las horas frente al espejo repasando un pechito masculino sin indicios del mínimo promontorio. Sabía por sus compañeras que a veces crecen antes de la primera sangre. Pero florecen en todo su esplendor durante los dos o tres años subsiguientes. Con o sin ayuda. Esto también es parte de una leyenda urbana que no se hubiera atrevido a dilucidar con su padre ni con su madre. Con él desde luego por la inevitable barrera de género, la educación y la edad. Y con ella porque una de las secretas razones de la guerra permanente es la rabia de tener que soportar sus tetas insolentes. Quien además teniendo plena consciencia de su opulencia, no desperdicia ocasión de mostrarlas y exaltarlas. Con todo el dolor y la repugnancia que le dé reconocerlo, su madre tiene un cuerpo espléndido y bien cuidado. La piel suave y las carnes firmes se llevan de maravillas con la cabellera larguísima siempre despeinada con la mayor prolijidad. No pasa día casi sin que la sorprenda en el baño o en su cuarto desnuda admirándose frente al espejo. Una luna de la altura de una puerta adquirida e instalada expresamente para gozar de visiones que solo de pensarlo le producen mareos. Me das asco mamá.

Esta inocua si se quiere declaración había sido el comienzo de una contienda que causara ya muchas bajas. Y estaba para muchas más, al menos hasta hace pocos meses.

Su madre se cubre de inmediato en esas circunstancias. Pero no tanto como para evitar que pase frente a su mirada lastimada el relámpago cegador de aquellas tetas imperiales. Sus más antiguas obsesiones eran mirarse el pecho esmirriado y acechar el ínfimo esbozo de sombra en su pubis. Tenés un pubis angelical mi amor. Una completa boludez mamá, los ángeles no tienen sexo. Lo emocional podía esconderse. Pero ¿cómo ocultar la evidencia descarnada de esas carencias? Al menos el menudo vello que a los quince años señoreaba donde corresponde fue un alivio. Como una promesa de lo otro ya vendrá. Pero no. Inútil comparar el número de sus corpiños con los de su madre. Lo que en ella era un mero símbolo de algo que debía estar y no estaba, en su madre era la envoltura insuficiente de un busto deprimente. ¿Te gustan Analía? le preguntó un día con una voz ronca contenida, tomándolas por debajo con ambas manos y acercándoselas a la cara. Eran grandes pero no enormes. Lo que causaba esa impresión era la conjunción perfecta de la textura y el volumen. El brillo de madreperla. El esplendor de los pezones de un rosado juvenil erguidos como aguijones. Por cierto hubiera dado el alma por echarse sobre ella y besar y acariciar ese pecho que al tiempo que la afrentaba la mataba de sed. Lamerla, succionarla como cuando era niña. Morderlas. Desafiar esa tensión insoportable haciéndolas estallar. Aunque antes reventara ella de frustración y de impotencia.

Me das asco mamá. Te las puedo donar para un trasplante si te atrevés. La respuesta atroz salió como un disparo. Quedaron un instante infinito frente a frente. Ella tapando con las manos trémulas su desolación. Y la madre dejando sobrevolar su turgencia prepotente en un alarido silencioso de victoria. Si no le deseó la muerte en ese preciso momento fue porque en ese preciso momento tomó la primera y más trascendente decisión de su vida.

La idea en sí nació entonces, tan de repente como su rechazante manifestación de asco. Aunque debieron pasar años hasta que llegara el momento. Entre otras cuestiones porque el tema hubiera sido inabordable con su padre. Las mujeres decentes no necesitan tetas le hubiera contestado sin más vueltas. Palabras que su padre jamás le hubiera dirigido a ella, pero eran moneda corriente en medio de las peleas conyugales. Parecés una puta le largó un día que se sentó a la mesa con un vestidor de gasa. Por lo menos andá a ponerte un corpiño. Esa es ropa para Analía no para vos. Analía valoró con desprecio cada uno de los detalles que su padre observaba con disimulada angurria cuando la madre se levantó de la mesa sin decir palabra. De espaldas era también perfecta. En cambio ¿qué podía admirar su padre en ella? ¿Admirar o desear Analía? *Touchée ma cherie* ¿no? Sabía que su padre la amaba. Su padre no amaba seguro su cuerpo sino su inocencia y sobre todo su virginidad que era para él como un sello del honor de la familia. De haber leído a Faulkner Analía hubiera reconocido este pensamiento. Pero sus apetitos literarios se aproximaban más bien a la anorexia. Su madre sí había disfrutado de las sinuosas interlíneas de *El sonido y la furia* y no dejaba de apreciar la situación con ojo terapéutico. ¿Y a vos quién te analiza mamá?

Casi no hay reproche —fundado o no— que no hayan intercambiado a través de ese fuego cruzado permanente. Más perverso a partir de la muerte de papá. Tenía idea de haber soñado que le daba a su padre lo que su madre porfiaba en negarle. Mucho antes de su muerte.

Parecés una puta. Palabras que él repetía a veces en la realidad y a veces en sus sueños. Sin la certeza de quién era cada vez el inculpado. Una confusa sensación de que no le crecían porque su padre no soportaba verla convertida en mujer. Y por otro lado que le hubieran crecido si él la abrazara también un poco a ella.

Tal vez no le crezcan porque usted se niega a crecer. Palabras de un terapeuta al que su madre la había acompañado hace ya años. Ella no quería ayudarla, no deseaba que le crecieran. Solo pretendía forzar su resignación. No te imaginás lo que te pueden llegar a molestar. Eso le había dicho como cierre de una discusión feroz. Esgriméndolas en su cara hasta que casi se desmaya de asco.

Revisando una vieja versión de *El fantasma de la Ópera* pensó que arrojarle ácido sería un placer. Observar sin emoción cómo las abominables tetas de su madre se desmoronaban bajo el ataque impiadoso. Las quemaduras y las llagas y los tejidos carcomidos. Lo mismo que los estragos de la lepra. A todos les causaría asco. Un placer.

Bien o mal todo eso ha quedado atrás como un molesto sueño. Imposible saber cuándo la idea escapó de sus estancias más profundas para instalarse en su cabeza de modo categórico. Muchos factores ayudaron. Revistas femeninas. Algunos programas de cable. Y sobre todo las charlas con sus compañeras de colegio primero y de facultad después. Por cierto que su atención jamás se detuvo en cuestiones menores como el sentimiento de mutilación, el quererse o no, el así no pero de otra manera sí ni problemas de identidad. En última instancia ¿qué diferencia entre un poco de silicona y una dentadura postiza? A mamá todos le elogian sus dientes blancos parejos.

Recién cuando la idea se hubo instalado en su cabeza tomó consciencia de cuánto le habían atraído desde siempre los desnudos femeninos. De chica solo pudo asomarse a los maniquíes que algunos vidrieristas se atrevían a incorporar en sus composiciones. Luego cayeron en su poder revistas de arte de su madre, catálogos de galerías europeas y las primeras publicaciones “para vos”. Finalmente la internet abriría sin ambages las puertas de su imaginación. Eso y algunas películas codificadas, cuando nadie la controlaba.

Así nació y así fue madurando con lenta firmeza su resolución. No quería unas tetas descomunales. Sabía que el tiempo se ocuparía con crueldad de esa etapa. El tiempo y la maternidad. Algo sólido y discreto. Algo que pudiera acariciar sin necesidad de inventar volúmenes inexistentes. Que alguien acariciara y con fingida delicadeza pellizcara y mordisqueara. Pezones vivos que reaccionaran sin pudor a las solicitaciones de unos labios atrevidos, de una lengua demandante. Llegado el momento tuvo ante su vista turbada por la gula un archivo médico que hubiera ilustrado con excelencia la historia universal de la belleza femenina.

Entraba entonces en una etapa en la cual ya no podía consultar. Pues había dispuesto elegirlas tal cual las soñaba. Esas y no otras. Aunque para ser sincera, le costaba convencerse de que siempre soñaba con las mismas. Pues así era. Idénticas detalle por detalle. El mismo eje longitudinal. Igual desarrollo ecuatorial. Los volúmenes exactos. Pezones axialmente apuntados al infinito treinta grados por sobre el horizonte. Un tanto estrábicos y bien consistentes. El tono preciso de las aureolas. Esa microestructura de la epidermis que establece la diferencia entre una escultura de alabastro y un cuerpo vivo. Conservando sin embargo la pureza y el albedo de la roca cristalina a cuya superficie se asoma un ápice el urgente fuego interior.

Fernando trae un ramo de rosas y un brillo en la mirada que preludian la culminación de incalculables escenas. No ha querido elegir para esta noche a ninguno de sus viejos amigos ni a los compañeros de facultad. Porque no soporta la idea de que alguien se adentre en su intimidad manipulando el criterio inevitable del antes y el después. Lo conoció “después”, en realidad hace apenas una semana. Cuando habían desaparecido los rastros más insignificantes de la cirugía. Cuando ya la más minuciosa inspección visual no hubiera podido descubrir huellas de irritación, zonas tumefactas o áreas mal humecta-

das. Ni el menor vestigio de eczema, defoliación o células muertas. Pero no lo siente extraño. Es un muchacho apuesto según los cánones juveniles. Alto, musculoso, de cabello enrulado. El tipo de hombre apropiado para valorar sin temor a equivocarse los alcances del milagro. Ni ella ni su madre son creyentes —su padre tampoco lo era— pero Analía tiene una concepción si se quiere primitiva que la induce a distinguir lo natural de "lo otro." Lo suyo ha sido milagroso, no lo duda. Aunque el instrumento fuera el arte de un cirujano. Ya no interesan las comparaciones con lo que era. Su yo actual es todo lo que necesita poner a prueba y saborear. La plenitud de amar y ser amada sin retaceos y sin odiosas minusvalías.

La velada va trascurriendo de acuerdo con lo programado. El beso cortés al llegar. La confirmación de que mamá estará unos días afuera. El trago de rigor. La música preseleccionada. Un cuarteto de cuerdas. Después vendrán unos lentos y *Pubis angelical*. En general no le agrada Charly pero ese CD tiene algo sugerente. Alguno de los títulos. *Operación densa* [¡…!]. *All I do the whole night through*. Y el tema principal, por supuesto.

Ha mantenido controlado a Fernando. El Chivas, la música y la media luz lo impulsan a buscar un desenlace a ritmo de una carga de caballería ligera, pero ella tiene muy calculados los tiempos. Ha heredado de su madre la pasión por prevenir, controlar, anticipar. Manejar en suma. Vamos a comer tontito, no te apures.

La mesa paqueta. Las bebidas a punto. La luz de las velas. Y para esta escena un quinteto de vientos. Los canapés, los bocadillos de salmón y el champaña aderezan la charla liviana. Un poco de cine. Esta pechuga está exquisita. La sorpresa de los óscares. El secreto está en la salsa de hongos. Los pronósticos para las semifinales del mundial de tenis. Hummm… los champiñones son afrodisíacos.

¿Te gustaría que fuéramos a Buenos Aires para la inauguración de ArteBA? Este charlotte me enloquece. Es perfecto Fernando, el helado apacigua los ardores del chocolate caliente. ¿Bailamos?

Ahora sí afuera ese fagot y ese clarinete y el saxo. La melodía lenta pegajosa los envuelve. Las velas han empezado a parpadear y queda apenas el resplandor de los leños quemándose en el hogar. Los cuerpos se aproximan. El abrazo estimula la caricia. Un ritmo envolvente en el que participan todos los sentidos. Analía se aprieta contra el pecho de Fernando. Las manos del muchacho van desabrochando el vestido con mucha suavidad. Ella percibe un calor intenso dentro de su cuerpo. Imagina sus tetas casi luminosas y tensas ante la conjunción de la promesa y el deseo. Ardiendo bajo el beso interminable. Encendidas como brasas al toque de su lengua despaciosa.

Pero no es allí el calor. El hervor le estalla en las ingles, en el pubis. Un calor ardiente y una presión que intenta controlar apretando las piernas. Fernando aún no se da cuenta de lo que sucede, aplicado a los díscolos botoncitos de la espalda.

En el instante en que el vestido cae a sus pies, Analía murmura algo incomprensible y corre hacia la habitación de su madre. Allí desnuda frente al espejo descubre el peso irrefutable de la verdad. Sus preciosas tetas relumbran con el esplendor de una estatua de fuego. Y el vello del pubis chisporrotea como una cabellera electrizada. Rematando un pene de regulares dimensiones, erguido y apuntando —paralelo a los pezones bravíos— a unos treinta grados por sobre el horizonte. ▮

Noches sin Clara

Desde que Clara desapareció de mi vida está todo mal. Los días son una caravana larga y aburrida. Hasta mis fines de semana. Es decir peor aún los fines de semana. De lunes a viernes al menos las pequeñas rutinas caseras. Cortar el césped. Desparasitar a Maira, una ovejera bastante comprensiva. Amigable casi con todo el mundo. Salvo los recolectores de basura y el repartidor de soda. Bueno, el veterinario, claro. Tiene la memoria de cualquier animal razonable. Y cada visita de Jorge conlleva la historia de las jeringas y los pinchazos. Es entendible que lo reciba sin demasiado entusiasmo. Tareas en el hogar no faltan. Digo esas pequeñas cuestiones que a uno le ponen delante de las narices a la primera oportunidad. Que si llueve, las goteras. Que si no se reparan las llaves de luz. Que si no se atienden las pérdidas de los grifos. Que si no se emparchan o se reemplazan las mangueras. Que si no se le pone remedio a la humedad de los zócalos. Que si no se emprolijan los cercos que es una vergüenza verlos tan deformes. Que si no se clarifica el agua de la pileta. Que si no se fijan los pestillos de las ventanas. Que si no se busca solución a la pérdida de los sanitarios. Que si no se despeja la zinguería. En fin, nada que le corra prisa a nadie. Salvo a nuestras caseras, claro. Por lo que prefiero levantarme temprano, de suerte de estar fuera del camino a la hora que empieza el movimiento. Encerrado en el estudio tengo la sensación de volver a una normalidad que amo. Es decir amaba. Porque desde que Clara se fue, también la soledad del estudio me es dura de soportar. Antes mis horas pasaban volando. Entre revisar la correspondencia y asentar los números de pagos y gastos de los dos edificios se me iba la mañana. El almuerzo, la breve sobremesa con

los informativos y una pequeña siesta y ya era casi la hora del mate. Una vez por semana se cambia la siesta por el banco. No me gusta dejar en manos extrañas las cuestiones de dinero. Después del mate, alguna tarea liviana en mi mesa de trabajo, poner al día los vencimientos, pedir alguna cotización, un llamado telefónico a deudores desmemoriados y enterarme del cierre de los mercados. No es que tenga negocios en la Bolsa, pero siempre me gustó estar al tanto en la cuestión de índices de precios y el valor del dólar. Y de 19 a 20 me divierto un poco con algún canal de variedades. Cenamos a las 21 y después elijo alguna película de acción. Y entre una cosa y otra se hace la hora de acostarse y uno ha pasado el día sin notarlo.

En cambio los fines de semana es como si el tiempo se empastara. Me levanto más tarde. En un intento —vano por cierto— de acortar las horas de vigilia. Compro un par de periódicos los sábados y domingos. Con la intención de leerlos de pe a pa. Una porque traen un resumen bastante completo de las noticias más destacadas de la semana. Y otra porque —contando la resolución de problemas y crucigramas— tengo asegurado el consumo de cuatro horas holgadas. Agregando las sobremesas y la siesta más prolongadas que entre semana, la cosa debería funcionar de maravillas. Pero es inútil. Cada diez líneas me sorprendo con la mirada fija en el vacío, pensando en Clara. Me acuesto casi a las tres de la tarde, calculando una siesta —bien ganada— hasta las seis por lo menos. Pero pasa el rato y yo despierto. Repasando mi historia con Clara una y otra vez como esos cines de barrio que pasan toda la semana las mismas películas. Después de una hora sin pegar los ojos, me levanto cansado y de mal humor. Me preparo un té y busco algún programa de viajes. Suele ser un buen recurso para relajarse. Pero todo se me vuelve en contra. Algún comentario del presentador o cualquier detalle de los sitios que recorren, me la ponen delante. Seguramente Clara estuvo allí. O este lugar hubiera

sido lindo visitarlo con ella. Cualquier pensamiento, cualquier palabra. Todo me lleva a Clara. El nombre de un hotel. El aspecto de un cielo. Los árboles de alguna playa.

De todas maneras no es nada. De un modo u otro el día llega a su fin. Feriado o no. Pero la noche, por Dios. Cómo demonios hacer que el día se apresure y la noche se retrase. Las primeras semanas adelantaba los relojes por la mañana. Hasta dos y tres horas algunas veces. Y con la claridad final del atardecer los retrasaba, también dos o tres horas. Todo inútil, por supuesto. La noche es noche a pesar de los relojes y las brújulas. Y se va instalando sobre uno. Alrededor de uno. Como capas de una cebolla opaca y acuciante.

Sentirse ahogar en la oscuridad de la noche es mucho peor aún —fijate lo que digo— que ahogarse en el mar. Porque el agua mal que mal te da una cierta seguridad. Todo eso de las aguas primordiales y la matriz universal, viste. Pero por la noche te vas a la cama porque ya no das más. Te acostás porque te pudo el cansancio. Qué digo cansancio. Agotamiento. Querés dormir. Necesitás dormir. Y en cuanto cerrás los ojos empieza la historia.

Hablo de mí por supuesto. Quiero y necesito dormir. No por esa cosa de los médicos de recuperar energía y recargar las pilas. Nada que ver. Para mí la llegada de la noche es la comprobación —la ratificación— de que ella ya no está. Que no vendrá. Ni esta noche ni nunca. Nunca más ya. ¿Entendés? Que se terminaron para siempre el divagar. El palpitar. El imaginar. El adivinar. Que no es siquiera una cuestión de azar o de estadísticas. Yo pienso por ejemplo. Hay una probabilidad entre mil de que vuelva. Ah, bueno. Menos mal. Pero es mentira. Sabés muy bien —sé muy bien— que esos números los estoy fabricando con la mísera pretensión de engañarte. De engañarme.

Ella es, de hecho, mucho más fuerte que cualquier estadística. Nunca daría el brazo a torcer. ¿Y el azar? Discutíamos a menudo por

ese tema. Casualidades o causalidades. Brava cuestión. Pero daba para avanzar hacia las primeras horas de la madrugada intercalando citas de Krishnamurti con pasajes del *Kybalion* —por ejemplo— o hexagramas de I Ching con endecasílabos de Gonzalo de Berceo.

La vena poética desembocaba casi siempre en Alejandra. Una cosa tan especial y tan absorbente como cuando uno echa mucho líquido de golpe en un embudo y se forman esos apasionantes remolinos que se tragan el líquido y las pequeñas partículas que lleva flotando. Aclarar que el embudo era para nosotros como la imagen de la muerte parece una obviedad. Por lo de Pizarnik, claro. Lo mismo la otra deliciosa metáfora de las partículas —eran casi siempre miguitas de pan— con las cuales nos identificábamos hasta desmayar. Uno frente al otro, solos. La noche. Tristán e Isolda, otra recurrencia inevitable. Reconozco mi adolescencia romántica. Lo cual no es original por cierto. Algunos poemas malos. Otros peores. *Sepulcro milenario de la vida / palacio silencioso de la muerte*... por fortuna la juventud es otro vendaval que barre con todo. Hasta con nuestros poemas. Ella también acusa ese costado clásico. Me resultó desconcertante que entre mis versos y los suyos yo quedara postergado. Pero me enganché con pasión en un par de exégesis más bien atrevidas acerca de los vates centroamericanos en general y los nicaragüenses en particular. Siempre tuve la pobre habilidad de meterme de cabeza en callejones sin salida. Esta no fue la primera vez. Ni sería ciertamente la última. La cuestión es que en cuanto desembarco —intento— en la poética caribeña, descubro espantado la magnitud de mis baches. Baches que avanzando la cinchada hacia las primeras claridades de la mañana se agrandaban hasta la dimensión de lagos, mares y verdaderos océanos en cuyas aguas yo me ahogaba mientras ella se deslizaba feliz. Mi repertorio tocó tierra con Guillén, Heredia, Nervo y el propio Darío. Mientras ella desplegaba ante mis ojos —al pie de la letra— un desfi-

le de luminarias (opinión de ella que yo no hubiera podido compartir sin desvergüenza) entre las que escasamente recuerdo los nombres de Claribel Alegría, Mauricio Molina, Luis Chaves, María Montero, Osvaldo Sauma, Alfredo Trejos… ¡qué más decir! Aunque confieso que mucho peor me las hizo pasar con la pintura. Porque lo habitual era comenzar la tertulia con unos mates y unos entremeses livianitos para entrar en materia. Uno diría en términos ajedrecísticos una apertura Ruy López o una defensa Siciliana. Tarde —demasiado— hube de recordar el tendal de ingenuos que habían declinado el rey en menos de veinte jugadas confiados en tan inocentes estrategias. Más de una de esas desgraciadas noches fui arrinconado, vapuleado, enjuagado y colgado a secar. Después de recorrer con los ojos vendados un corral de toros bravos. Recibiendo aquí una cornada de Mondrian y allá una pateadura de Cezanne. Con un cloqueo insonoro de gallito ciego. Sin atinar siquiera a cubrirme la cara. Donde ya me estampaban una derecha con Modigliani y la izquierda con Lautrec. Para seguir la ronda con el mayor cubismo de Juan Gris y el menor cubismo de Braque y con las disonancias cromáticas de Kandinsky y con las estridencias tonales de Miró o de Xul Solar. Desplomado. Física y síquicamente destrozado.

No puedo ni imaginar lo que hubiera sido una noche de sexo con Clara. Al menos no lo estaría recordando en este momento. Como de costumbre, sentado frente a la pantalla, pasadas las 3 de la mañana. Tecleando con los ojos cerrados. Dudando —como todas las noches— entre buscarla primero en Yahoo o en el salón de chat. ▮



A pesar de la destrucción que sufrieron muchos edificios religiosos en la época del imperio Mongol, estos templos, que están amurallados lejos del río Ganges, pasaron por un periodo de oscuridad, pues estuvieron abandonados hasta 1838, cuando el ingeniero inglés T.S. Burt los exploró y los hizo públicos.

Palais de glace

Sería una boludez engancharme piensa. Aunque la revisión del día casi lo justifica. Qué día de mierda. La pelea con el despertador. Esa sequedad en la boca y la meada interminable. La ducha apurada antes de que el termotanque hubiera alcanzado una temperatura decente. Y un nescafé sin sacarina como decretan los libretos. El rayón en la óptica derecha al salir de la cochera. A cuenta de todo lo demás. Autopista atascada y los hijos de puta que se resisten a liberar los peajes. Un piquete casi llegando a la general Paz. Suma y sigue. La Lugones atascada. Qué rica esa pendeja de la propaganda de… ¿qué carajo vendía la pendeja? Más rica se vería en la cama que colgada a quince metros en un armazón de caño anodizado.

No recuerda la dirección pero el edificio del Palais de Glace es inconfundible. Ignora comparado con qué pero sabe que ese es el lugar. El tipo de la entrada lo mira sobrador mientras revisa sus bolsillos en busca de la invitación. En estas ocasiones se siente como un boludo y el rubor delata sus nervios y la bronca. El pato le hace una seña conmiserativa ladeando la cabeza. Para estos tipos todos los concurrentes deben tener cara de boludos. El otro mantiene la puerta entreabierta y la boca cerrada. Le cuesta adaptar la vista a la penumbra interior. Una música suave ayuda a distenderse. Vivaldi. Tal vez Corelli, entre Rubito y Jorge Conti lo metieron de prepo en un ámbito más aburrido aún que Strauss y el Príncipe Kalender de su mediocre segundo año de piano. Hubiera esperado algunos ruidos importantes, los Stones o Giovanni James. Alguien le pone un trago en la mano. La oscuridad devora trasero promisorio y larga cabellera tiziana.

Ni Corelli ni el Shannon Grain ni el traserito promisorio alcanzan a borrar el fastidioso recuerdo de un *meeting* de ventas desabrido, la acidez del ceo y la almibarada puteada del oficial de cuentas del Boston. Imposible, nunca ha girado sin fondos, debe haber un error. Un emparedado *diet* y una gaseosa *light* no son una gran ayuda para superar la pataleta y encarar una tarde más decente. La hora de cierre trae más caras de orto y siguen las bajas. Un memo de central va dejando el rastro de caras lánguidas piso por piso. La notebook insiste con esa cifra roja tan desagradable en su cuenta del Boston. Chequea veinte veces pin y cbu pero ahí está bien clarito. Tres mil ochocientos abajo y la nómina de pagos del resto de la semana es grossa. El gerente de contaduría no está en el pìso y su celu muerto. El rayón en la trompa del variant es importante pero intuye que el seguro le va a hacer un corte de manga. Deberá amenazarlos con cancelar todas las pólizas de la empresa. Truco que ya no jode a nadie en estos tiempos. Probablemente más quilombo al regreso más piquetes y más atascamientos. A lo mejor la pendeja de la Lugones también está de la otra mano.

A medida que trascurren los minutos adivina formas y contornos a su alrededor entre murmullos y conversaciones a media voz. Un fulgor violáceo no demasiado potente surge de una araña de cristal de Bohemia a la altura del cielorraso inexistente. Porque al alzar la vista la mirada se pierde en lo alto. Numerosas columnas hexagonales recubiertas de espejos multiplican el escenario, los actores y la araña. El Palais de Glace es justo eso, una gigantesca construcción de imágenes y espejos. Las paredes del recinto circular más bien se adivinan porque la sensación es de un espacio indefinido en el cual privan sonidos y algo de luz por encima de los volúmenes. Toma consciencia de haber echado una ojeada demasiado rápida a la invitación dejada sobre su escritorio a media tarde. Ni idea del motivo ni de los anfi-

triones. Varios clientes de la empresa cuentan con agencias de eventos adecuadas para estos *happenings* y por supuesto a nadie se le ocurriría mezclar en una fiesta de este nivel un solo rastro de negocio. Todo sutilmente subliminal. Ni logos ni *stickers* ni siquiera botones o prendedores. La mejor educación es oler a nada of course.

Un vago malestar a la altura del ombligo o más abajo le recuerda que entre los embrollos de ese día debe contar un mail de la abogada de su ex reclamando una suma importante incluida según ella en el convenio. Calcula que podrá diferir ese pago pero el *look* inconfundible de lesbiana de la mina no es para inspirar confianza. Nada que se pueda arreglar con unos tragos aunque en un lugar como este quién sabe. Pero su ex no es tonta y lo conoce, no cometería un error de ese calibre. Habrá que pagar. O sea agregar otro gasto a una lista ya preocupante y por ahí hacer mierda las vacaciones de invierno para que la sangre no llegue al río. El recuerdo de los valores de cierre y la voz neutra nada amigable del gerente del banco convergen para convencerlo de que ha sido uno de sus peores días. Y nada hace suponer que esta vaya a ser una de sus mejores noches.

Nadie parece reparar en él. Parejas y pequeños grupos de invitados se mueven alrededor sin prestarle atención, multiplicados por la infinita reflexión de las columnas. Ni flashes ni gritos que empañen la calma. Nada de la histeria habitual en esas reuniones donde todos parecieran sentirse obligados a hacerse notar. Al menos la mesura reinante justifica la permanencia, disfrutando si no de una aventura super al menos de una velada elegante y distendida. Faltaría su terapeuta para cerrar el sport. Se hace cargo casi sin darse cuenta, de su primera sonrisa al cabo de tantas horas de acidez. Lo siente como un gesto saludable, meses de *coaching* lo han provisto de una actitud positiva que le sirve para navegar por la vida sin exceso de equipaje. Al margen de tsunamis y agujeros de ozono, lejos de discursos apoca-

lípticos y futurólogos agoreros, ignorante de promesas redistributivas y fórmulas salvacionistas. Indiferente al fenómeno —irresponsable al menos— de que los ricos sean cada día más ricos y los pobres cada día más pobres. Cómodo en todo caso en la certeza de pertenecer a una minoría que desconoce las apreturas económicas. Malgrè letradas divorcistas y gerentes de banco. Sigue dudando entre Corelli o Vivaldi. Claro que el barroco es impredecible, todo igual a todo. O no. Acaso le falte oreja. Por ahí Teleman o Buxtehude.

Diez minutos antes de salir de la oficina recuerda su cita con el clínico. Un tipo comprensivo el tordo, no demasiado apegado a la ortodoxia, casi todo lo contrario. Su secretaria parece esconder una topografía interesante debajo del tailleur y acaso ansiosa de emociones. El consultorio equipado con todo el aparataje, los pacientes de su nivel se fijan en los detalles, claro. Al menos para justificar los honorarios. Pensar en honorarios le recuerda la amargura de estar cargando a sus espaldas el costo de masoterapeuta, personal trainer, coach, abogado, asesor contable y montones de expensas. Vamos a hacer un electro y un ecocardiograma porque hay algo que no me gusta. El médico capta su interés por el frasco de Shannon Grain que brilla sobre la mesa y lo invita con un gesto amable. Hay algo que me gustaría que me cuentes, le sonríe con la mayor franqueza. Un par de cuestiones que me preocupan un poco. La sonrisa de la secretaria al salir es todo una promesa.

Con el trago aún en la mano, evoca la pendeja del poster en la Lugones. Claro que le resultaba una cara conocida. Por supuesto que con esa torerita trasparente es otra cosa, nada que ver con un tailleur y el cabello recogido. Valdrá la pena un llamado, el jueves a media tarde cuando ya uno empieza a hacer sus planes para el fin de semana, algo que matice la mufa de la rutina. El trasero promisorio y una larga cabellera tiziana se acercan ahora de frente con una sonrisa sutil, casi

casi de burla. El escote lo deja mudo. Sin decir una palabra, la pendeja le quita el vaso de la mano y se aprieta contra su pecho con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

En un instante desaparecen los espejos, la araña, el fulgor violáceo, los murmullos y los acordes de Buxtehude. Nada más una negrura silenciosa. Y los restos humeantes del variant destrozado contra la estructura de caño anodizado. ▮



Según la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), un sitio patrimonio de la humanidad es aquel que cuenta con cualidades excepcionales de carácter natural o cultural, y en India, hay exactamente un sitio con estos rasgos, solo que muy diferente a todos los otros que conocemos. Un complejo de templos eróticos. Fotografía: cortesía de:

<http://www.miviajeporelmundo.com/khajuraho-y-los-templos-del-kama-sutra/>

No hay cupos para el llanto

Era junio, era un jueves, era un sol todo gris de mañana
y portafolios, tarde ya para mayo, tarde para ser miércoles
tarde para conducir el sol a contramano de recovas entre mañanas
y semáforos y escaparates grises embanderados de bocinas
y semáforos. Era junio —era sombra— bajo la sombra gris
del palacio de correos llorabas a la sombra de un jueves
en un junio de grises.
Eran lágrimas lentas, era un atrevimiento gris a contrapelo
aquel palacio gris a contrafilo del jueves y de junio
un llanto a contramundo.
Tomé una flor al sol, le di una flor al gris y a la recova
y a tu llanto de junio, a tu gris de palacio, al encanto tan santo
de lloriquear en gris en junio a los semáforos.
Aceptaste la flor, presentiste al tomarla mi jueves y mis grises
mi apretujón al dártela y la expresión adusta
de grises circunstantes. Pero en fin, era jueves,
y en los jueves de junio no hay cupos para el llanto.

GE; *Era un jueves de junio*, Buenos Aires, junio de 1990

No sé desde dónde te hablo ni para qué te escribo. Podría decirte que ya ni sé quién soy. Que no me atrevo a decidir cuál es el adentro y el afuera. Vos nada tenés que ver con todo esto. Es decir, tenés que ver pero no es tuya la culpa. No es lo que vos hagas o hayas hecho ni lo que hayas dicho o dejaras de decir.

Aquella flor la tengo, seca y preciosa, entre las hojas de *Mujercitas*, uno de los pocos libros queridos que conservo de mi adolescencia. De la cual tampoco guardo demasiados recuerdos. Casi todos grises, por cierto. Fijate cómo la pegaste. Debés ser brujo. O mago. Seguramente lo sos. Si no no podrías haber aparecido, después de doce o trece años, frente a mí. En una oficina de correos que no era

aquella. Y ante mí que tampoco soy aquella pero de algún modo inexplicable sí lo soy. *Nosotros los de entonces ya no somos los mismos*. Dijiste. Lo dijo Neruda agregaste sonriente. Y tu sonrisa es lo que me cautivó. No los versos de Neruda. Yo no sabía de quién eran, después de todo. Esta vez no me diste una flor. Tengo que reconocer que yo me hice la película. Solamente un sobre, como tantas otras veces. Para el XI Premio de Relatos Alberto Lista. ¿Vos participás en esto? Claro que debí haber callado. No tenía por qué preguntarte. Lo mío está perfectamente definido. Destino. Pesar la pieza. A lo sumo confirmar cómo la querías despachar. Nada más. Pero me mirabas. Con una mirada para nada agresiva. Más bien tristona. Algo desamparada me pareció. O fue idea mía nada más.

Todo lo que vino después era imprevisible. O no tal vez. Dicen que cuando uno desea algo con mucha fuerza se le cumple. Quizá vos pensabas. O yo pensaba. Pero yo te pregunté. Y vos contestaste. Algo que ya ni recuerdo. Pero no olvido la dulzura calma de tus palabras. Un poco irónicas. Seguro tristes. Y sí, ciertamente dulces. No una dulzura en primer plano. De esos lances evidentes que casi siempre te tiran atrás. Al contrario, una manera casi de escaparte que nadie podría haber imaginado que era un entre. Y me quedé esperando. No sabiendo bien qué. Te di el recibo y me saludaste con una sonrisa de regalo. *Una flor al sol. Una flor al gris*. Sí, te pregunté si escribías. Pregunta tonta me parece, pues me habías contestado que sí, que participabas. ¿Tenés algo publicado? No todavía. Con una sonrisa cachadora. Pasándote por allá los años que tenés y que nunca se te ocurre esconder. Alguna vez se te va a dar. Te dije sin querer, sin saber bien qué es lo que te decía ni a qué me quería referir. Presumo que algún código secreto debo haber inventado en ese momento, para que no te fueras así. Con toda tu tristeza y con tantas preguntas sin responder.

Nunca me hubiera podido imaginar que el próximo sobre iba a ser para mí. Te acercaste tan serio. Dejaste en un momento la cola de la otra ventanilla y te acercaste. Te traje esto. Nada más. Cuando quise darme cuenta ya estabas en la vereda. No me atreví a abrirlo hasta la hora de salir. En el vestuario rasgué el sobre blanco, bastante grande. Sin nada escrito afuera. Varias hojas de papel. Tres o cuatro impresos doblados al medio. Y un pedazo de papel amarillo. Nada más tu nombre y un teléfono. *Era un jueves de junio*. El escalofrío no sé si es de ahora o el recuerdo de aquella otra vez. Leerlo. Una y otra lectura. Recordando. Calculando. Vos doce o trece años más. Y yo doce o trece años menos. Mejor que nadie me haga preguntas. No sabría explicar. Cómo relacionar el imponente palacio de correos de capital aquella mañana de otoño con esta ínfima sucursal de Pacheco en esta mañana de primavera. Claro. Una cosa es el carácter idéntico. Otra el carácter recíproco. Y otra el reflexivo. Etcétera. Claro. Esto bien puede ser un reflejo. Lo mismo pero distinto, aunque levemente parecido y ligeramente otro. En Pacheco no hay recovas. Por lo demás, los grises y las lágrimas. Y en lugar de jueves, era un viernes. El resto de los textos me fue creciendo en la sangre. Pellizcos. Leves estocadas. Dedos que me iban acariciando suavemente. Por donde pasaran, la piel erizándose. Y una sed interminable de más. De mucho. De mío. De todo, para siempre. O para nunca.

Sabías que te iba a llamar. Tenía que hacerlo. Me habías ordenado que lo hiciera. Sin decir una palabra. Solamente tu nombre. ¿Sería de verdad tu nombre? Y el número que me rondaba y me rondaba como una incitación. Como un desafío. Hasta que pasó a hacerse imperativo. Llamalo. No quiero. No puedo. Sí quiero. Claro que quiero. Había leído. Me había metido lentamente en tu tristeza. En tus dolores. En esa cansada esperanza de amor. De un poco más de amor. Antes. Antes de qué, mi amor. Qué borde de qué cuadro. Qué cordón

de qué calle gris. Qué orilla de qué inalcanzable mar. Estabas ahí. Estuviste dos, tres días. Toda la semana. Una brasa. Algo que muy despacio se iba apagando. Que de repente se avivaba y entonces sentía adentro como una quemadura. Que yo soplaba cada vez para que siguiera viva. Un par de noches, ya acostada, sentí que el pecho me ardía como si le hubieran acercado un fósforo. Un cigarrillo encendido. Y me pareció que alguien soplaba alentando suavemente la brasita. Casi se me escapa un grito.

Como te escapaste aquel jueves entre los autos y atropellando los semáforos. Doce o trece años que me quedé sola. Esperando. Esperando qué. Que la flor no terminara de secarse nunca.

Y ahora vos acá esta noche de un martes. De un día cualquiera. Otra primavera o acaso la misma. Dormido a mi lado. Abrazados en la oscuridad que ya dejó para siempre de ser gris. Releyendo en voz baja aquel poema. ▪

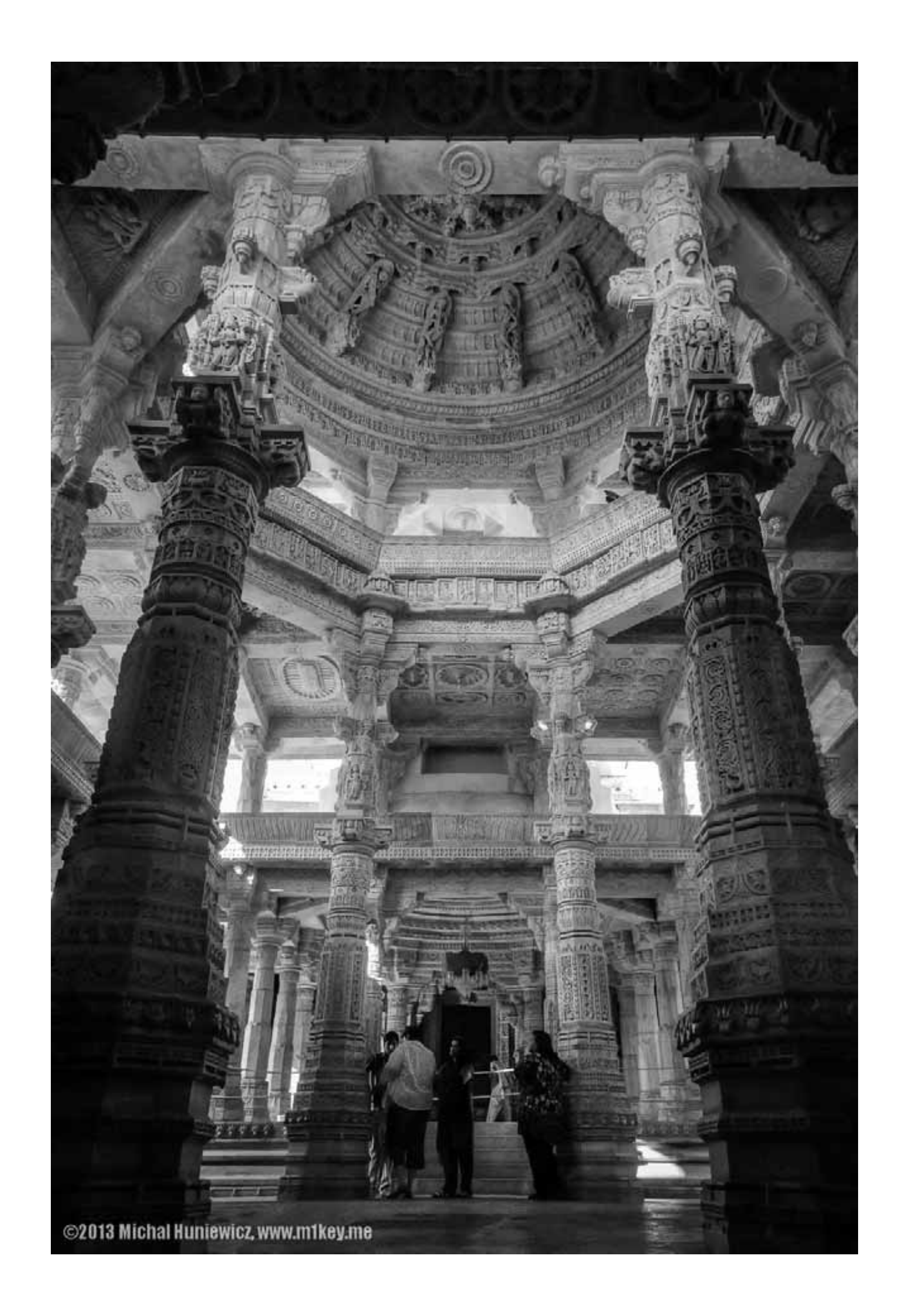
Un segundo después

Se queda mirando —casi tontamente— al doctor. Espera haber escuchado mal. Quiere retroceder al momento anterior a la puerta celeste. Quiere —ahora sí, de veras— embarcarse en Clarín y económicas y policiales y hasta clasificados. Baja los ojos, esperando tal vez que el pase mágico haga desaparecer la silla, el delantal al tono, el consultorio, las viejas de PAMI y —por supuesto— el sobre marrón. Pero al alzarlos nuevamente, todo sigue donde no debe seguir estando.

El doctor, en silencio, sostiene su mirada. Neutro. Con un gesto mecánico intenta tomar de vuelta su sobre. Pero los dedos del doctor aprietan el sobre y el informe con tal firmeza que queda pagando. Amaga un “bueno… me voy, doctor…”

La sonrisa del doctor se endurece. Espere un momento. No he terminado. ¿Qué otro golpe le queda por recibir? Pone cara de paciencia y de lástima. Al fin de cuentas, venimos a este mundo para sufrir. Encara al profesional, dispuesto al gesto heroico. *Una bel morte tutta una vita honora*… ¿Sí, doctor?

Decía que todas las pruebas han dado positivo. Está usted enamorado… irremediablemente enamorado de su mamá… ▮


©2013 Michal Huniewicz, www.m1key.me

Cadenza con molto espressione e da capo

A veces me pregunto qué clase de animal fabuloso —mezcla seguramente de hidra, centauro y sirena— sería el resultado de meter a los cuatro en un solo cuerpo. Meternos debería decir pues soy uno de los cuatro, a veces Silena pero también Melania y entonces Leila e inevitablemente Fulvio.

Amo a Leila aunque me cueste precisar qué es lo que amo en ella. Su frescura adolescente por cierto. Pero no amo a cuanto —cuanta— adolescente fresco —fresca— se me cruza en el camino. Ergo con Leila hay algo más. Tal vez el ver rebrotar en ella los labios pulposos de Melania.

Por qué entonces —me interrogo— no dejar a Leila de lado y volar a los brazos de Melania a quien sueño delicada y poderosa al mismo tiempo. Una verdadera fiera a la hora del amor. Relajada y sumisa en los jugueteos del hartazgo. ¿O del hastío? *Touché ma cherie*. Es veleidosa. Veleta. Tiene veleidades. ¿De qué? *Cherchez la femme.* Nunca más acertada la recomendación. Melania es capaz de amar y odiar todo a la vez y tumultuosamente. Pienso que es esa rara capacidad lo que me exaspera en ella. También por cierto sus rotundas tetas. Y la hija de puta sabe hacerlas valer. Creo que eso es lo que deslumbra a Fulvio. El hijo varón que ella no tuvo. ¿Se atrevería a tener un hijo de él? No poner las manos al fuego.

Pero Fulvio odia las ataduras. Melania jura que Leila no es un estorbo. Yo creo que sí lo es. Pero también la imagino como un magnífico valor de cambio. ¿Y por qué no de uso, ya que estamos? Haaahhh. Amo a esa pendeja aunque no sepa con exactitud qué es lo que amo en ella.

Silena nos ha visto bailar y pude percibir la acidez de su mirada midiendo y comparando. Pero yo también soy hábil en comparar y medir. También siento sobre mí la mirada escrutadora de Melania. ¿Midiendo? Más bien parecen señales de advertencia. Amenazas que la educación disfraza por estar en el medio de los vínculos. Oh dios los vínculos.

La pendeja es una borreguita encerrada en un corral con dos cancerberos a su puerta. Podés entrar a buscarla parecen decir. Pero habrás de oblar las tasas de almojarifazgo. La pequeña Leila refugiada en el calor del útero. Indefensa pero no inofensiva mucho cuidado en confundir estas cuestiones, amigo mío.

¿Cuánto pides por ella, di? Depende en todo caso de cuánto te atrevas a ofrecer. Lo ofrezco todo. Cierra los ojos y recuéstate a mi lado. Antes quiero lo mío. No antes de la paga ojos de mis ojos. No des un paso más, detente. Vuelo a buscar ayuda en brazos de Silena entonces.

Esa puta. Es mujer. ¿Yo no lo soy acaso? Eres la madre. No tuya al menos, deja de lado tu vergüenza y piensa en el fervor de la borrega y la frescura de su piel. Buena te veo para compraventera. Mejor me vieras si me dejaras arrullarte. Antes he de ver qué me pide Silena.

Eres tonto cielo de mi cielo. Nada has de ver novedoso bajo el sol. No busco durante el día. La luna me apetece. Conviene a tus propósitos oscuros. Claros no se ven los tuyos. Vete pues con Silena pero a la niña dala por perdida. No cierres la puerta, déjamela entornada. Has de volver a mí porque Silena es mía.

¿No era la guardiana? Quién la guardara a ella entonces. No seas tonto. Carne de una misma carne somos. Hembra fructífera con dos pares de tetas que no debes confundir. Cuatro tetas y cuatro brazos para estrangularme. ¿Tienes miedo?

Me espanta la oscuridad de tus cavernas. Guíate por el olfato entonces. Me pierden los perfumes de la carne joven. Es de noche aquí adentro. Pardos se ven todos los gatos. Y las gatas. Vale.

¿Qué con la pelirroja? Ella será más comprensiva. No lo creas. Nunca el amor es comprensivo. ¿Ignoras a quién ama? Dilo. Pierde sus ojos por la niña. No lo creo, sé que por mí los pierde. No es carne para varón.

Mucho conoces sus secretos. No lo son para mí. Beberá de mis corolas cuando yo se lo pida. Pídeselo ya y abandona a la niña. Sí pero no en tus brazos pimpollo. Ven a mis brazos Leila pequeña mía. Afuera está la noche donde acechan los lobos y hace frío. ▮



Escena infinitamente replicada, templo Kamasutra, Kajuraho.

Katja tan neumática

Y sobre todo mirar con inocencia.
Como si no pasara nada, lo cual es cierto.

Alejandra Pizarnik; *Caminos en el espejo*

No bien sus manos prodigiosas se aproximan a mi espalda la serpiente se despabila. No soy lo que se dice un viejo libidinoso y por lo tanto entiendo que viva dormitando arrollada alrededor de mis centros tántricos a la espera de un milagro. Pero basta con que nombre a Katja qué digo basta con que piense en el aroma de nardos que la envuelve para que los anillos plateados empiecen a desperezarse y elongar enroscándose en mis vértebras al tiempo que su lengua lame los ojillos nictálopes para no perder el más mínimo corpúsculo de Katja.

Me resulta difícil hablar de ella. No digo describirla digo solamente hablar. Intentar describirla se me antoja mucho más complicado aún. No menos que si me pidieran describir la consciencia de una mariposa monarca o el arco iris que se observó sobre General Madariaga la tarde del viernes dieciocho de octubre de mil novecientos treinta y cinco que es el día en que nací. O una mañana de abril del sesenta y tantos que debe ser el día en que nació ella. Sus ojos son grises pero a veces verdosos y también celestes. Hasta los evoco a ratos de un tostado brillante. Brillante porque alrededor de sus pupilas bailotea una pléyade de minúsculas estrellas como lucecitas de bengala. Por momentos no las veo como estrellitas sino más bien como escamillas doradas titilantes.

Sí claro pienso en ella a menudo. Mucho casi siempre. Bueno sí siempre. Pensar no es delito ni adulterio ni infidelidad. A lo su-

mo concupiscencia. *Vade retro*. ¿Puede el pensamiento ser concupiscente o es calidad exclusiva de las conductas? Acudo al mataburros:

> concupiscencia.
> (Del lat. concupiscentĭa).
> 1. f. En la moral católica, deseo de bienes terrenos y, en especial, apetito desordenado de placeres deshonestos.
>
> *Real Academia Española © Todos los derechos reservados*

Bueno sí, deseo es pensamiento no conducta, ergo mi pensamiento es fue pudo haber sido concupiscente. Pero la cuestión atañe a la fe católica y ni ella ni yo lo somos. ¿No lo somos? Yo al menos fui bautizado envuelto en un delicado mantillón bordado por tía Fina. *Allí para un bautismo han madrugado / y a un niño envuelto entre pañales finos / le ponen entre el cura y los padrinos / el sello de la santa religión*… Joaquín dixit. Vuelta al mataburros:

> católico, ca.
> (Del lat. catholĭcus, y este del gr. καθολικός, universal).
> 1. adj. universal (‖ que comprende o es común a todos). Afirmando esta pretensión se calificó así a la Iglesia romana.
> 2. adj. Verdadero, cierto, infalible, de fe divina.
> 3. adj. Que profesa la religión católica. Apl. a pers., u. t. c. s.
> 4. adj. Renombre que se ha dado a los reyes de España desde Fernando V e Isabel I.
> 5. adj. coloq. Sano y perfecto. Hoy no está muy católico.
> □ V.
> epístola católica
> fe católica
> iglesia católica
> religión católica
>
> *Real Academia Española © Todos los derechos reservados*

De acuerdo, me censaron al bautizarme pero no lo soy porque no practico y no me da la gana serlo ni mucho menos ser juzgado se-

gún leyes que fueron sancionadas para otras ovejas. Ya no pertenezco a ese rebaño.

Acudiendo a una definición de Aldous Huxley que en mis años de estudiante me causó mucha gracia diría que es una mujer neumática… muy neumática. No se sonrían porque no hablo de su vagina, jamás he pensado en ese aspecto de Katja y si lo hubiera pensado no lo estaría ventilando. Hablo de que apenas acerca a mi espalda las palmas de sus manos me atrae como un imán o como si me aspirara una ventosa. Indudablemente tiene el pneuma divino.

Cuando sus dedos atacan el *allegro molto con brio* de la *Patética* me abstraigo del piano imaginando cada puntillo como un repique sobre las apófisis espinosas de mis vértebras, una digitopuntura melodiosa que no acierto a calificar pero me produce un mareo extático que me precipita al borde del grito. En cambio cuando sus yemas se deslizan hacia arriba y hacia abajo a lo largo de mi columna oigo con pérfida nitidez los compases alucinógenos de la *opus 27* y hasta me parece estar escuchando la recomendación severa del Maestro. *Si deve suonare tutto questo pezzo delicatissimamente e senza sordino*.

Entonces es ella quien cae en el juego emitiendo un ronroneo que me obliga a una respuesta a veces armónica y a veces contrapuntística. Es de veras de otro mundo como experiencia pues este ronroneo inicial va creciendo en espesor según asciende en cuartas justas para decrecer de modo controlado en quintas disminuidas. Después de siete u ocho escalas el ronroneo pasa a maullido franco y de ahí dos o tres compases de silencio y arrancamos a dúo un *crescendo* paroxístico habiendo llegado a sostener en algunas ocasiones la respiración durante una docena de compases.

En tales circunstancias nos miramos fugazmente para retornar con un da capo. Algo impreciso pero según sospecho temible para oídos profanos, pues he notado que después de estas sesiones los ve-

cinos del consorcio me rehuyen o fingen distracción al cruzarse conmigo en el hall o en el ascensor.

A las 6:58 p.m. está sonando en la 103.7 *Canción india* de Rimsky. *Llamada de amor indio*. Entro en una confusión violenta. Se mezcla de repente el saxo descomunal de Fausto Papetti con una pista de la banda de sonido de *¡Marte ataca!* aquel CD grabado en el 96 por Danny Elfman. Si la memoria no me traiciona, casi al final Slim Whitman interpreta *Indian Love Call*. Digo se mezcla pero no en la FM sino en mis archivos. Esos que la colorada no sabe si adscribir a la corteza cerebral o al hipotálamo y todos esos bardos de la inteligencia emocional y las amígdalas, pero no las de la garganta sino otras más disimuladas entre la materia gris. Es lo de confusión violenta lo que origina la mescolanza. Esquizofrenia en un cuadro de delirio persecutorio en estado de confusión violenta con ideas vindicativas. Diagnóstico del Director del Hospital Neuropsiquiátrico Rosario —ex Instituto Neuropsiquiátrico Dr. Ángel Fracassi— acerca de tío Pepe luego de treinta y pico de días de internación. Luego de ser entrevistado en la misma comisaría de policía por una psiquiatra de PAMI. Luego de haber sido sacado de casa por tres policías armados. Luego de haber alzado una silla de hierro para golpear a tía Fina. Luego de haber iniciado juicio de desalojo del hogar familiar contra tía Nita y tía Fina. Luego de haberles cortado el suministro de luz y de gas. Luego de una larga historia. Muchos años después de huir de Marín a Buenos Aires para esquivar un servicio militar temido y temible en los cuerpos de África. Mucho después incluso de aquellas francachelas de amor y vino con el hijo menor de la Xacomeredes por las tabernas del Tombo.

El hombre es un mendigo de placeres / el mundo es una orgía en confusión… queja constante del viejo Joaquín Castellanos quien —casualidad— renegaba asimismo de los bautismos confiscatorios.

Nihil novum ab sole. Pienso pues en ella sin remordimiento aunque debo confesar que igualmente lo haría a contrapelo de bulas y decretos. Y no pudiendo por su juventud pensarme un Tamino jugaré el papel de Sorastro dejando librado al albedrío y discreción del regista el no exponer mis canas a la tribulación de torneos y cabalgatas. Su mirada felina establece surcos de fiebre que se abren paso con astucia en busca de mis fronteras más vulnerables adivinando con la sabia intuición de los gatos la ubicación de las trampas y la disposición de las defensas.

Porque Katja no es una mujer, es todas las mujeres que alguna vez fueron, las que son y las que serán *per secula seculorum* y no como promedio, qué esperanza. Es el desideratum en cada una de las mil facetas en que el príncipe de los orfebres pudiera tallar el diamante más agraciado y no vaya nadie a sospechar que exagero. Solo no la expongo a la admiración de los incrédulos porque de seguro morirían petrificados ante su mera presencia. Claro que lo mismo le ocurría a quienes fijaban sus ojos en Gorgona, pero la comparación ofende al cielo, os lo juro. La más aventajada entre mil Gorgonas no llegaría a la altura de una Astraffiamante, siendo que esta misma queda frente a mi Katja a la miserable altura de las florecillas del campo. No temo pasar por fabulador y sostengo sin pestañear que el junco de su talle bien podría ser el axis mundi a través del cual las energías cósmicas galopan de polo a polo de la esfera celeste prodigando exaltación y vida. Cada semicorchea, cada trémolo, cada trino de sus dedos gráciles me sumen desde la nuca hasta los talones en un desmayo de sensualidad, en un temblor epiléptico que solo pueden producir las descargas de elevadísimo voltaje o el impacto de un cañón de protones… y la escandalosa suavidad de sus papilas. De espaldas y sin volver la mirada hacia ella intento —en vano— descubrir cuántos son los brazos que aunadamente me sublimizan y sofocan. La diosa Kali por su-

puesto qué otra quién otra fuera capaz de alzarme en vuelo hacia la matriz hipnótica que me seduce con todas las vibraciones de su descarada inocencia.

He hablado con palabras indiscretas acerca de mi Katja siendo que ella misma ignora pertenecerme, aunque dónde está la diferencia si alguien me lo puede explicar. A las 11:53 a.m. (otro día cualquiera) Renata Scoto desgrana a través de *Amadeus* los gorjeos de *Dolce suono* pero no es Lucía sino Katja quien susurra directamente en mi médula los versos del aria *Ohime, sorge il tremendo fantasma e ne separa!* Sus dedos se apoderan sin esfuerzo de mi espalda y arman acordes que adormecen todo dolor. Falanges ¡oh! que con sabia lujuria seducen y rejonean mi kundalini.

Ni sus dedos ni la serpiente tienen prisa. Los anillos se desenroscan hacia el nadir mientras los dedos percuten una piel que estalla de placer.

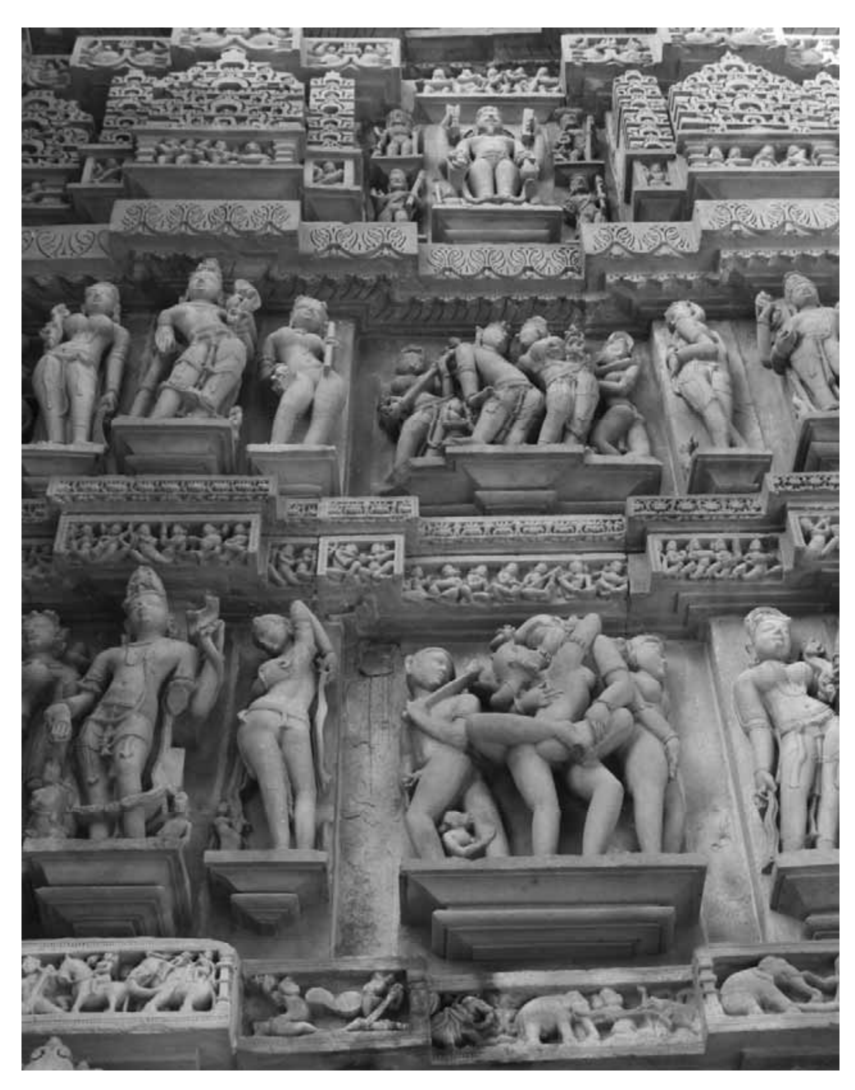
Acaso no quede de ella en el final sino su incestuoso perfume a nardos y de mí apenas un montoncito de ceniza enamorada. ▮

Quejas de bandoneón

El tango es la melodía adecuada para aplicar sobre esas heridas que se deleitan en el dolor, dice ella con una sonrisa en re menor apenas esbozada. Entiendo —concede él exponiendo el lado oscuro del corazón hacia la llamita del quinqué— una suerte de anestesia sustentable, un emplasto adherido a la sutura con esa extraña habilidad que lucen los remendones, un arte menor en todo caso. Nada de arte, ni grande ni pequeño, tal vez todo sea arte a fin de cuentas, hasta el italiano que le da a la manivela para que su cotorrita de la suerte no se duerma y el *rimmel* no descubra el secreto de sus ojos. Y sí, los nietos de Rinaldi trajeron su aporte, nadie se atrevería a negarlo, la pastasciutta, el acordeón y el provolone, sin contar las canzonetas de Carlo Butti y el chianti de Taormina. Me dan pena los hombres de estómago grande y corazón pequeño. Ah no no no, signorina, la grandeza del hombre se sublima del ombligo hacia arriba, perdiendo volumen a medida que se espesa su esencia inmortal, il cuore, la macula lutea, il cerebello… l'ipofisi… Pero baje la vista y verá que el estómago marca el comienzo de la verdadera grandeza. Una busarda respetable e doppo… non voglio parlare piú, ma lei capisce.

Ay, quién diría este hombre tan apuesto y seductor avenido en un Pulccinella babeante, en un Rigoletto lúbrico.

Per piaccere signorina, apenas un humilde bufón arrodillado para que le clave usted las uñas en la espalda. ▮



Escenas de increíble realismo y riqueza plástica deslumbran al visitante; cuesta imaginar semejante despliegue expresivo desarrollado hace alrededor de 3.000 años.

Sintonía fina

Cómo te explico. No una orden ni mandato ni reglamento ni nada que me venga de afuera, no. Nada que haya leído o visto ni escuchado por la tele. Tampoco esos instructorios a veces razonables a veces absurdos que por ahí te llegan como *spam* que vendrían a suplir lo que eran antes las cadenas anónimas por correo con sobre y estampilla. Nada de eso. Algo bastante más leve, más sutil… casi intangible como una voz callada haciéndome señales desde el medio del camino, pero no hay camino y todo viene de adentro. Como los sueños, como las pesadillas, aunque me sucede despierto o al menos si fuera un sueño resulta que estaría soñando que estoy despierto. Y me dice … más bien me susurra. Tengo que hacer un esfuerzo para sintonizarlo. Sé que resulta difícil de entender por ejemplo ahora, que no tenía pensado salir, pero me meto en el baño y una ducha rápida y al buscar el champú de siempre cuando ya estoy por volcar un poco en la mano, cerrar el envase y elegir ese otro con aloe vera que me regalaste hace tres años y nunca lo usé porque me parecía un sacrilegio y prefería guardarlo intacto como prenda de no sé qué. Y al salir del baño no ir derecho al dormitorio sino dejar primero las pilchas sucias en el lavarropa. Ahora sí ya listo pero en lugar de apagar la compu como siempre dejar abierto el outlook por si alguien me manda no sé qué urgente. Y elegir la escalera en vez del ascensor como todos los días e incluso bajar los escalones de a dos esquivando los impares pero sin darle inportancia como sabiendo que es todo al revés pero está muy bien así. Como haber puesto piloto automático, solo que ese día —hoy— el programa viene cambiado. Y no salir derecho a la calle sino cruzar en zig zag el hall del edificio siguiendo la guarda gris y blanca

que va haciendo eses entre cada cuatro porcellanatos color verde petróleo, menos mal que no hay un alma. Pensar que todo esto no tiene sentido. Pero sabiendo que igual voy a sumergirme en la vereda de baldosa vainilla rosada y amarilla esquivando las rosadas y pisando solo las amarillas entre miradas de asombro y sonrisitas cachadoras. Y meterme en el bar de la esquina y en vez de buscar la mesa junto a la vidriera de la ochava irme derecho al teléfono público, evitando usar el celu porque la enfermera del piso siempre me retaba y llamarte para que me preguntes qué me pasa que es la primera vez que no te dejo la ropa tirada en el baño y contarte que nada más te vistas y bajes al barcito de la esquina porque hoy quiero desayunar con vos. ▮

Yo soy la Morocha

Despierto con la vaga sensación de no poder desprenderme de algo que ha ocurrido durante la noche. Algo desagradable pero informe, confuso hasta no percibir circunstancias ni detalles. Sin abrir los ojos procuro conectarme con mi cuerpo y sobre todo con mi mente. Percibo la dureza de la cama, nada parecida por cierto al colchón de resortes de mi cuarto. Mi cama pienso y me resulta una idea extraña. Me da miedo abrir los ojos, abrirlos para encontrarme en una situación ajena por completo a la normalidad. De todos modos los abro, para sentirme en medio de la más densa oscuridad. Y para empezar a recordar.

La noche anterior claro, la cena de egresados del ’92, las copas, la música, las mujeres de la otra mesa. Terminé bailando con la morocha de ojazos verdes y ese escote… mi madre… claro, el desafío a la salida y los dos coches echando chispas hacia la autopista a Ezeiza. Una picada liivianita dice Juanjo y la morocha de ojazos verdes me aprieta el brazo, más excitada que miedosa.

El Mono va a la par nuestra a más de ciento sesenta, las dos carrocerías casi pegadas. Y de repende ahí adelante el camión parado sin luces y el tipo haciendo señales con una linternita. Nada más.

Estamos en un hospital. Pienso si los otros estarán lastimados. No siento ningún dolor, la sacamos barata sonrío casi. O estarán atendiendo a otro herido. A mí nomás me dejaron en esta cama tapado hasta la cabeza con una sábana. Muy cansado, no es para menos. Pienso en la morocha de ojazos verdes murmurando mimosa Juanjo bajá un cambio y me quedo dormido saboreando sus labios húmedos.

Despierto con la vaga sensación de no poder desprenderme de algo que ha ocurrido durante la noche. Algo desagradable pero informe, confuso hasta no percibir circunstancias ni detalles. ■



Según algunas versiones, se esculpieron para enseñar el Kamasutra a los jóvenes; pero otras dicen que representan el amor entre el dios Shiva y su mujer Parvati. Lo más probable, sin embargo, es que encarnen la religiosidad del sexo.

Maese Haydn hubiera fruncido el ceño

Weißt du, mein kleines Mägdelein,
Wer wohl Cupido ist?
Es ist ein kleines Knäbelein,
Voll Argheit, Schwänk' und List. [4]

Lo más notable no es tal vez el gorjeo de los zorzales ni el zureo de las palomas. Acaso sí lo más fácilmente perceptible. Tampoco el temblequeo de las hojas del roble negándose a la despedida ineludible. Aunque sepan que el invierno es perentorio. A pesar de que sus códigos íntimos les habrán permitido entender que las despedidas siempre son ineludibles. Algunas caerán planeando sobre el agua, la mayoría de ellas alfombrarán transitoriamente el césped maltrecho para desvanecerse al fin en un camión de residuos o en el fuego del hogar. Su ciclo es breve —no más de un año lunar— pero no obstante menos efímero por ejemplo que la vida de las luciérnagas y las mariposas. De todos modos su consciencia de lo ineludible no les impide deslizarse con la gracia del último vuelo, indiferentes —o no— a la pérdida de las identidades y las formas. Está en su naturaleza asomar con modestia cada primavera y desaparecer sin quejas cada otoño.

Siempre supuse que lo de las ventanas del alma era una metáfora más o menos afortunada para expresar algo que cuando quise detenerme a reflexionar qué era se me fue de las manos. Con la misma agilidad y picardía con que se nos escurren un sábalo o una boga aprovechando la ventaja de las escamas medio gelatinosas respirando

---

[4] ¿Sabes, pequeña Magdalena / dónde anda Cupido? / es un muchachito / muy recio, alegre y travieso. Franz J. Haydn: *Cupido*, Hob.XXVIa Nº 2

libertades. También los sueños suelen aprovechar esa hora incierta de los albores para huir del control de una consciencia que procura retenerlos. Siempre nos quedamos con una sensación sospechosa de estar volviendo de otros escenarios en los cuales las paralelas se juntan al cabo de irrecuperables andanzas y las manzanas se liberan de los árboles para volar con la mayor soltura a la zaga de alguna libélula. La consciencia cancerbera nada nos concede, salvo acaso un atisbo de color o el rastro tenue de un olor a los que en vano procuramos interrogar. Queda sí la intuición de que ese rosa que vimos en el cielo a través de la ventana entreabierta no era precisamente el rosado del cielo que veíamos hace un instante a través de la ventana entreabierta. O que el aroma a jazmín del cabo que escapaba de entre las sábanas no era exactamente el aroma a jazmín del cabo que terminaba de marearnos al besar la almohada.

Cuesta abrir los sentidos para definir lo más notable. Entre unas nubes sutiles que se mueven hacia el norte incendiadas por la luz del atardecer. Entre los acordes que la FM va liberando a un volumen perfecto. Entre el olor de los leños encendidos en el otro extremo de la casa. Entre el tacto suave de unas manos que sabiamente desgranan sobre mi espalda una fuga de Johan Sebastian. Entre el sabor que además es perfume y también toque voluptuoso de unos labios y una lengua casi presentes casi resucitados casi tan consistentes como esos dedos.

Divagar acerca de los sueños —del sueño— es un quehacer casi insensato. Territorio incógnito a través del cual erraron el rumbo desde hace siglos filósofos, sacamuelas y poetas, a la par de psicólogos y maestros de todas las mancias. Tierra inculta que —como una doncella— se exhibe y se esconde en un juego sin fronteras y sin reglas. Ahora una playa, arena interminable a uno y otro lado y después el mar sin horizontes. Al rato el verdor de un humedal que nos suc-

ciona y nos embarga. De pronto nube susceptible de pensamientos y deseos huérfanos de apellidos y de historia. El almacén de utilería y escenografías de un teatro ilimitado cuyo regidor habilita infiernos y clausura edenes en obediencia a partituras caprichosas o pueriles. *Los suspiros son aire y van al aire / las lágrimas son agua y van al mar…* Nada es casual. Todo es recurrente —consecuente— con un todo. Un todo cuya totalidad intuyo de una extrañamente sencilla complejidad. Infinitudes agregadas sobre infinitudes como capas de una cósmica cebolla. Aquel viejo modelo de *Los sonámbulos* de Koestler. Ángulos y elipses modulando la música de las esferas con un arco estelar sobre la cresta de las cordilleras. Al ritmo trigonométrico de los péndulos. Cada esfera de sutiles estructuras cristalinas suspendida por su cordón umbilical que la une al gran omphalos. Topacios ascendiendo hacia el rojo tempestuoso. Aguamarinas creciendo hacia el azul profundo de las soluciones de cobre amoniacal para alcanzar al final de su carrera el área violácea de los permanganatos. Esferas esplendorosas de corazón ardiente cuyos fuegos recorren todas las frecuencias.

Sin levantar la cabeza observo en la semipenumbra el cuerpo adolescente que se despereza ronroneando como un gato. Sabe que la estoy observando y se lame los antebrazos clavándome una mirada provocadora. Finjo ignorarla y repta hacia mí con calma, en la actitud cazadora de una lampalagua real. Con el sumiso acatamiento de las ceremonias del hastío fingiremos repetidos episodios de acoso y huida. Ficción ingenua en el precario escenario de una cama amplia en un reducido dormitorio. En unos segundos no habrá ya presa ni cazador. Uno habrá dejado de ser uno y la otra habrá dejado de ser otra y seremos durante un rato interminable una diminuta bestia bicéfala. Un dragón de múltiples extremos enardecido en la ebullición de sus propios entrelazamientos y sus exigentes tormentas. Una diosa Kali perfecta en su devoradora omnipotencia. Implacable en la devasta-

dora sed de sus íntimos corpúsculos. Dos otros unos convertidos por la magia del incesto en un monstruo bicorne de sobrenaturales perfumes y exóticas demandas.

Una noche / una noche toda llena de murmullos / de suspiros y de música de alas… el ámbito de los fantasmas y las premoniciones. La mitad más oscura y tentadora de la manzana que desenvuelve sus vértigos al influjo despótico de las mareas gravitatorias. Esa gravedad que es peso pero también un sentimiento menos material y más espléndido porque habla de otras ataduras. De un religamento que haciendo pie en la religión de los ancestros y las antiguas creencias remodela las ansiedades y los miedos a la luz —a la sombra— de las devoradoras esferas danzarinas. Evocar la danza induce descaradas escenas de desnudez y entonces las exigencias de otra piel y el eco de unos mantras insaciables que se abren en círculos que se abren en otros círculos. Y nada cambia y todo permanece salvo el diámetro de las ondas y la altura de los timbres que modulan cada respiración del estro armónico.

Pero no quiero pensar en que el amor se acabe. Hemos construido nuestro refugio en la cima del acantilado. Lejos de la ciudad. Apartados de la gente. Aislados de la mirada pegajosa de envidia y reprobación de los paleosaurios malévolos del pueblo. Se acabará por supuesto cuando la piel y los labios pisen el crepúsculo. Cuando la mirada otra ya no encienda hogueras en nuestro pecho y la garganta ya no se contraiga al aspirar la turbulencia de un pezón bravío. Vida, nada me debes pero todavía me debes. Ay, viejo querido Nervo, no nos pongas aún esos balances por delante. Deja que se quemen len-tas las ofrendas y se consuma sin impaciencia el aceite de las lámparas. Antes de que el sol se apague habremos exprimido de su vientre los zumos del goce y los fragantes frutos de la plenitud. Después vengan los escribas y los auditores y los encargados de la aduana insobor-

nable. Qué más da. Largo se nos habrá fiado cuanto nos fue fiado. Alguien declarará con una voz cansada que está al caer el penúltimo gránulo de cuarzo. Y qué. Hemos saboreado el fruto más amable del árbol. La piel de la manzana y el himen del misterio. Víctimas y sacerdote hemos penetrado en la penumbra visceral del santuario de los santuarios a compás de sonajas y salterio. Nos fue dado raer la piel ardiente de las vírgenes en celo. *Introibo ad altare Dei*. Abandonarás a tu mujer y me sacrificarás al hijo primogénito. Escucho y obedezco dije y lo conduje hasta tu lecho. Hijo hé ahí a tu madre. Sus ojos eran carbones de lujuria y sus piernas y sus brazos serpientes voluptuosas. Vuelve a mi vientre te escuché susurrar en el idioma babeante de las lestrigonas y las cavas. Suelta su mano y vete deletreó tu risa funeraria de gorgona fornicadora carcelera de los campanarios y los fuegos. Sus ojos núbiles me reprochaban. Padre, padre ¿por qué me abandonas al más horrendo de los pecados?

Confiteor tibi Domine. He pecado procaz y violentamente. De pensamiento, palabra y obra. Por comisión y por omisión. *Domine non sum dignus*. Me arrojaste del huerto desnudo y avergonzado luego de haber lamido la piel lustrosa de la manzana. De haber hincado el diente entre la rosada perfección de sus pezones y la acantilada oscuridad de su vientre jalonado de interdicciones y vaderretros. Fue viuda sin que me fuera concedida la consolación de la muerte y el olvido definitivo. Clausuraste su soledad tras unos muros abaciales entregada a la lujuria de los obispos y los chantres. Alabemos a Dios en las alturas. *Ad Deum qui lætificat juventutem meam*. Dijiste que era mi hermana y la hiciste tu mujer, padre. *Qué humor puede más raro / que el que falto de consejo / él mismo empaña el espejo / y siente que no esté claro*… Te odio padre. Odio tus atributos y tus símbolos. Tus lecciones y consejas me son odiosas. Me es odioso tu olor que percibo en la piel adolescente de mi madre a quien violaste e incansa-ble

sometes a la estulticia de tus libidinosos manejos. Prohibiste que comiéramos de los frutos del árbol. Mas nunca señalaste cuál era ese árbol interdicto en medio de un bosque donde se apretujaban las acacias y los cedros con los eucaliptus y las hayas. Y en el seno del huerto se entremezclaban los naranjos con el albaricoque y el limonero con el perfume del almendro. El árbol de la vida, eso dijiste padre. Y me quedé dormido sobre los tréboles soñando con ese árbol. Entre los muslos de mi madre lo hallé en medio de mis sueños. Y tú apretaste su garganta cuando sobre el vergel caía mi semilla y ella estallaba en el delirio de sus más tiernas ansiedades. Eres un monstruo cruel y vengativo, padre. Por mi culpa dijiste, por mi culpa. Vigila mi consciencia padre. *Et ne nos inducas in tentationem*.

Las cordilleras han ondulado ya hasta exasperar los recovecos de la selva y la engañosa calma de los lagos. El dedo genitor ha repasado las crestas y los valles encendiendo los misterios de la sangre y la voracidad de la kundalini. Los dedos han encendido el corazón de la serpiente. La convulsión avanza por el costado de las vértebras en medio de la explosión de médula y axones. Aquella médula masmédula que cantaba Girondo. Arcilla primordial donde los dedos inscriben solicitudes pavorosas y las lenguas ratifican unos perdones casi desmesurados. *Ego te absolvo*. Todo lo que se absuelve vuelve y se revuelve y las salivas son ardorosos licores revulsivos. Y los *donna nobis* son gritos convulsivos y no hay promesa de otra paz sino la de unos dedos recorriendo los filos y la planicie de los cuerpos que entretejen las falanges y los tarsos.

Ah toro irrefutable de mis impredecibles laberintos, ovillo de mis ansiedades, ánfora sellada de mis miedos. Tu rastro ambarino yace bajo las nostalgias del exilio. Ven a mí, vuelve sobre tus pezuñas y rae insaciable mi piel que te devora y mi pecho que acalora la procacidad de tu mirada que me penetra con filo de crisantemos y petunias.

Abro para ti las puertas del templo que guardan a pico y garra los epígonos del león y del águila. Sea yo la gloria, tú eres el verbo que me enciende y la corona que ciñendo mi cintura a un tiempo me sofoca y sobresalta bajo el palio de las excomuniones y los miedos. Herida yago a la sombra del tálamo, transida de remordimientos que sin piedad resbalan por mi torso y trepan por las columnas del atrio inabordable. Navega tú mi carne que es tu carne y siembra en el tabernáculo la lumbre de tus obscenos ojos que babeando lujuria me acaloran y traspasan. Huye de las constituciones y los códigos pero no huyas de la pelusa tibia que te acunaba en la profundidad de la caverna. Vuelvan a mí tus labios que saben a cardamomo y huelen a ruibarbo. Yergue ante mis ojos ávidos la enhiesta arboladura del añorado huso que atraviesa el calor de los desfiladeros y apacienta el fulgor de mis corolas. Vuelve a ovillar tu sed umbilical alrededor de mis caderas y muerde sin compasión mi carne que henchida de sal y panes ázimos con impudor te nombra y te requiere.

In unum pluribus. Hé ahí al fin la rama más alta de la encina que da su sombra al arca. Vacías las alforjas y deshollados pies arribo al primer peldaño de la última escalera. Allá abajo el sopor de las colinas y la paz de tus playas. Arriba el pináculo del templo. *Passer invenit sibi domum et turtur nidum, ubi reponat pullos suos: altaria tua Domine virtutum, Rex meus et Deus meus: beati qui habitant in domo tua, in saeculi laudabunt te*. Has pronunciado tu juicio fulminante, padre. Tu pulgar señalando hacia el nadir sin misericordia me condena, oh pater omnipotens. No te conozco deletrea tu dedo de fuego sobre las tabuladuras de la piedra que tu ira con vengativos terremotos golpea desde el fondo del tiempo. Baja de esa escalera, no te atrevas. Tal tu gesto patibulario y tus decretos. Si mis pies hollaran la cima del pináculo habrías perdido la batalla, torpe genitor malhumorado. A la sombra de tus cuevas y en la penumbra de los rellanos tus

esbirros aguardan, te conozco. Acechan mi andar y huelen mis huellas mientras aúllan Hosanah en las alturas. Percibo tus atrincheradas huestes de abogados y verdugos prontas a cerrar mi camino hacia la cumbre. Me asustas, padre, pero ese miedo mismo me da alas. Ascenderé hacia el gólgota que tienes preparado y asaltaré el serrallo. Mía ha de ser la carne de tu carne y el encendido clamor de las once mil vírgenes, oblicuo proxeneta. Qué duro este relámpago que obnubilando mis designios me enceguece. Cuán negro este silencio que enmascara la terquedad de tus intimaciones y la malevolencia de tu furia. ¿Dónde anida la desnudez de mis torcazas? Madre, dulce hermana. Nidos de mis obscenas confabulaciones. Ojos de mis ojos, lenguas de mi lengua, dulcísimas vasijas de mis besos, cántaros de mi sed. Inicuas prisioneras del insaciable ogro que esconde su dosel entre las nubes. Ay mísero de mí. Madre, hermana *¿laba sabactani?*

Et pluribus unum. Soy el que es. Eres el que eres. Es la que nos hace ser. Somos lo que amamos y en nosotros crecieron los decamerones y los números. En el principio fueron los espejos. Del gran espejo surgió la imagen una y el uno contemplando su imagen supo que ya no estaría solo. El uno amó a su imagen engendrando la primera dualidad y ya nunca serían el uno sin el otro. Hubo un mundo delante del espejo y otro mundo detrás. Un tú y un yo que al descubrirnos declaramos somos el fin y fuimos el principio. Cuál es el fin y cuál es el principio. Sobre qué mar o bajo qué cielos inscribir la historia. Todo pasa y todo queda. Todo de una totalidad cuya dimensión resbala de los perímetros galácticos al espesor de un gránulo de cuarzo. Cualquier excelsitud deviene en su visión final arena. Cuarzo ávido de intimidad con calcio y algún fosfato para desembocar en la resignación de la ceniza. De tus cenizas, padre. De tu dulcísimo rescoldo, madre. Del sacrílego fervor de tu mirada, hermana mía siempre amada.

Y dos palabras retumbantes.

Al pisar el espacio indefinido entre la vigilia y el sueño, se repiten una tras otra las escenas del rito. No las mismas ni siquiera idéntico el escenario. Más bien una misma historia narrándose a sí misma con diverso discurso, acaso renovadas la ambientación y las metáforas, si es que en este espacio caben tales recursos o existieran la dramatización y la retórica. Todo aleatorio en tal caso y como librado al peregrino azar, aunque al despertar se refuerza en su interioridad —psiquis, mente, consciencia o alma— la porfiada sensación del *dèja vu*. Con dificultades, dado que su inconsciente censura y deforma actores y circunstancias procurando aislar cada episodio de los anteriores y del resto de su memoria. Memoria que por cierto trabaja y se esfuerza por juntar y coordinar los retazos de información y las pinceladas sueltas, no solo cuando está despierto, sino en simultáneo con todo lo que acaece mientras llega el sueño. Tal vez lo más traumático sea la impotencia —y la percepción de esa impotencia— para abortar los episodios del ritual apenas se anuncian. En cuanto la barca se separa del costado del muelle un aroma de azahares se esparce sobre su almohada y unas papilas de celofán le recorren la médula. No ha llegado aún el sueño, pero ya no es dueño de sus músculos ni del movimiento, inerme como los galeotes que alguna vez poblaron la sentina sombría de la goleta. No se siente menos esclavo ni más libre que ellos, sustituidas las cadenas por un sopor que lo estupidiza al tiempo que lo sume en un estado extático, a la espera de lo otro. Ni sabe ni adivina siquiera qué es lo otro. Pero lo otro es una certeza dulce y a la vez terrible, pues no puede gobernar duración ni intensidad y es como si el gozo quedara en suspenso y el dolor se perpetuara en un

juego de infinitos espejos, solo que en lugar de imágenes visuales se reflejan y multiplican sensaciones que lo mecen sobre el oleaje de impresiones táctiles y olfativas y es una fiesta multicolor de sonidos y sabores que lo envuelven al llegar a la cresta de las olas y lo desmembran al caer en los valles de arena y de misterio. Un fondo de mar que no es tampoco el fondo del mar sino como el subsuelo de una caverna colmada de ecos y promesas. Nada estridente sino un murmullo que recorre sin urgencia las escalas del color y los diapasones del olfato, mientras su lengua lame una eclosión de vientres aquietados y pezones bravíos. Formas que la mirada no distingue pero que sus axones detectan con la pericia de los acólitos sumisos y los díscolos conversos. Formas no menos mentirosas que el holograma de una libélula o el escorzo de un elfo. Formas amonedadas con la sutil materia de los sueños.

La ausencia de tiempo —la imposibilidad de medirlo— lejos de aquietar su sobresalto lo exacerban. Aunque sobresalto no sea la voz adecuada, en tanto no da cuenta del cosquilleo que se descuelga desde la nuca y la ínfima vibración de su epidermis íntegra, repiqueteo donde la piel desnuda y un crepitar eléctrico donde el vello. Piernas, brazos, ingles, pecho. El pelo mismo —corto como lo lleva desde hace años— acompaña la exaltación de su envoltura, percutiendo además en lo profundo del cerebro en un ping-pong de estímulos que atraviesan de ida y de vuelta el cráneo con tanta suavidad que todo funge como un masaje afrodisíaco sutil y persistente. No hay pensamientos, al menos en el sentido en que los admite la vigilia. De poder hacerlo, reflexionaría acerca de la cuestión como un hiato entre su yo racional y el yo sensible, no absoluto sino como que lo intelectivo se replegara en favor de lo sensitivo. Agregaría —de estar en condiciones para ello— que se produce un flujo continuado de placer desde su entorno hacia su interioridad, directo hacia cada una de sus neuronas

estando suspendida *pro tempore* la cadena comunicacional interna. Una lasitud de sus axones de tal suerte que lo secuencial se convierte en instantáneo y el resultado no es sucesivo sino preñante. Sonreiría —de poder hacerlo— al advertir que tal situación lo pone en diversos aspectos en la condición de Gran Andrógino que en más de una ocasión se instala en el centro de sus elucubraciones conscientes y también de muchas pesadillas. Pero ella no está en él. Está a veces afuera a veces adentro, pero no es él. Ni su mitad ni su reflejo. Ni un porcentaje cítrico. No es él pero a la vez sí que lo es. Y cómo. El no ser de su ser. Eso es ella a su pesar y tal vez a pesar de ambos. Una nada sin forma y sin sustancia que en el umbral del sueño se yergue en su estatura colosal —paradigmática— de fata morgana resplandeciendo en el desierto de sus noches. O cuando quiera que se acueste e intente cerrar los ojos. Porque si abrirlos la desaparece ¿cómo vivir despierto? Peor aún ¿de qué modo y para qué vivir sin ella?…

La planta delicada de un pie descalzo se desliza por su espalda, acariciando y arañando sin filos y sin uñas, apenas un rasguido de piel sobre la piel ardida de sed y de tactos subrepticios sin forma y sin imagen. Un mero deslizar de tarsos flexionando y distendiendo todo un estro armonioso de abductores y tensores que resbalando vértebra por vértebra contabilizan con usura las crestas y los valles. Mientras las manos acarician en circunferencias recurrentes sus mejillas y los muslos, un hombro hambriento o la cintura que tirita. Un picor de pezones desde las nalgas hasta el cuello y la traza babeante de una lengua de fuego diseminando truenos y destellos que cabalgan al viento. El holograma que ya no es duende ni libélula sino una conjunción de labios y caderas ondulando promesas. Un enlace de piernas y de brazos intangibles y ojos intocables sin dimensiones ni frontera.

Y el ahogo del sol en su garganta, un sol en erupción de pie sobre sus ingles en el gemido de la noche. La kundalini despereza sus

anillos de plata a compás de una flauta que ulula entre los pliegues de la médula. Los cuerpos plegando y desplegando cada compás sin tiempo, cada color sin luces y sin ojos. Un compás entrelazado de dientes y gemidos, una furia de sombras en un laberinto de cumbres y hondonadas.

No todas las noches por supuesto. Por desgracia. Ah, no poder adivinar, esta discapacidad para anunciar o anticipar. No poseer siquiera ese control, la indefensión total y a pesar de tanta humillación, deseada y exquisita. Porque la necesita. Porque la ama y sabe que la ama e ignora si ella juega o rejonea de pura histeria. Sin conocer su identidad (que se te mueve la nariz)… Y cada vez los dados y cada vez una tarjeta. Adelanta doce lugares, si pasa por la salida cobra dos mil pesos. Recibe una herencia y paga la hipoteca al banco. Conserve el salvoconducto para salir de la comisaría. La vida solo es un juego… sombras de la China. También Joan Manuel está presente algunas noches. Algunas noches antes del sueño.

Una noche no será, la esperará en vano. Una noche no llegarán ella ni el sueño. No perfume de azahares ni colores ni el roce de sus dedos. No redoble de axones ni truenos a través de la médula. No carpos atrevidos ni saliva ferviente. No más pezones hipodérmicos ni convulsión de ombligos. No más hologramas ni libélula ni duende.

No más lluvia de estrellas ni erupciones de adrenalina y semen. Ni una leyenda de buscando señal. Un gong en off y dos palabras retumbantes. *Game over*. ▮

Interludio

Entreabrir los ojos en la oscuridad extrema los anclajes. Como si la soledad y el despojo requirieran otro resguardo que la garantía del vacío o la cobertura del silencio. Acaso la verificación de que —a contrapelo de inconfesas expectativas— un mundo exterior y su universo interior convergen en esta negritud más allá del espectro cromático y más acá del penúltimo peldaño de la nada. Acusando su piel desnuda el relente de la madrugada colando a través de las tablillas entornadas, como un pinchazo menos inocente que el impacto del aire fresco. Manoteando al vuelo el registro de unas papilas que en la lejanía de algún antes supieran despertar cenizas y rescoldos al tacto de mil tentáculos y al olor de una marea de genista y nomeolvides. De la misma negrura se aproximan las papilas tomando cuerpo y vida en medio del silencio. Percibidas en un comienzo a través de la sábana que lo cubre para al fin deslizarse sin prisa por debajo de la tela para acosar la piel ardida de sequedades y abstinencia. Papilas sin rostro y casi sin sustancia, escaso ectoplasma suscitando erecciones y soslayando cauterizaciones y candados. Armando y desarmando figuras espectrales, ora dedos ora lengua ora ceñidas pestañas estirando el placer en pinceladas desafiantes y roces inocentes. Caracoles deslizados hacia el fondo de las prohibiciones y los miedos, a caballo de una saliva perfumada y la miel espesa que gotean las corolas no divisadas aunque adivina de un violeta recatado en la penumbra. Que ya no es la negrura de la noche solitaria sino como un relumbre de luciérnagas. Las Pléyades u otra constelación acuciante descargando tormentas de adrenalina y otras hormonas menos inocentes a lo largo de sus piernas, a través de la espalda. Reptando sin transición entre

los muslos para circunvalar su sexo que se entrega sin reticencia al ataque solapado de docenas de arañas las cuales a compás palpan lubrican acarician, comprimiendo y relajando según arpegios de una melodía expresada en respiraciones entrecortadas y gemidos. Los caracoles circunvalan en tanto las arañas desafían y excitan, para terminar al cabo en unos labios bulímicos a dúo con una lengua erizada de húmeda exigencia. La propuesta no formulada es hasta el último gránulo de cuarzo. Un parpadeo desganado le deja entrever el útero colmado de la clepsidra regulando la contienda.

Cuando el volcán aquieta sus latidos ya no queda rastro de los gránulos de cuarzo y la noche recupera sus caracoles y todas las arañas. Nada más el cuerpo adormilado en la semipenumbra del cuarto solitario. ▮

Índice



Obra de Gregorio Echeverría editada por Auditgraf Ediciones.
Impreso en talleres de La Imprenta Ya
Av. Mitre 1761, Florida, Vicente López, prov. de Buenos Aires
Mayo 2015